



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

REACTORES MALDITOS

REACTORES MALDITOS

MARK HALLORAN

REACTORES MALDITOS

1.^a EDICIÓN
JUNIO - 1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1956

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

313. — ¡Volad, insectos de plomo! 480. — El hombre de Dodge.

En Colección BUFALO:

21. — Rojo, color sangre. 27. — Rastros humean-
tes. 61. — Ha llegado un hombre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

264. — Fácil de matar. 267. — La ciudad con-
denada. 277. — El hombre azul. 283. — Cuando
la muerte ríe. 296. — Catástrofe en Ginebra.
299. — Con sudario de nylon. 303. — Tumbas en
Tampico. 307. — Sangre latina. 310. — Ataúd
para dos. 329. — Cha cha cha. 338. — Jugando
a muertos. 343. — Muerte para dos. 346. — Los
asesinos duermen. 350. — En la lista negra. 359.
— Lobos en Harlem.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.



CAPÍTULO PRIMERO

El rótulo rezaba: “Hotel Moderno”. Era un engaño. El edificio debió de ser construido hacia 1890 y llevaba quizá cuarenta años convertido en hotel. El revoque de la fachada se había caído en parte y, donde subsistía, estaba abultado y manchado por la humedad. A la derecha de la puerta, un chiquillo había escrito con tiza blanca que quien leyera aquello era un tonto.

Diana Harris, parada en la acera opuesta, examinó el lugar con un sentimiento mezcla de compasión y desencanto. De modo que era allí donde él había caído. Después de ocupar en el bulevar Sunset un departamento fastuoso, después de haberse alojado en los mejores hoteles del mundo, era allí donde ocultaba su miseria. La dirección no estaba equivocada: Hotel Moderno, número 118 de la calle Downing, en Oakland. A pocos metros de los muelles. Entre chinos, negros, delincuentes y mujerzuelas; entre inmundicias, bramido de sirenas, ruidos y olores indescritibles. No había en Oakland otro Hotel Moderno ni otra calle Downing. Era allí.

La muchacha apretó los dientes, cruzó la calle y entró en el sombrío vestíbulo del hotel. El vestíbulo medía aproximadamente tres metros cuadrados. A la izquierda había un desvencijado escritorio y, detrás, un hombre en camiseta que leía el diario de la mañana. Quince años antes, aquel hombre debió de ganarse la vida en el *ring*. Ahora, sus músculos se habían convertido en grasa. Su cara, de nariz y labios aplastados, había adquirido una expresión de desolada estupidez.

Los ojos soñolientos del hombre se posaron en Diana y se abrieron con asombro unos milímetros.

—¿Bien, morenita? —preguntó.

Ella dijo:

—El señor Braun.

—¿Quiere verle?

—Sí.

—¿Está segura de no equivocarse?

—¿Vive aquí?

El hombre encogió sus enormes y redondos hombros.

—Vive —lanzó una mirada al reloj que tenía sobre el escritorio y que marcaba las diez y veinte—. Habitación seis, al fondo del pasillo. Le encontrará durmiendo todavía —frunció los labios como para silbar—. ¿Usted se ha escapado de Hollywood?

Diana se apartó del escritorio sin contestar a la última pregunta. Se sentía incómoda, rodeada de suciedad y sordidez, en un ambiente de calor asfixiante. El torso blanco, lampiño y sudoroso del hombre le daba náuseas.

Avanzó a lo largo del pasillo, cuya iluminación procedía de la claraboya que había en su extremo. Puerta seis: los números eran azules, sobre placas de porcelana descascarillada. Llamó.

No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar transcurridos treinta segundos, y otra vez después de un minuto. Oyó gemir los muelles de una cama. Una voz pastosa exclamó:

—¡Lárguese!

Diana golpeó la puerta con los puños cerrados.

—¿Qué demonio ocurre? —añadió la voz—. ¿Quién es usted y qué quiere?

Ella no dijo nada.

La puerta se abrió por fin. Dios sabía cómo había temido Diana aquel momento, cómo la había angustiado durante los últimos minutos la idea de hallarse de nuevo frente a él. Se hallaba ya. La realidad era peor que cuanto hubiese podido elaborar su fantasía, pero el temor había pasado. Tampoco sentía asco o repulsión. Solo una pena profunda y silenciosa.

—Hola, Johnny —articuló.

El respiró profundamente. Estaba atónito. Saltaba a la vista que había dormido vestido, incluso con los zapatos puestos. Tenía la ropa arrugada, la cara desencajada, los cabellos revueltos y aplastados sobre el cráneo. Hasta en la media luz se le notaban enrojecidos los ojos.

Más dueña de sí que él, Diana empujó la puerta y entró. Cuando el hombre quiso impedirselo, ya no pudo, ya ella estaba dentro. Era horrible, sórdido, maloliente. Una habitación interior, sin ventilación directa. Ropas, papeles, colillas repartidos por doquier. Una vieja cama metálica. Un calor de horno. Y botellas, botellas, botellas, quizá veinte, todas vacías, junto a la cama, sobre la cómoda, arrimadas a la pared.

—Míralo y deléitate —dijo súbitamente él, con rencor—. Compadéceme, que a las mujeres os gustan los espectáculos lúgubres. Pero algún día me las pagará el cerdo que te ha dado mis señas.

—Ha sido la policía. Tengo que hablarte, Johnny.

—No.

—No es sobre lo nuestro. No es sobre nada nuestro, te lo juro. Dejé tiempo atrás de hacerme ilusiones. Se trata de una cuestión de vida o muerte.

—Como en los melodramas antiguos.

—Igual, Johnny. Pero las muertes de Birdie y Mason no han sido cosa de melodrama.

—No conozco a nadie llamado Birdie, a nadie llamado Mason. Vete, Diana. Debieras comprender que pierdes el tiempo aquí. El tiempo y la reputación. También como en los melodramas antiguos.

La joven trató de mirar al hombre a los ojos, pero no lo consiguió porque él los fijaba obstinadamente en el suelo.

—¿Cuánto hace que vives en este hotel?

—Lo he olvidado.

—¡Johnny, atiéndeme!

El sacudió la cabeza y repitió:

—Pierdes el tiempo. He tenido mucho gusto en verte. Adiós, Diana.

Ella titubeó.

—Mi coche está aparcado en la esquina. Me sentaré dentro y esperaré hasta que bajes. Si queda algo en ti del Johnny Braun de quien yo me enamoré un día, bajarás. Y sé que queda algo. Mucho —la joven comprendió la habitación en un ademán—. Estas botellas dicen que queda mucho, ¡muchísimo!

El hombre emitió una risa seca.

—Renuncias al propósito de hablar aquí, ¿eh? El lugar...

—Hace seis meses te hubiera dicho que cualquier lugar es maravilloso con tal que esté en él Johnny Braun.

—¿Y ahora?

—No será digno, pero lo digo todavía. Te quiero.

—Creí que no íbamos a hablar de lo nuestro —replicó él. Su voz había temblado ligeramente—. Ese tema no me interesa.

La muchacha retrocedió lentamente al pasillo.

—Está descartado, no te preocupes. Te espero en el coche. Tú sabes cómo soy, Johnny. Puedes comprender que no hubiera venido y no trataría de forzar tu voluntad sin un motivo poderoso.

—El caso es que para mí ya no hay motivos poderosos.

—Los hay —contradijo Diana—; Los habrá mientras necesites beber para olvidarlos —echó a andar y añadió por encima del hombro, con naturalidad—: No tardes.

Pero solo Dios y ella sabían el esfuerzo que aquella naturalidad le costaba.

Pasó ante el hombre del escritorio sin mirarle, sin prestar oído al ruido de chupeteo con que él saludaba su paso; salió a la calle, anduvo hasta la esquina y se metió en el coche.

Estaba segura de que Johnny Braun acudiría a su encuentro. Esta seguridad, empero, comenzó a desvanecerse cuando transcurrieron veinte minutos sin que él apareciera. Fueron veinte minutos insoportables, con el sol cayendo como fuego líquido sobre el coche, y la gente —grasientos orientales, marinos groseros, ociosos, chiquillos harapientos— haciéndola objeto de su curiosidad, de sus miradas lascivas o de sus preguntas impertinentes. Diana fumó nerviosamente cigarrillo tras cigarrillo.

Encendía uno en la colilla del anterior cuando la portezuela fue abierta. Johnny se sentó a su lado.

—Tú ganas. Aquí estoy.

Ella puso el coche en marcha sin hablar, pero mirándole de reojo. Ahora ya no parecía que las cosas hubieran cambiado, ni que hubieran pasado aquellos seis terribles meses. Johnny Braun era, exteriormente, el mismo. Acababa de afeitarse. Su cabello húmedo estaba en orden. Vestía una impecable camisa blanca, corbata azul, traje de gabardina gris nuevo y bien planchado, zapatos negros. Nadie hubiese dicho que había salido del lugar de donde salía.

Solo la expresión de su cara era otra, y otro el fulgor sanguinolento de sus ojos. En seis meses había envejecido seis años. Diana sintió frío en el corazón al mirarle.

Momentos después, cuando el coche corría hacia el puente de San Francisco, él preguntó:

—¿A dónde vamos?

Por toda respuesta, la muchacha introdujo la mano en una gavilla del *tablier*, sacó un periódico doblado y lo dejó en el regazo de su acompañante. Johnny desplegó el periódico. Había en

primera página dos fotos: la de un hombre joven y sonriente y la de un retorcido fragmento de metal que humeaba; y un titular a cinco columnas:

NUEVA VICTIMA DE LOS “REACTORES MALDITOS”

—¿Y bien?

—Ese era Charles Mason —dijo Diana—. Lee.

Charles Mason había sido un piloto de pruebas cuyo reactor estalló en el aire. Su cuerpo había quedado en el accidente materialmente desintegrado. Los que el periódico llamaba “reactores malditos” eran los “War Cloud II”, de cuya serie de doce prototipos se habían probado ya tres. El primer vuelo de prueba fue un éxito; el segundo mató a Nathaniel Birdie; el tercero, a Charles Mason.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Es la “Southwestern Air Company” quien fabrica los “War Cloud”. Ya sabes, Johnny... Yo dirijo allí el departamento de Relaciones Públicas.

—Tú, muy bien. No yo.

Diana ignoró la observación.

—Los accidentes han obligado a los ingenieros de la compañía a revisar detalle por detalle la estructura de los aparatos. Teóricamente, lo ocurrido es imposible. No hay fallo. La fatiga de los materiales queda descartada. La única explicación es que se trata de un sabotaje.

—Sigo sin ver la relación de eso conmigo.

—Dos pilotos han perdido ya la vida, Johnny.

—Sigo sin verla.

—Te basta abrir los ojos —dijo la muchacha a media voz—. Pero no importa, los abrirás.

Cuando rodeaban el centro de San Francisco, Johnny preguntó nuevamente:

—¿A dónde vamos?

—Al campo de pruebas de la S. A. C. —repuso Diana entonces—. Dos aparatos más serán probados este mediodía...

CAPÍTULO II

El estrépito era ensordecedor. Diana, tapándose los oídos, se alzaba de puntillas para aproximar su boca a la oreja de Johnny y gritar:

—¡Es imposible entenderse con todos estos reactores en marcha, pero...!

—¿Cómo?

—Digo que... ¡Oh, no tiene importancia! ¿Por qué no pararán los motores? ¡Están destrozándose los tímpanos!

Más allá de los aparatos alineados al borde de la pista, cuyas turbinas rugían diabólicamente, un hombre de piernas largas, que vestía una cazadora de cuero, apareció avanzando a paso gimnástico.

—¡Ahí está Carson! —exclamó la muchacha.

Johnny, sombrío e inmóvil, pronunció otro “¿Cómo?” inexpresivo, y ella renunció a toda explicación. El hombre de la cazadora pasó ante ellos, les vio y saludó a la muchacha con un ademán. Inmediatamente, por señas, indicó que fueran a esperarle junto a otra pista, donde había ya un pequeño grupo de espectadores y un coche-radio. Luego, desapareció en la torre de control.

La muchacha tomó a su acompañante del brazo y le llevó en la dirección indicada. Se cruzaron por el camino con varios miembros del personal del campo. Todos dedicaron a Diana un gesto o una sonrisa.

—Cultivar amistades —dijo súbitamente Johnny— debe de ser una de las obligaciones del departamento de Relaciones Públicas.

Había en sus palabras un eco mordaz que hizo a la joven levantar la cabeza y escrutar su duro y anguloso rostro.

—En este caso es una inclinación particular mía —replicó. Titubeó un instante antes de añadir—: Joe Carson quiere casarse conmigo. Es uno de los ingenieros que han construido el “War Cloud”, y con él he pasado muchas horas aquí. Los muchachos me conocen bien.

Johnny enarcó ligeramente las cejas.

—Me explico tu interés por el éxito del aparato.

—Mi interés es parte del que siente la compañía. Y es también el que sentiría cualquiera ante el peligro que corren nuestros pilotos.

Un balance de dos víctimas en tres pruebas...

—Hay una solución: suspender esas pruebas y desechar el modelo.

—¿Con los pedidos por valor de millones de dólares ya contratados? ¿Con el capital invertido? Tu solución es la ruina de la S.A.C., Johnny.

—Y el fracaso de Joe Carson, un atractivo ingeniero —añadió él significativamente.

Diana anduvo unos pasos en silencio. Después dijo:

—Conforme, es el fracaso de Carson. Yo le aprecio. No quiero que eso ocurra.

—¡Hum! —murmuró Johnny—. ¿Te casarás con él?

—¿Te importa?

—Curiosidad.

—Podría casarme —declaró la muchacha, tras un nuevo silencio. Hablaba suave y fríamente—. Es inteligente, noble, franco, audaz, bondadoso, comprensivo; tiene ideales y camina en línea recta.

El hombre sonrió. Miraba al frente.

—Entendido. El reverso de la medalla.

Habían llegado junto al coche-radio, y Diana no contestó. El grupo de hombres la acogió con algazara. Volviéndose, Johnny distinguió al ingeniero, que corría ya hacia ellos desde la torre de control. Los mecánicos estaban colocando en la pista un bello avión blanco, largo, maravilloso, semejante a una punta de flecha.

Joe Carson no se unió al grupo. Fue directamente al encuentro de Johnny y le tendió la mano.

—Supongo que es usted Braun.

—Sí.

—Me alegra que haya aceptado —sonreía exhibiendo unos magníficos dientes—. Estaba seguro de que Diana lo conseguiría. ¿Ha intentado negarle algo alguna vez? Imposible, ¿no?

—He aceptado hablar un rato con ella —dijo Johnny—. ¿Es a eso a lo que se refiere?

La sonrisa del ingeniero se enfrió un poco.

—Yo... es decir... Diana sugirió que era usted la persona más apropiada para ocuparse de esos sabotajes. Se comprometió a convencerle. La S.A.C. desea emprender una investigación privada, pero es difícil encontrar en un hombre las condiciones... Bueno, a eso era a lo que me he referido.

—Lo siento. El asunto me tiene sin cuidado.

—O sea que no acepta—. Carson se rascó la cabeza—. Los jefes

se llevarán un disgusto. Han oído grandes elogios de usted y estaban dispuestos a pagarle los honorarios que pidiese... todo el dinero que hubiera querido... En fin, ¡qué le vamos a hacer! Le agradezco de todos modos que haya venido a ver nuestro avión. Diga, ¿no es hermoso?

El orgullo de mostrar el aparato a cuya construcción había contribuido, no alcanzó a disimular su contrariedad.

—Un lindo juguete —repuso Johnny, con indiferencia.

Diana se había apartado del grupo y se dirigía a ellos en compañía de un muchacho rubio vestido como el personaje de una película de anticipación. El muchacho, a cuyo atuendo de vuelo faltaban los guantes, balanceaba el casco en la mano izquierda. La máscara de oxígeno colgaba sobre su pecho. Tenía los ojos azules y sonreía como un niño.

—¿Has revisado tus cálculos, Carson? —preguntó tranquilamente—. ¿Voy o no a romperme la crisma?

—Te agradecería —empezó el ingeniero— que no bromearas con... —se interrumpió bruscamente y enrojeció—. Perdona. Te presento a Johnny Braun. Es posible que el señor Braun —Carson lanzó a Johnny una rápida e implorante mirada— se ocupe de encontrar las causas de los accidentes que han costado la vida a Birdie y Charlie.

El piloto posó en Braun sus azules y limpios ojos.

—¿Ingeniero o policía?

—Vago profesional.

La respuesta hizo reír al muchacho.

—Olvide lo que he dicho a Carson sobre los cálculos. Estoy seguro de que en el “War Cloud” no hay errores. En todo caso, sabotaje.

—¿Usted cree en un sabotaje y se presta a pilotar ese cacharro?

—¿Por qué no? Los aviones de la serie son doce. Uno ha resultado ya perfecto, de modo que tengo bastantes probabilidades a mi favor. Por lo demás, se piensa siempre que las desgracias les ocurren solo a los otros, nunca a uno mismo... Claro que, en mi opinión, nos ahorraríamos preocupaciones si hubiésemos encargado los rodamientos de las turbinas a...

—¡Eh, Milton! —un mecánico acudía corriendo—. ¡Van a darte la salida! ¿Qué diablo esperas?

El piloto se encogió de hombros.

—Hasta luego, amigos. No teman, la enfermedad no es mortal. Para colmo, he de probar el siguiente número de la serie dentro de un rato y no puedo faltar a esa cita.

—Buena suerte —dijo Diana, con voz ligeramente velada.

El muchacho le dio un afectuoso cachete.

—Gracias, caramelo.

Se despidió de los hombres con un ademán, fue hacia el aparato y trepó por la escalerilla de la carlinga. Antes de ponerse los guantes acarició el fuselaje del bello monstruo blanco que iba a decidir su destino. Luego dejó que uno de los mecánicos efectuara en torno suyo los últimos preparativos, comprobando los anillos del paracaídas, ajustando las válvulas reguladoras, ensayando las tomas de oxígeno, conectando la radio. Finalmente, el mecánico abandonó la carlinga, la cerró y descendió a tierra. Contempló unos momentos el avión y se retiró como a disgusto.

Cuando pasaba por su lado, Johnny le oyó murmurar:

—Más le valdría pegarse un tiro. Terminaría antes.

Miró a Carson. Estaba pálido como un muerto.

Del coche-radio comenzaron a partir indicaciones. El rugido de los reactores atronó el aire, creció, se amplificó hasta ensordecen. El “War Cloud” avanzaba lentamente hacia el extremo de la pista, desde donde debía tomar arrancada.

—¿Durará mucho? —preguntó Diana. Su voz seguía alterada por la emoción—. Quiero decir... ¿cuándo sabremos...?

—Quince minutos, a lo sumo —respondió el ingeniero. Se dominaba apenas mejor que ella. Sus ojos estaban obsesivamente fijos en la larga forma blanca del aparato—. Milton tiene después otra prueba, no puede entretenerse.

El avión, aplicados los frenos, se había detenido y esperaba órdenes. Estas no tardaron en emanar del coche-radio. El mecánico, plantado en medio de la pista, agitó los brazos levantando los dedos. Señal final. Un segundo. El “War Cloud” arrancó.

Cien metros. Doscientos. El avión devoraba rugiendo la pista gris. Las ruedas perdieron contacto con el cemento, parecieron titubear antes de abandonarlo... Con un ruido de cataclismo, la maravillosa flecha blanca se elevó al fin por encima de los hangares.

Johnny Braun se sintió, a pesar suyo, fascinado por el espectáculo. Dentro de aquel bellissimo y veloz objeto, un hombre volaba al encuentro de la muerte. Otros lo harían después. ¿Cuántos? ¿Cuántos muchachos de ojos sonrientes morirían destrozados mientras él vaciaba botellas de ginebra en su oscura madriguera de Oakland? ¿Cuántos terminarían allí, a pleno aire, a plena luz?

Sintió una presión en su brazo. Diana, a través de la ropa, le

hundía las uñas en la piel. Johnny estuvo a punto de hablar; pero apretó los dientes, calló y alzó los ojos al cielo.

El avión había descrito un círculo hacia la izquierda y, tras cruzar en lo alto la línea de partida, emprendía otro hacia la derecha.

—Johnny.

Diana respiraba con dificultad.

—¡Johnny!

Él se inclinó y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No te inquietes. Todo irá bien.

—Johnny —insistió la muchacha—, prométeme que te ocuparás de los sabotajes... ¡prométemelo!

El “War Cloud” completó su segundo círculo. En medio del estruendo salvaje de sus reactores pasó de nuevo sobre el pequeño grupo de espectadores y por encima de los hangares.

Johnny tomó en la suya la mano de Diana.

—Conforme. Me ocuparé en caso de que la prueba resulte mal.

—¡Júralo! —exclamó ella.

—Lo juro.

La muchacha se volvió nerviosamente hacia Carson, quien había retrocedido para presenciar el vuelo con el grupo reunido junto al coche-radio, en el cual figuraban los directores y el resto de los ingenieros de la empresa. Dio unos pasos en su dirección.

—¡Joe! ¡Si Milton... si la prueba fracasa, Johnny Braun acepta tomar el asunto en sus manos! ¡Joe!

—Lo he oído —dijo Carson por encima del hombro.

El punto brillante del avión, que había desaparecido en el horizonte, reaparecía y aumentaba de tamaño a compás del creciente ruido de sus turbinas. Pasó a gran altura y a enorme velocidad.

Nadie se movió. Nadie pronunció una palabra.

Transcurridos unos minutos que parecieron eternos, el “War Cloud II”, con impecable estilo, se posó en la pista de aterrizaje.

CAPÍTULO III

Estaban todos en el bar cuando Milton, terminado su cambio de impresiones con los directores, se les unió. Sus azules ojos chispeaban. Con alegre y espontáneo gesto besó a Diana en ambas mejillas.

—Sé que hubieras preferido que me volatilizase, para que tu protegido tomara cartas en el asunto, pero, ¡diantre! celebro volver a verte.

—¡Milton! —exclamó la muchacha—. ¿Cómo puedes decir esas cosas?

El piloto rompió a reír, se volvió a Johnny Braun y le palmeó la espalda.

—Me han hablado de su decisión. Lamento haberle agitado la fiesta. Tendrá que buscar trabajo en otra parte...

—Yo diría que me ha hecho un favor —le interrumpió Braun, indiferente—. ¿Quiere un trago?

—¡Una ronda por cuenta mía!

En torno se discutían las peripecias del vuelo, se especulaba con el éxito del “War Cloud” y cada cual daba su opinión. Los nervios se habían distendido. No quedaba ni sombra de la amenaza que poco antes pesaba sobre los ánimos. La producción de aviones estaba asegurada. Se habían salvado un negocio y una vida. Todos hablaban fuerte, como para resarcirse de un exceso de silencio.

Diana suspiró.

—Ya ha pasado, Milton, pero jamás tuve tanto miedo como hoy.

—¿Quieres decir miedo de no poder asistir a mi funeral?

—¡Milton, basta, por favor! —suplicó ella sonriendo—. Cuando tu avión se ha posado en la pista he estado a punto de desmayarme... Hacía una eternidad que no veía a mí alrededor más que espías y saboteadores que no dormía y que, si dormía, soñaba con que era yo, Diana Harris, quien fabricaba rodamientos tarados...

Johnny alzó súbitamente la mirada de su vaso de ginebra.

—Es la segunda vez que oigo una alusión a esos rodamientos. ¿Qué importan los rodamientos en un reactor? ¿Qué ocurre con ellos?

Fue Joe Carson quien respondió:

—Un turbo-reactor no es un simple tubo, aunque no falta quien

crea que el avión avanza porque el aire entra por uno de sus extremos y sale por otro. La palabra turbo-reactor alude ya a la existencia de una turbina; y puesto que en una turbina hay elementos sometidos a un movimiento de rotación, ha de haber también rodamientos a bolas.

—¿Y bien?

—Fue algo relacionado con los rodamientos lo que nos hizo pensar en la posibilidad de un sabotaje. Posibilidad, Braun, no certidumbre. Pero fue el único detalle anormal que observamos al estudiar los restos de los aparatos accidentados.

—¿Qué detalle?

—Algunos de los cojinetes se habían fundido.

—¿Fundido? —Johnny enarcó escépticamente las cejas—. Yo tenía entendido que para la fabricación de las bolas se emplea una aleación especial, capaz de resistir las mayores temperaturas.

Carson estaba encendiendo un cigarrillo. Milton respondió por él:

—Exacto. La idea del sabotaje surgió de ahí. El calor a que se encontraban sometidos los rodamientos era perfectamente normal. Hubieran debido soportarlo.

—¿Quién proporcionó esos rodamientos?

—La “Bax Steel Company”, de Los Ángeles —dijo Carson—. Es una empresa modesta, pero antigua y de excelente reputación. Sus precios eran mejores que los de los grandes consorcios.

—Dos aviones destrozados y dos vidas perdidas no me parecen exactamente buen precio.

Milton consultó su reloj y se puso en pie.

—Tengo que marcharme. Segundo vuelo. ¿Nos veremos después? Me gustaría remojarlo con unas cuantas copas.

—De acuerdo —dijo el ingeniero—. Aquí te esperamos.

Nadie prestaba en aquel momento atención al piloto. Ya no era un héroe. Había tripulado un avión que debió estrellarse, pero regresó sano y salvo. Esto carecía totalmente de interés.

El muchacho se detuvo en la puerta del bar, antes de echar a andar hacia la pista, visible más allá, fría y gris. Volvió la cabeza.

—¿Ninguno me desea buena suerte? —preguntó riendo—; ¿Acaso no es otro “War Cloud” lo que me espera?

—¡Yo te la deseo, Milton! —exclamó Diana—. ¡La mejor del mundo!

“Y yo”, pensó Braun. “Tu suerte ha sido y será la mía”.

Notó fija en su rostro la mirada de la muchacha cuando el piloto hubo salido. La rehuyó. Permaneció unos minutos con la atención

aparentemente concentrada en su vaso. Luego apuró este y se levantó.

Diana continuaba mirándole.

—También yo me marchó —dijo él—. Si alguna vez vuelven a soñar con sabotajes, ya conocen mis señas. Espero que me encuentren en ellas todavía. Ahora estoy de más aquí.

Carson le escuchó con evidente alivio. No disimuló que le complacía que se despidiera.

—He tenido mucho gusto en conocerle, Braun.

—Lo supongo—. Johnny se apartó de la mesa—. Adiós, Diana.

La muchacha le siguió.

—Johnny.

—¿Qué quieres?

—Johnny, no puedes marcharte así. No puedes volver a ese lugar horrible. Esa no es tu vida. Escúchame, Johnny.

—Te he escuchado bastante. Tu atractivo ingeniero ha salvado su avión del fracaso. El paso heroico que has dado metiéndote en aquel “lugar horrible” para traerme en su socorro ha sido, a fin de cuentas, inútil. Todo queda como antes, por fortuna.

—Si te he traído aquí —dijo Diana lentamente— ha sido en socorro de ti mismo. ¿No quieres comprenderlo, Johnny? ¿O no me has oído cuando he dicho que te amo aún? ¿Me importan un comino Joe Carson y su avión! ¡Eres tú quien me importa, Johnny! ¡Es a ti a quién quiero salvar del fracaso! ¡Tú lo eres todo, tú lo llenas todo! ¡He intentado vivir sin ti, y no he podido, Johnny! ¿Es preciso que te implore de rodillas?

El articuló:

—Ese tema estaba descartado. Adiós, Diana.

La joven ocultó el rostro entre sus manos.

—Te has... convertido en un monstruo —sollozó—. Muy bien, Johnny, no me humillaré más. Vete. Sigue tu camino. Allá tú.

Johnny partió sin una palabra ni una mirada.

—Diana...

Carson estaba detrás de la joven.

—Déjame, Joe, te lo ruego.

—Pero ese hombre... yo quisiera...

—No. Tiene sus motivos. No puedes comprenderlo.

—¿Tú sí?

—Yo sé lo que pasó. Cometió un error de los que no pueden pagarse. Costó la vida de diez personas y la divulgación de un secreto militar trascendental. Arruinó su carrera. Se hundió en el lodo. Perdió la confianza en sí mismo y no la recobrará nunca.

El ingeniero preguntó con asombro:

—Pero, ¿quién era? ¿No dijiste que un investigador privado?

—Eso fue lo que dije. Era el mayor Braun, del Servicio de Seguridad Exterior de los Estados Unidos. E iba a casarse conmigo el día quince de abril pasado... Ahora, Joe, ¡te lo suplico! déjame en paz.

Carson guardó silencio.

Fuera, bajo el sol llameante del mediodía, Johnny Braun se alejaba del campo. A lo lejos, el ronquido de los reactores crecía y decrecía a ritmo arbitrario. Un avión de transporte describía círculos en el aire esperando la autorización para aterrizar. Dos camiones cisterna se aproximaban a los aparatos alineados junto a la pista central. La base experimental de la S.A.C. vivía su vida intensamente.

Cuando llegó a la entrada del campo, Braun vio aproximarse ya por la carretera el autobús que había de conducirlo al centro de la ciudad. Tres hombres esperaban en la parada. Antes de sumarse a ellos, empero, dedicó una última mirada a lo que dejaba atrás.

Entonces distinguió la bellísima flecha blanca que avanzaba por una de las pistas laterales. Era el segundo “War Cloud” que probaba Milton. Podía adivinar al piloto, con su fantástico atuendo, semitendido en el interior de la carlinga, rientes los azules ojos bajo el casco...

El avión despegó en unos segundos, tomó altura, viró. Braun lo contemplaba fascinado. El aparato destacaba nítidamente contra el cielo.

Luego, el relámpago de la explosión fue como un desgarró súbito de aquel cielo.

Por puro instinto, Braun se arrojó al suelo, se aplastó contra la tierra. El tremendo estallido, a pesar de sus precauciones, semejó golpearle el cráneo. Levantó lenta y dolorosamente la cabeza. Fragmentos metálicos informes llovían por doquier. A través de las pistas, una ambulancia emprendía su carrera hacia el lugar donde el aparato se había estrellado, seguida por dos coches de bomberos y varios “jeeps”. El aullido de sus sirenas se sumaban al persistente ronquido de los reactores.

Johnny Braun se puso en pie y sacudió el polvo de su traje. El autobús se había detenido y los pasajeros, aterrorizados, lo abandonaban para presenciar el último acto de la tragedia.

Braun pensó durante una fracción de segundo en los ojos de Milton. A continuación empezó a andar. Pero no en dirección al autobús. Lo hizo en dirección a los edificios del campo.

La suerte del piloto rubio era su suerte. Y estaba echada.

CAPÍTULO IV

El conserje nocturno del “Hotel Mundial” se hizo cargo del equipaje.

—¿Señor Braun? Perfectamente, señor Braun. Su habitación ha sido reservada por teléfono. Por aquí, señor. Una noche particularmente benigna para lo que suelen ser las noches de verano en Los Ángeles, señor.

Johnny firmó el registro. Pensó que, allí, el calor no importaba. El hotel disponía de aire acondicionado. Disponía, en realidad, de cuanto pudiera apetecer un huésped exigente.

—¿Habitación?

—La doscientos doce. Avisaré al ascensorista para... ¡Oh, un momento! —al descolgar la llave del tablero, el conserje tomó un sobre de la casilla correspondiente—. Tiene usted una carta, señor Braun.

Braun rasgó el sobre en el ascensor. Encerraba una cuartilla mecanografiada, sin fecha ni firma:

“Si desea un informe pronto y detallado sobre los cojinetes defectuosos servidos por la “Bax Steel Company”, acuda mañana a las diez de la noche a la esquina de Chicota Court y Hill Street”.

Nada más.

El ascensorista abrió la puerta de la habitación 212 y entró la maleta. Satisfactorio. Johnny Braun avanzó hasta el amplio lecho y se dejó caer de través en él con un suspiro. Se encontraba otra vez en su antiguo elemento, envuelto en la familiar atmósfera de lujos y comodidades. Le bastaba oprimir un botón para movilizar un ejército de empleados prestos a servirle. ¿Cómo había podido privarse durante seis meses de aquello?

—¿Algo más, señor? —preguntó el ascensorista.

Johnny se levantó perezosamente de la cama, sacó un billete del bolsillo y lo puso en su mano.

—Soda, hielo, limón y una botella de ginebra.

Fue a la ventana cuando el muchacho hubo cerrado la puerta, la abrió y se asomó a mirar a la calle. Hacía una noche no demasiado calurosa, o “particularmente benigna”, como dijo el conserje. Las luces brillaban esplendorosas en el bulevar. Los coches circulaban

despacio. Terminada la jornada de trabajo, no había prisa.

Llamaron a la puerta mientras estaba desanudándose la corbata. Era el empleado, con las bebidas pedidas.

—Déjelas ahí.

—Buenas noches, señor.

Johnny bostezó. En mangas de camisa, distraídamente, preparó la ginebra con hielo, soda y una raja de limón. Luego colocó sobre la mesa la carta anónima que le entregara el conserje, la alisó con la mano y la estudió frunciendo el entrecejo. Asombroso. ¿Quién en Los Ángeles conocía su nombre, su misión, y poseía al propio tiempo un informe “pronto y rápido” acerca de los rodamientos a bolas? ¿Cómo era aquello posible? ¿Cómo la persona en cuestión había sabido de antemano incluso en qué hotel se alojaría?

Su conferencia con los directores de la S.A.C. se había celebrado a primera hora de la tarde y en ella se decidió que él partiría hacia Los Ángeles inmediatamente, con cartas de presentación para el presidente y el director de la “Bax Steel Company”, quienes serían además prevenidos telefónicamente de su visita. Se le había reservado habitación en el “Mundial”. Se había llegado a un acuerdo sobre sus honorarios. Terminados sus poco prolijos preparativos, Johnny había cenado en el aeropuerto y tomado el avión de Los Ángeles. Allí estaba. Mientras tanto, alguien dotado de una especie de ojo mágico siguió desde Los Ángeles todos sus movimientos; y a Johnny Braun solían darle los ojos mágicos muy mala espina.

El autor del anónimo parecía dispuesto a ayudarle, pero en el mundo nadie hace algo por nada. ¿Ayudarle a cambio de qué? La falta de firma en la carta y la cita en la encrucijada de dos calles, ¿qué podían significar? Si la ayuda fuera desinteresada, el informe pudo enviársele por escrito al hotel; por escrito o por teléfono, si el ayudante espontáneo no acudía personalmente con objeto de conservar el incógnito. Y a fin de cuentas, ¿por qué el incógnito?

Johnny bostezó de nuevo. Dobló cuidadosamente la carta y la guardó en su cartera. Levantó el vaso de ginebra y de un trago apuró la mitad. Luego, desabrochándose la camisa, se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha.

La luz del cuarto de baño estaba encendida.

Johnny abrió la puerta y se quedó parado en el umbral.

—¿Qué cuerno hace usted aquí?

Sentada en el banquillo, con la espalda apoyada en la pared y los pies en el borde de la bañera, leyendo una revista de cine, había una muchacha. Lo primero que su posición permitía observar era que

poseía unas piernas de manufactura excelente. Más allá se distinguían unos grandes, brillantes y pardo-grisáceos ojos y una mata de cabello rubio que caía a un costado de su cara.

Dijo:

—¿Es usted el señor Braun? Llevo lo menos una hora esperándole.

El trató de dominar su asombro.

—¿Está usted comprendida en el precio de la habitación?

—Lo siento —sonrió ella—. El servicio del hotel es bueno, pero no llega a tanto.

—¿Quiere entonces explicarme lo que significa su presencia?

La muchacha se levantó. Era alta, bien proporcionada, de figura graciosa y juvenil, largas piernas y talle gallardo. Vestía un traje de chaqueta de algodón azul celeste, con zapatos y bolso azul vivo. Abrió el bolso para guardar en él su revista.

—Se lo explicaré gustosa, señor Braun —no parecía en absoluto consciente de lo insólito de su situación—. ¿Es usted realmente John C. Braun, de San Francisco?

—¿Quiere explicarse? ¿O debo avisar al conserje? Ella se apartó el cabello de la cara.

—Tengo un recado para usted.

—¿Un recado de quién?

—Eso empiezo por no saberlo yo misma —del bolso abierto, la muchacha había sacado un paquete de cigarrillos que ofreció tranquilamente a Johnny—. Es mi negocio: “Mensajerías Sutter”, especialidad en misiones confidenciales. Yo soy Nancy Sutter y todos los mensajeros. No hay dinero para más.

Johnny cogió el cigarrillo y dejó que ella se lo encendiera. La desenvoltura de Nancy Sutter le inspiraba involuntaria simpatía. Bajo su influjo comenzaba a sentirse dispuesto a aceptar lo absurdo como natural. La calma y la confianza que emanaban de su sonrisa le cautivaban sin remedio.

—Siga —invitó.

—Pues esta tarde he recibido una llamada telefónica encargándome que me entrevistara con usted. He fijado el precio. Me han enviado a la oficina la mitad de la suma. El resto lo recibiré mañana, después de realizado el trabajo.

—¿No puede prescindir de los detalles?

—Me gustan los detalles.

—A usted la han pagado por darme un recado. ¿Cuál es?

Nancy Sutter repitió su gesto de apartarse el cabello del rostro.

—Bien, señor Braun —fijó en Johnny sus grandes ojos—.

¿Cuánto quiere usted por marcharse de Los Ángeles en el primer avión de la mañana?

El inició una rápida respuesta:

—Nadie...

Pero la joven no había terminado:

—Naturalmente, le será abonado el billete y pagada la cuenta del hotel. Medítelo. Volverán a llamarme por teléfono para conocer su respuesta. ¿Cuál es la cifra?

Johnny respiró profundamente. ¿Por qué no? Un juego. Le divertía jugar.

—Si accedo a marcharme, ¿quién me garantiza que cobraré? ¿Cómo he de hacerlo?

—Me han dado instrucciones para responder a esa pregunta. Recibirá aquí mismo su pasaje de avión y, con él, dos boletos: uno de la consigna del aeropuerto de Los Ángeles y otro de San Francisco. El dinero estará repartido por mitad entre las dos consignas.

—Perfectamente organizado—. Johnny sacó el inferior—. Rehutar se hace difícil.

—¿Y bien?

—Me pagan veinticinco mil dólares por lo que estoy haciendo en esta ciudad. Quiero el doble por dejarlo.

Nancy no pestañeó.

—Cincuenta mil. Transmitiré la cifra, gracias.

Echó a andar, pero Johnny la retuvo por un brazo.

—Un momento.

—Eso es todo, señor Braun.

—No, no es todo. Ahora sí vienen a cuento los detalles. Le han encargado que se entrevistara conmigo, muy bien. ¿Tenía que ser en mi propio cuarto de baño?

—Me han dicho que llegaba usted esta noche y que iba a alojarse en este hotel. El resto ha sido iniciativa mía.

—¿Cómo ha entrado?

—Tengo mis métodos. ¿Le sorprenden?

—No lo niego.

La muchacha rio. Abrió de nuevo su bolso y extraje una tarjeta.

—Tome, quizá le sea útil algún día. Ya sabe: misiones confidenciales, no importa la dificultad —examinó a Johnny de pies a cabeza, lenta y ponderativamente—. En las misiones confidenciales —añadió— se incluye a veces cenar y bailar con forasteros aburridos...

CAPÍTULO V

Era delicioso: despertar en un lecho amplio y blando como el de una princesa oriental, respirar el aire fresco y puro de la habitación, descansar la vista en el sobrio decorado de las paredes y en los muebles de excelente gusto. Braun trató de concentrarse en la idea: delicioso. Pronunció la palabra alta: “Delicioso”.

Hubiera querido gritarla, aquella palabra, para acallar la sorda inquietud que torturaba su ánimo, para estrangular el miedo que acechaba en un rincón de su espíritu. Porque el pasado no podía borrarse ni olvidarse. La única solución era hundirse de cabeza en el trabajo y alejar los recuerdos a puntapiés.

Otro sobre le aguardaba en su casilla cuando bajó al vestíbulo. Contenía un billete de avión y dos boletos. Cincuenta mil dólares. Una fortuna. Bastaba presentar los boletos y un documento de identidad para hacerse con ella; es decir, ¡bastaba ceder ante el miedo!

Johnny apretó con rabia los dientes.

—Deme papel de escribir —pidió al conserje.

¡Alguien tenía demasiado interés en echarle de la ciudad!
¡Demasiado!

Tomó la pluma y escribió:

“Cuando alguien está dispuesto a pagar cincuenta mil dólares por mi marcha de un lugar es señal de que vale la pena quedarse. No quiero dejar Los Ángeles sin haber conocido a la persona capaz de tan generosa oferta. Aquí le envío el pasaje aéreo y los billetes de consigna. Haga con ellos lo que guste”.

Dirigió el sobre a las “Mensajerías Sutter”, copiando las señas de la tarjeta que Nancy le había entregado, y lo encomendó al conserje con orden de remitirlo a su destino sin demora. Se preguntaba, luego, al salir del hotel, cuál sería la reacción del donante de los cincuenta mil dólares ante el hecho de que su partida de Los Ángeles no se hubiera consumado. ¿Acaso enviarle una nueva mensajera? ¿Morena esta vez? ¿O enviarle un asesino?

Detuvo un taxi.

—Al Banco Becker.

—¿Oficina central?

—Sí.

El edificio del Banco Becker debió ser hacia 1930 la última palabra del modernismo. Ahora aparecía como un puro buñuelo arquitectónico, y no otra cosa era en realidad; pero la misma circunstancia de estar tan absolutamente pasado de moda le infundía el aire respetable que las cosas pasadas de moda tienen siempre.

Johnny le dijo a un empleado uniformado que deseaba ver al señor Holden Becker. El empleado preguntó:

—¿Se refiere al director?

—¿Es la primera vez que oye su nombre? Anúnciame. Me llamo Braun y vengo de San Francisco.

Después de una espera de cinco minutos apareció otro empleado que no usaba uniforme: un joven con gafas, de rostro astuto, vestido de gris.

—¿Señor Braun?

—Sí.

—Por favor.

El despacho de Holden Becker no había experimentado indudablemente cambio alguno desde 1930. Los muebles, que entonces fueron audaces, resultaban ahora meramente incómodos.

Becker tenía menos de cincuenta años. Pasaría alrededor de los noventa kilos, y sin embargo, no era un hombre grueso. Su cara, sólida, de velludas cejas, ojos duros y mandíbulas fuertes, correspondía exactamente a lo que la cara de un banquero debe ser.

—Bienvenido, señor Braun —dijo con voz grave, extendiendo una zarpa recia y peluda—. Hablé ayer por teléfono con San Francisco. Sírvasse pasar.

Johnny entró en el despacho, y el joven de las gafas le siguió. Fue este quien cerró la puerta, para luego dirigirse a un escritorio situado al fondo de la pieza. Becker señaló un sillón a su visitante y tomó asiento a su vez detrás de una mesa negra, enorme y pesada.

Hubo un instante de silencio, que el banquero rompió ofreciendo una caja de cigarros.

—¿Fuma?

—¿Por qué no?

Mientras hacía uso del encendedor que Becker le había tendido, Johnny observó que su interlocutor se esforzaba desesperadamente en dominar sus nervios. Para él, ciertamente, la situación era fea. Tres hombres muertos y tres carísimos aviones destrozados pesaban sobre la empresa que presidía.

Becker carraspeó, cubriéndose la boca con la mano, y abrió un

fichero que tenía sobre la mesa.

—Sé que usted desea informes sobre la “Bax Steel Company”, señor Braun... ¿Informes acerca de qué, concretamente?

—Acerca de todo.

—Bien... eso es tan vago...

—Le supongo al corriente de los accidentes sufridos por los “War Cloud II” en sus vuelos de prueba.

—En efecto.

—Usted no ignora tampoco que los técnicos de la S.A.C. han establecido que algunos de los rodamientos suministrados por su compañía son defectuosos. A la “Bax Steel” corresponde, pues, la responsabilidad de lo ocurrido. Es justo que se haya llegado a un acuerdo para que un representante de la S.A.C. verifique aquí la oportuna encuesta. Yo soy ese representante. He venido con la misión de averiguar si se trata de un defecto de fabricación o, por el contrario, de un deliberado sabotaje. Las medidas a tomar en uno u otro caso serán, como es de comprender, muy distintas.

—Estoy enterado de todo eso. He participado personalmente en las gestiones.

—Entonces, usted sabrá mejor que yo qué aspectos del asunto me interesa conocer. Situación financiera y reputación de la casa, personalidad del director, etc.

Becker, pensativo, se pellizcó el mentón.

—Trataré de facilitar su trabajo cuanto me sea posible. En primer lugar, debo comunicarle que mi puesto de presidente de la sociedad no es consecuencia de mis intereses financieros en la misma sino, por decirlo así, una delegación de poderes hecha en mi favor por la verdadera propietaria a quién represento. Yo era el banquero y el mejor amigo de Lucius Bax, y desde que él murió he ayudado en la medida de mis fuerzas a su viuda. Soy hasta cierto punto un miembro más de la familia. Sigo siendo, más que el presidente, el banquero de la empresa. El actual caso, pues, me afecta comercialmente de una manera indirecta, pero personalmente le concedo enorme importancia.

—Comprendo —asintió Johnny.

—Usted pregunta cuál es la reputación de la “Bax Steel Company”. Puedo responderle con una sola palabra: inmejorable. La industria ha pertenecido a los Bax desde hace cuatro generaciones y, hasta la muerte de Lucius, todos los propietarios la dirigieron por sí mismos y arrimaron el hombro en los momentos en que era necesario.

—¿Cuándo murió Lucius Bax?

—El año pasado.

—¿De qué?

—Un lamentable accidente.

—¿De automóvil?

Becker se pasó la lengua por los labios.

—No. El disparo fortuito de una carabina.

—¿Se le disparó a él?

—A su esposa.

—¿Un accidente?

—Sí —la mirada de Becker se hizo como el acero—, un accidente.

Johnny notó súbitamente que no era aquella la única mirada fija en él. Alzó la cabeza. El joven vestido de gris estaba observándole desde el escritorio y sus astutos ojos centelleaban detrás de las gafas.

—Preferiría tratar estos asuntos en privado, señor Becker.

Becker enarcó sus hirsutas cejas.

—¿En privado? ¡Oh, lo dice por Kendall...! Es mi secretario. Conoce mi vida y mis negocios mejor que yo. Jamás trato un asunto si no es en su presencia.

—Muy bien—. Johnny se encogió de hombros—. Por mí, adelante.

—Algún tiempo después de la muerte de Lucius —prosiguió el banquero—. Helen, su esposa, reorganizó la empresa. Es una mujer animosa, que en ciertas condiciones hubiera podido ocupar brillantemente el puesto de su marido, pero la mala voluntad y la falta de comprensión de quienes la rodeaban frustraron su empeño. Yo ocupé la presidencia de la sociedad. La dirección de la industria se encomendó a Frank McGee. Afortunadamente, Helen ha encontrado en él un hombre capacitado para gobernar un negocio que exige alto grado de especialización.

Johnny cambió de posición en la incómoda butaca.

—¿Quién es McGee?

—Un excelente ingeniero.

—¿Qué hacía antes de dirigir la “Bax”?

—Trabajaba en la “United States”. Es un gran técnico en rodamientos.

—¿Y dejó una empresa tan importante como la “United States” por otra de tercera o cuarta categoría?

Becker titubeó.

—En realidad, lo que quería era comprar la “Bax”.

—¿Comprarla?

—Pues sí. Numerosas personas habían aconsejado a Helen que vendiera el negocio. La muerte de Lucius fue un golpe terrible para ella. Necesitaba reponerse, serenar su espíritu, viajar. No tenía fuerzas suficientes para empuñar el timón de la empresa, tal como se presentaron las circunstancias. A pesar de todo, se negó a vender.

—¿Por qué?

—Por su hijo. El pequeño Tommy tiene cinco años. Es un Bax. Algún día le corresponderá suceder a sus mayores.

—Ya veo. Frank McGee renunció entonces a convertirse en propietario y se quedó como director. ¿Por qué?

—En parte, porque la remuneración era excelente y él dejaba de ser, como lo fuera anteriormente, un subalterno; en parte, digo yo, porque no perdía la esperanza de que Helen mudara de opinión.

—¿Cuál es la situación financiera de la “Bax”?

El banquero balanceó su sólida cabeza.

—Ha tocado usted un punto sensible... La situación financiera, si no mala, es peligrosa, pero casi puedo garantizarle que mejorará. Cuantos conocemos a Helen le rendimos el tributo de nuestra admiración por el coraje con que está afrontando los tiempos difíciles y la entereza con que mantiene una fachada brillante. Esta maravillosa mujer...

El zumbador del interfono había sonado sobre la mesa. Becker se interrumpió, hizo a Johnny un gesto de excusa y lo conectó.

—Acaba de llegar el señor Chandler —dijo una voz de mujer.

—Enseguida —replicó el banquero. Cerró la comunicación y, tras unos segundos de indecisión, miró a Johnny y se puso en pie—. Tendrá que concederme un par de minutos, señor Braun. No más que una par de minutos...

—No se preocupe.

Caminó rápidamente hacia la puerta y desapareció. Hubo un silencio.

Johnny estiró las piernas. Lanzó al techo una bocanada de humo de su aromático cigarro.

—Una maravillosa mujer —dijo súbitamente, desde su escritorio, el joven del traje gris. Su voz traslucía un áspero sarcasmo. Johnny se enderezó y le miró con sorpresa—. Una gran dama, una criatura ejemplar, ¡una madre sublime!

—¿Está hablándome de la señora Bax?

—¿De quién, si no? Hago su apología, puesto que no tardará usted en caer en sus redes.

—Usted, según parece, lee el porvenir.

—Lo veo reflejado en el pasado. ¿Quiere saberlo, señor Braun?

¡Fue Helen Bax quien mató a su marido, es ella quien arruina el negocio, y ella también quien consigue engañar a cuantos tiene en torno! ¡Ese gorila enamorado de Becker, como tantos otros, se dejará arrastrar en su caída! ¡Evítelo usted, si puede! ¿A que no?

Johnny preguntó suavemente:

—¿Becker enamorado de Helen Bax?

—Pongamos seducido. Ella sabe hacer estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Jugar con los hombres y exprimirles hasta el último dólar. Jugó con el ingenuo de Lucius Bax y le pegó un tiro cuando empezaba a estorbarla. Jugaré con usted si se interpone en su camino... ¿Busca usted al culpable de que se enviaran a la S.A.C. cojinetes averiados? Visite a Helen, señor Braun. Y prepárese a morir apenas se aproxime demasiado a la verdad. ¡Una mujer maravillosa! ¡Capaz de todo! ¿Me ha entendido? ¡De todo!

Johnny se puso lentamente en pie. El secretario le miraba con increíble impasibilidad. Solo el fuego de sus ojos correspondía a la pasión que destilaban sus palabras.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

El joven echó la cabeza atrás y rio.

—¡Pruebas! Visite a Helen, créame, y no tardará en tropezar con pruebas por todas partes. Mañana por la noche sería buen momento. Es su fiesta semanal, ¡y qué fiestas las suyas! En ellas suele exhibir a su galán de turno...

—¿Cómo ha dicho Becker que se llamaba usted?

—Kendall. Ray Kendall.

Johnny preguntó con frialdad:

—¿Ha estado enamorado de Helen Bax?

—¿Por qué no pregunta si jugó también conmigo?

—Conteste.

Kendall pronunció el monosílabo como una sorda explosión:

—¡Sí! —y agregó—: ¿Jugar conmigo? ¡Me convirtió en un bufón miserable!

Johnny le volvió la espalda.

—Gracias. Es un dato que procuraré tener en cuenta.



—¿Para qué me has invitado?

CAPÍTULO VI

Le había sido imposible ponerse en contacto con Frank McGee en todo el día. Sus llamadas a la “Bax Steel Company” resultaron infructuosas. El director se hallaba ausente. Podía ser cierto. También podía serlo que rehusara entrevistarse con él. Tendría que hacerlo tarde o temprano, pero quizá ahora le convenía ganar tiempo por algún motivo. Dirigir una antigua y prestigiosa industria y haber de enfrentarse al investigador enviado por un cliente a quién un pedido servido en mal estado ha costado la pérdida de tres vidas humanas y miles y miles de dólares, es un hecho como para no afrontarlo sin reflexionar y sin haber tomado todas las medidas posibles para salvar el buen nombre de la casa... ¡y el propio! Director o no, McGee era solamente un asalariado. La empresa podía ponerle en la calle si en el desdichado asunto de los cojinetes le correspondía la menor responsabilidad.

Johnny Braun, a la hora de la cena, consideró todo esto con disgusto. La demora de McGee solo entorpecería sus pesquisas. Era de esperar que el director se aplicase apresuradamente a deformar lo sucedido de modo que él saliera bien librado. Después, escudriñar la verdad sería trabajo de negros.

A las nueve y media, Braun abandonó el restaurante donde había cenado y tomó un taxi.

—Hill Street, esquina con Chicota Court —ordenó al conductor. Este se volvió para mirarle con asombro.

—¿Dónde ha dicho?

Braun repitió sus palabras, y el conductor sacudió la cabeza.

—Jamás oí mencionar esas calles. ¿Está seguro de que no se equivoca?

—Completamente seguro.

—Bien, veremos.

El taxista sacó una guía de la ciudad, encendió la luz del *tablier* y comenzó a pasar páginas.

—Tengo prisa —dijo Johnny.

—Un momento... un momento... ¡Oh, Hill Street! Aguarde. No, ni rastro de Chicota Court.

—¿Queda lejos?

—Al extremo de la ciudad.

Johnny consultó su reloj y pronunció una maldición.

—Vamos a Hill Street. Chicota Court la buscaremos cuando estemos allí. Alguien sabrá darnos razón de ella.

—Usted manda —asintió el taxista.

Nunca había tenido Johnny Braun noción de que Los Ángeles fuera, una ciudad tan grande, o nunca se lo había parecido tanto como aquella noche, mientras el taxi, incorporado a la corriente del tránsito, iba de señal luminosa en señal luminosa y de embotellamiento en embotellamiento. Los minutos volaban inútilmente. Johnny empezó a considerar dudoso que llegara puntualmente a la cita que el remitente del anónimo —la misteriosa persona tan bien informada de sus movimientos como de las interioridades de la “Bax Steel Company”— le había dado.

Por fin, atrás el centro de la ciudad, el tránsito se hizo menos intenso, y el taxi maniobró con mayor ligereza. Johnny se recostó en el asiento y, tranquilizado, encendió un cigarrillo.

Fue entonces cuando el accidente se produjo.

Un camión surgió a gran velocidad y de una, manera inopinada por una bocacalle. El taxista le gritó al conductor del camión un insulto feroz. El taxi por un lado y el camión por otro intentaron desesperadamente evitar el choque. Lo consiguieron a medias. El camión topó contra una pared y el taxi aplastó su hocico contra la parte trasera de la caja. Ambos se habían salvado de embestirse de lleno, con lo que quedó mitigada la violencia de la colisión.

Aun así, Johnny se vio proyectado hacia adelante y recibió un golpe en la cabeza y en el antebrazo con que en vano había intentado protegérsela. Permaneció unos segundos aturdido. Al recobrar la plena lucidez advirtió que el taxista había saltado del coche y se precipitaba en actitud belicosa hacia la cabina del camión. El conductor de este, pálido, pero enfurecido, descendía también a tierra. Un agente de policía acudía haciendo sonar su silbato.

Johnny comprendió que su viaje en el taxi terminaba irremisiblemente allí. Sin embargo, no podía perder ya más tiempo. Le era preciso continuar, preciso a toda costa.

Abandonó el vehículo y procuró escabullirse entre los curiosos, cuyo número crecía por segundos. Contaba con que la inminente agresión del taxista al conductor del camión distraería la atención del guardia.

Pero una pesada mano se apoyó en su hombro.

—¿Necesita auxilio?

Un segundo agente, a quién hasta entonces no había visto, le interceptaba el paso.

—Lo que necesito es marcharme. Tengo prisa.

—Yo también —declaró el guardia—. Mi mujer me espera para cenar. Hay estofado... Pero, amigo, no toca otro remedio que aguantarse.

—Lo siento, no puedo perder un minuto.

Un círculo de caras presenciaba la escena. A pocos metros, el primer guardia había rápidamente suspendido las hostilidades entre los dos conductores.

—Perderé solo los minutos imprescindibles. Usted iba en el interior del taxi y ha sido testigo del accidente. Por aquí, hágame el favor.

Johnny se resignó. Acompañó al agente al reunirse este con su compañero. Tuvo que aguardar, para prestar declaración, a que lo hubieran hecho el conductor del camión y el del taxi. Dio su nombre y sus señas. Dijo acerca del choque lo que creía la verdad, o sea algo totalmente distinto de lo que había dicho cada uno de los protagonistas y de lo que dirían los restantes espectadores. Los guardias tomaron sus notas. Finalmente, le permitieron marcharse.

Eran las diez y diez.

Le costó cinco minutos más encontrar un nuevo taxi. Su conductor tampoco había oído mencionar nunca Hill Street o Chicota Court. Fue necesario buscarlas en la guía. Hill Street apareció. Chicota Court no aparecía por ninguna parte.

A las diez y veintisiete minutos el taxi se detuvo en una calle solitaria, sin pavimentar y alumbrada provisionalmente. Una zanja insalvable se abría delante de él.

Un policía hacía su ronda.

—¿Chicota Court? —dijo, en respuesta a la pregunta de Johnny—. Sí, está más allá. Un pasaje, a la derecha. Pero el coche no puede seguir.

—¿Hay que dar un rodeo?

—No le sale a cuenta. Están urbanizando esto y habrá de retroceder demasiado. ¿Va usted a Chicota Court? ¿A estas horas?

—Sí.

—¿A la “Traction”?

Johnny se apeó del taxi.

—En efecto —mintió—. Espéreme aquí —añadió para el taxista. Le entregó un billete y sonrió—. Garantía de que no huyo sin pagar.

—Le acompañaré —se ofreció el guardia.

Johnny se arrepintió de haber recurrido a él.

—No es necesario, gracias. Hice mi aprendizaje en los *boy-scouts*.

Para alivio suyo, el agente no insistió.

Las diez y media largas.

La zanja podía bordearse a pie, y la calle, evidentemente, proseguía al otro lado. No era del todo una calle: tapias de solares se alineaban a la izquierda, mientras que a la derecha corría la verja de un edificio invisible desde allí. Era exactamente el extremo de la ciudad, como dijo el primer taxista. La construcción y el asfaltado no se habían adentrado todavía en el paraje.

Johnny no tardó en descubrir la placa que, a la luz de una bombilla sujeta a un poste, señalaba el comienzo de Chicota Court. Este era un pasaje entre dos muros, en uno de los cuales, con letras enormes, se leía: "Huxley Traction Limited". Era la "Traction" a que se refirió el guardia. Pero no se advertían signos de vida, ni luces, salvo las del alumbrado público, en derredor.

Y en la esquina, por supuesto, no había nadie.

La prisa había sido inútil. Un estúpido azar había frustrado la extraña cita. Johnny pronunció en voz baja una maldición. Más de media hora de retraso. Su primer hilo, acaso el único, para desentrañar la madeja de la investigación, ¡al diablo!

¿O se equivocaba?

Parado bajo la bombilla, inmóvil en la boca del pasaje, Braun aguzó sus sentidos. Un rumor. Inconfundible. Al fondo del pasaje, en la oscuridad, un coche se ponía en marcha.

Durante unos segundos pensó que la persona que le había citado se retiraba y, en consecuencia, que la entrevista había fallado solo por un pelo. Después observó que el ruido del motor aumentaba. El coche avanzaba por el pasaje, ¡acudía en su dirección!

De pronto se encendieron los faros.

Johnny continuó inmóvil. El conductor del automóvil tenía que verle. Tenía que haberle visto. Estaba muy próximo ya.

Una idea que hasta entonces había dormido en el fondo de su conciencia afloró súbitamente a la superficie. Fue esta idea lo que le inspiró. En el momento en que, envuelto y deslumbrado por los faros, Johnny Braun dio un paso para apartarse de la boca del pasaje, ¡el coche aceleró con un furioso ronquido y se le echó encima!

¡Una trampa! ¡Una emboscada! ¡Desde el principio sabía que debía ser así, pero no lo había admitido sino demasiado tarde!

Ya no tenía tiempo de hacerse a un lado. Corrió unos metros, hasta sentir materialmente en sus talones el roce homicida del vehículo que le alcanzaba. Saltó desesperadamente. Esto no le salvó. El topetazo le alzó en vilo. Se sintió volar antes de estrellarse

rudamente contra el suelo.

“Todos los huesos rotos”, pensó.

El coche había pasado. Lo último que vio Braun, a la luz de la bombilla sujeta al poste, fue la placa trasera de su matrícula. Letras y números se le grabaron como a fuego en la memoria.

Después, una eternidad después, apareció una cara ancha rematada por una abollada gorra de policía.

—¿Está usted bien?

Johnny Braun oyó muy lejana su propia voz:

—¿Es esto el infierno?

—Es Bill Street, hermano.

—Entonces estoy bien. Ayúdeme a levantarme.

Una recia mano le sostuvo. Los huesos, a fin de cuentas, no estaban rotos.

—He visto desde allá lo que ocurría. Diga, ¿ha podido pescarle la matrícula a ese salvaje?

¡Grabados a fuego!

—No —Johnny respiró profundamente—. Me han deslumbrado los faros. Es... es posible que el conductor no se diera cuenta... La luz es muy mala aquí. Por favor, ¿quiere usted acompañarme al taxi?

—Vamos —asintió el guardia—. Y en cuanto llegue a casa, ¿me oye? señale en el calendario la fecha de hoy. Es el día en que ha vuelto a nacer...

CAPÍTULO VII

Fue un proceso doloroso y complicado: hubo que empezar moviendo primero los dedos e ir progresando músculo tras músculo. A Johnny le parecía tener en los miembros ligaduras metálicas. Desentumecerse lo suficiente para saltar de la cama le costó un esfuerzo y una cantidad de sufrimiento increíbles.

Comprendió la razón de ello al contemplarse en el espejo del cuarto de baño: su cuerpo estaba plagado de tumefacciones, derrames y equimosis. La cara no era una excepción. Había recibido un fuerte golpe en la mejilla; tres rasguños trazaban otros tantos surcos paralelos desde su ojo derecho hasta la comisura de los labios.

Tomó una larga ducha, se dio masaje y reparó los desperfectos de la mejor manera posible, pero no empezó a sentirse realmente mejor sino cuando hubo depositado en el interior de su estómago una respetable cantidad de ginebra y soda. Solo entonces pidió el desayuno.

Mientras desayunaba pensó qué era lo que le convenía hacer. Debía, en primer lugar, averiguar a quién pertenecía la matrícula del coche que estuvo a punto de matarle la noche anterior. Esto era fácil, pero no tan fácil conseguirlo con discreción. Necesitaba ayuda, y ayuda procedente de la persona adecuada.

La persona adecuada podría ser Peter Michaelis: el detective Michaelis, de la Policía Metropolitana de Los Ángeles, División Central.

Tomó el teléfono y le localizó en cinco minutos.

—¿He entendido bien el nombre? —preguntó desde el otro extremo del hilo la rugosa voz del policía—. ¿Ha dicho de verdad Johnny Braun?

—Eso he dicho.

—¡Johnny! ¿Eres realmente tú?

—Puedes ahorrarte el tono de conmiseración. Soy yo y te saludo desde el fango.

—No bromees. Me enteré de lo tuyo directamente a través de los *G-men*. Un error, cualquiera puede cometerlo, pero lo que no se puede es tomar las cosas por la tremenda cuando...

—Muy bien, Peter. He escuchado consejos de todas clases.

Se oyó al detective mascullar un juramento.

—Perdóname. Fuimos buenos amigos y aguantamos codo a codo los pepinazos nazis. No es culpa mía si no puedo olvidarlo... Puesto que me has llamado, ¿necesitas de mí?

—Una información.

—¿Vuelves a trabajar?

—Simple comercio. Automóviles.

—Johnny —dijo el policía, con recelo—, hace dos años me pediste información sobre una mujer. “Simple interés sentimental”, el mismo tono que ahora. La mujer se suicidó al cabo de una semana. Era la cabeza de una organización de espionaje que se extendía por toda la costa del Pacífico.

—Sabes de sobra que aquello ha acabado. Y por si no lo sabes, añadiré que no volvería a empezarlo aunque me ofreciesen todo el oro de la Tesorería.

Hubo un silencio.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Toma nota —dijo Johnny. Dictó lentamente la matrícula del automóvil de Chicota Court—. Quiero el nombre del propietario. ¿Cuánto he de esperar?

—Media hora.

—Volveré a llamarte dentro de media hora.

Braun encendió un cigarrillo y se tendió sobre la revuelta cama. El efecto combinado del masaje, la lucha, la ginebra y el desayuno había sido saludable. Un tranquilo sopor le invadió.

Despertó sobresaltado a los cuarenta minutos. Llamó de nuevo a Michaelis.

—El nombre —dijo el detective— es Helen Bax. ¿También las señas?

Johnny apretó los dientes para no soltar una exclamación.

—A ver.

—Mil ochenta, Jasmin Avenue, Beverly Hills. ¿Más datos?

—¿Les tienes?

—No, pero puedo obtenerlos. Eres un condenado orgulloso, Johnny, ya lo sé; de los que sonríen cuando están agonizando de dolor, para evitar que alguien los compadezca. Sin embargo, hagas lo que hagas, sea cual sea tu negocio, me gustaría echarte una mano. Yo, en tu caso, me sentiría como un perro perdido...

—Los perros perdidos son, por lo menos, libres. Gracias, Peter. Volveremos a vernos cualquier día.

Johnny cortó la comunicación.

¡De modo que Helen Bax! ¡La “maravillosa mujer” de Holden Becker! ¡La aventurera “capaz de todo” de Hay Kendall! ¡La

propietaria de la “Bax Steel Company!”

Las declaraciones del secretario del banquero, que él había supuesto inspiradas por el despecho propio de un amante rechazado, ¿tenían pues una base real? ¿Helen Bax había, como previó Kendall, intentado matarle porque se aproximaba demasiado a la verdad?

Bien, ¿en qué sentido se aproximaba a la verdad? ¿Qué pasos había dado en dirección a ella?

Johnny se encogió de hombros. Pasos de ciego, sin duda. No tenía tiempo de haber avanzado ni un centímetro, por decirlo así, desde que en el campo de pruebas de la S.A.C. le fueron mencionados los cojinetes defectuosos del “War Cloud II” hasta que llegó a sus manos el anónimo, en el vestíbulo del “Hotel Mundial”. Pese a lo cual, empero, este anónimo contenía ya su sentencia de muerte.

Nuevamente descolgó el teléfono, y una vez más, como la víspera, marcó el número de la “Bax Steel Company” y pidió por Frank McGee. Una vez más el director se hallaba ausente.

—Notifíqueme —dijo Johnny, furioso, a la secretaria que atendió su llamada— que esta tarde, a las tres, pasaré por ahí. Le conviene estar presente entonces. Le conviene hablar conmigo. Me atrevo a advertirle que no hacerlo le ocasionará numerosas molestias.

—Perfectamente —replicó, indiferente, la secretaria—. ¿Cuál dijo que era su nombre, señor? ¿John Brown?

—¡Braun!

—Gracias, señor Brown.

Johnny colgó violentamente el teléfono.

Empezó a vestirse. El estado en que había quedado su traje después del tropiezo de la víspera le arrancó una interjección de enojo. Su mejor traje. Quien había hecho aquello lo pagaría caro.

Sacó de la maleta el que llevaba de repuesto y llamaron a la puerta apenas se hubo introducido en los pantalones. Abrió de un tirón.

—¿Qué vienes a buscar aquí?

Era Diana. Johnny experimentó más disgusto que sorpresa.

—Una invitación a almorzar.

—¿Qué estás haciendo en Los Ángeles? —siguió preguntando él—. ¿Qué pasa? ¿Acaso tus jefes no se fían de mí y necesitan enviarme un ángel tutelar? ¿Temen que les estafe su dinero? ¿O eres tú misma quien se ha asignado la misión?

—Nada de eso —respondió tranquilamente la joven—. He venido a Los Ángeles por asuntos de mi oficina. Me alojo en este hotel.

Acabo de llegar. Me han dicho que no habías salido aún y he pensado que podríamos luego almorzar juntos. No veas fantasmas donde no los hay, Johnny.

Braun no dio el brazo a torcer.

—Te conozco.

—Y yo a ti. Me guardaré bien de meter baza en tu trabajo.

—Fiel a tu papel de redentora de inválidos —asintió él mordazmente—. Conforme. Entra, no te quedes ahí. El pobre paralítico Johnny te invita a un trago de ginebra, si te avienes a tomarla sin hielo.

Diana movió negativamente la cabeza. Miraba al hombre con intensidad, entornando ligeramente los párpados.

—No puedo perder un minuto, están esperándome... Johnny, ¿qué te ha sucedido? ¿Te caíste dentro de una batidora?

—Un accidente de circulación.

Ella hizo una pequeña mueca.

—Me acostumbraron desde niña a encajar mentiras. Como gustes, Johnny —su mirada se detuvo en los ojos de él—. Pero estás furioso... estás vivo... estás con los nervios de punta... Eso es maravilloso, querido. Más, mucho más de lo que hubiera podido desear anteayer. ¿Nos veremos luego?

—No lo sé.

—Por favor. No me gusta almorzar sola.

—¿No tenía Joe Carson asuntos que resolver aquí?

Diana dijo suavemente:

—No.

—Pasaré a recogerte a la hora del almuerzo —consintió Braun—. ¿Cuál es tu habitación?

—Doscientos treinta.

Terminó de vestirse cuando la muchacha se hubo retirado. Antes de salir inspeccionó los rasguños de su rostro. Marchaban bien. Pensó, al mirarse al espejo, en lo que Diana le había dicho: estaba vivo, furioso, con los nervios de punta. Era la pura verdad. Pero había necesitado que ella se lo advirtiera para recordar cuán bello era sentir en las venas el cosquilleo de la vida.

Bajó al vestíbulo con un cigarrillo entre los labios. Un hombre que se hallaba parado junto al escritorio del conserje echó a andar en pos de él y le alcanzó en el momento en que ganaba la calle.

—Disculpeme. ¿Es usted el señor Braun?

Johnny giró en redondo. El hombre era alto y gallardo, de ojos azules y expresión desdeñosa. Había algo de militar prusiano en su aspecto, en parte por su aire, en parte porque llevaba el pelo

cortado como un cepillo. A su cara le hubiera sentado a la perfección un monóculo.

—Sí —dijo Johnny—, yo soy. ¿Por qué?

—Permítame que me presente: Frank McGee, director de la “Bax Steel Company”.

CAPÍTULO VIII

Braun experimentó un sentimiento de instintiva antipatía. Trató de reprimirlo diciéndose que era infundado, que se lo inspiraba su propia vanidad. Probablemente McGee había tenido un motivo razonable para no haberle recibido aún, y quizá era cierto que sus ocupaciones le impidieron acudir a su despacho durante aquellos dos días. Pero el sentimiento estaba allí. No podía evitarlo.

El director le mostró con un ademán un “Chevrolet” negro detenido frente al hotel.

—¿Puede concederme unos minutos? Necesito hablar con usted, señor Braun, y en mi coche estaremos a salvo de oídos indiscretos. Todo esto... todo este asunto... ¡es tan sumamente delicado! Yo diría, ¿no cree? que es delicado lo mismo para usted que para mí.

Johnny le miró con hostilidad.

—Yo no lo llamaría precisamente delicado. Hasta ahora no he visto la delicadeza por ninguna parte.

—Entiéndame.

—Le entiendo muy bien. Vamos.

McGee abrió la portezuela del coche. Una vez sentados dentro los dos, lo puso en marcha. Mientras conducía dijo:

—Fue una pena que una docena de entorpecimientos me obligaran ayer a aplazar nuestra entrevista. Recibí desde San Francisco aviso de llegada, pero... me resultó tan imposible... Acaban hace un momento de darme, en la oficina, su recado. No quiero que se imagine usted que me niego a recibirle, de modo que aquí estoy. He venido a anular su cita para esta tarde.

Johnny replicó con violencia:

—¿Anularla? Oiga, ¿quién se ha figurado usted qué es?

—Le quedaré profundamente agradecido si no me interrumpe —añadió el director, con desdén—. La cita se ha anulado por sí sola, y la razón es muy sencilla. Usted vino a Los Ángeles con una misión que cumplir, la cual no era otra que descubrir quién, en la “Bax Steel Company”, era culpable de que se hubieran vendido a la S.A.C. rodamientos a bolas defectuosos. Pues bien, señor Braun, me complace manifestarle que esa misión carece ya de objeto. Yo mismo he descubierto a los culpables y, como es natural, me he apresurado a despedirlos. No hubo malicia en el caso: una negligencia estúpida, aunque muy lamentable. Cómo puede ver, su

presencia aquí ya no es en modo alguno necesaria y a nadie le reporta la menor utilidad.

Johnny contempló a su interlocutor con una mezcla de cólera y asombro.

—¿Habla usted en serio, McGee?

—Claro que hablo en serio.

—¿Usted ha descubierto a los autores de esa monstruosidad y los ha expulsado de la empresa? ¿Así, por propia iniciativa, sin consultarlo con nadie? ¿Sin cursar la denuncia? ¿Sin abrir una investigación?

—¿Qué hay de raro en ello?

—No creerá que esa decisión suya me basta a mí, ¿verdad? ¡No creerá que yo cumulo con ruedas de molino! ¡Ayer mismo hablé con el presidente de la “Bax” y no sabía de esos despidos una palabra!

El aire desdeñoso de McGee se acentuó.

—Señor Braun, le suponía a usted más perspicaz. Nunca hubiera imaginado... —rió con aspereza—. Trataré de explicárselo. Como presidente de la “Bax”, Holden Becker es solo una figura representativa; pero es, en cambio, nuestro banquero. ¿Desde cuándo le parece que el director de una industria confía al banquero sus problemas y preocupaciones? ¿Qué le importan al banquero, mientras sean preocupaciones y problemas técnicos o laborales, o de orden interno en general? ¡Por favor, señor Braun, un poco de sentido común! Mi único afán en este asunto debe ser, y es, evitar a toda costa el escándalo, afán que, lógicamente, habría de compartir la empresa que usted representa. Por tal causa no persigo judicialmente a los operarios que me he visto forzado a despedir; y por esa misma causa, señor Braun, no he querido sostener esta conversación en mi despacho. El escándalo, una chispa de escándalo, sería ruinoso para los intereses y la reputación de nuestra industria —McGee sacudió con desprecio la cabeza—. No comprendo cómo han consentido ustedes que los periódicos ventilasen públicamente el fracaso de sus aviones...

—Y la muerte de tres pilotos, no lo olvide.

—Procuraré no olvidarlo.

Johnny se humedeció los labios con la lengua. Hacía esfuerzos enormes para que su cólera no estallase.

—¿Qué mentalidad es la suya, McGee? La S.A.C. cuida su reputación y sus intereses como pueda cuidarlos usted, pero existen cosas que están por encima de ellos, y la vida humana es una de esas cosas. Aquí no hay escándalo de ninguna clase: no lo habrá en

tanto no se demuestre que los accidentes de los “War Cloud” son fruto de un sabotaje. En caso de que lo sean, yo me encargaré de demostrarlo. Yo, un investigador privado, McGee. La S.A.C. ha procedido con la mayor prudencia y discreción tolerables. Ahora bien, si a usted no le gustan nuestros procedimientos, no tengo inconveniente en retirarme, volver a San Francisco... y poner las pesquisas en manos de la policía federal.

Las flacas y firmes manos del director asieron con fuerza el volante. Sus ojos estaban fijos en el disco rojo de la farola que acababa de interceptarles el paso.

—Repito que su gestión es inútil. No existe tal sabotaje. Fue una desdichada imprudencia. Lo he comprobado sin lugar a dudas.

—¿Debo fiarme de su palabra?

—Sí.

—Lo siento. Quizá me fiaría si la S.A.C. no hubiera perdido el dinero que ha perdido y si no hubieran muerto tres hombres. En las presentes circunstancias, ni hablar.

El disco cambió a verde. McGee oprimió con innecesaria violencia el acelerador.

—Estoy dispuesto a ofrecerle a la S.A.C. una compensación económica, eso por descontado.

—¿Y qué ofrecerá a los tres pilotos muertos?

El director guardó un instante de silencio. Luego preguntó:

—¿Cuáles son sus honorarios en este asunto, señor Braun?

—Veinticinco mil.

—Serán treinta mil si trabaja de acuerdo con mis instrucciones.

—¿Solamente treinta mil?

—Cuarenta mil.

—Esa cifra ha sido ya mejorada.

—¿Mejorada?

—¿Utiliza usted con frecuencia los servicios de las “Mensajerías Sutter”?

McGee arrugó el entrecejo. No miraba a su acompañante, sino al frente, a través del parabrisas.

—Ignoro a qué se refiere. No recuerdo haber utilizado jamás esos servicios.

—Entonces fue alguien más generoso que usted. Pagaba cincuenta mil, no por mi trabajo, sino únicamente por mi salida de la ciudad.

—¿Eso tiene algo que ver conmigo?

—Coincidencia de propósitos: apartarme de la investigación. Ya sé que no me contestará, McGee, pero, ¿qué es lo que trata usted de

impedir que yo averigüe?

—Le he expuesto desde el primer instante mis intenciones —dijo el director, y Johnny creyó percibir en su voz un eco de inseguridad—. No oculto nada. Y, sin embargo, vista su actitud... no me importaría superar en diez mil dólares esa proposición que dice haber recibido.

Johnny escrutó su rostro. ¿Era figuración suya, o ya no expresaba desdén?

—Sesenta mil dólares son mucho dinero.

—La reputación de la “Bax” vale más aún.

—Se muestra usted sorprendentemente fiel a una empresa que no le pertenece. ¿De dónde saldrán los sesenta mil dólares? ¿De las arcas de la compañía? ¿De su propio bolsillo?

—¡Basta, Braun!

—¿Por qué basta?

—¿Tiene usted algo de que acusarme?

—Por ahora, no.

—Entonces, acepte los sesenta mil dólares y regrese a San Francisco. Diga a la S.A.C. que estoy dispuesto a llegar a un acuerdo, ¡y terminemos de una vez!

Johnny no contestó.

Transcurrido algún tiempo, McGee inquirió con voz tranquila:

—¿Desea volver al hotel? ¿O le llevo a alguna otra parte?

—¿Qué le parece si seguimos hablando?

—No queda nada que decir.

—Se equivoca. Usted asegura que ha despedido a los responsables de la fabricación defectuosa de cojinetes. En primer lugar quiero verificar ese punto.

—Pero...

—Aguarde. Asegura igualmente que no ha procedido contra esos hombres para evitar el escándalo. Conforme. Un escándalo...

—Permítame, Braun.

—¡Le quedaré profundamente agradecido si no me interrumpe! —la voz de Johnny era una imitación sarcástica del tono desdeñoso de su interlocutor—. Debo recordarle nuevamente lo que usted se empeña en olvidar: ¡tres hombres han muerto! Imprudencia, negligencia, estupidez, sea cual sea su causa, ¡esas muertes no quedarán impunes! ¿Nos comprendemos o no, McGee? Necesito conocer exactamente el motivo de que los cojinetes de los “War Cloud II” fundieran en pleno vuelo y, sobre todo, conocer a los canallas culpables del daño... ¡Le he dicho que no me interrumpa! ¿Está clara la imposibilidad de considerar ni por un instante

cumplida mi misión? Si ello ha de procurarle algún placer, le prometo que abandonaré Los Ángeles apenas mi trabajo termine. Añadiré incluso que puede terminar pronto. Era mi intención entrevistarme con Holden Becker, y lo he hecho; luego con usted, y estoy haciéndolo. Solo me falta —Johnny buscó con la mirada los ojos de McGee— interrogar a los operarios que usted ha despedido. Y sostener, que es lo más importante, una larga conversación con la persona a quién este asunto afecta de una manera directa. Me refiero a la señora Bax. Me han dicho que esta noche da una fiesta, su fiesta semanal, y que esta fiesta es el mejor momento para trabar conocimiento con ella. Pienso asistir. El hecho de que no me haya invitado me es indiferente.

La cara del director había adquirido de pronto color gris. Johnny le contempló con auténtica sorpresa. Se había encogido sobre sí mismo y sus manos no parecían ya dominar el volante. Todo vestigio de arrogancia se había esfumado de él.

Cuando habló lo hizo casi en balbuceos:

—Señor Braun... le suplico... Naturalmente, daré a usted enseguida los nombres de los operarios despedidos. No faltaría más... Es un error de interpretación.

—¿De veras es un error de interpretación?

McGee detuvo el coche junto a una acera, sacó un pañuelo y restañó el sudor que perlaba su frente.

—Lo único que yo deseaba evitar —dijo—, y lo único que le ruego a usted que evite, es que la señora Bax se vea mezclada en este desagradable asunto. No dudo de que usted me juzgará ridículo, señor Braun, pero me siento tan ligado a Helen... quiero decir... a la señora Bax...

Johnny adivinó que empezaba a hacerse la luz.

—Continúe.

—Oh, ocurre simplemente que la señora Bax tiene los nervios muy delicados, una sensibilidad extremada... Ha sufrido demasiado. Yo daría el mundo entero para que no la perturbase un nuevo disgusto. Haría todo lo que estuviera a mi alcance, señor Braun.

Por ello le suplico que no vaya a verla. Si Helen se enterase de la terrible mancha que ha caído sobre su negocio... sería... ¡prefiero no imaginar de lo que sería capaz!

Johnny Braun no dijo nada. Estaba pensando. De una parte, en lo transparente de la actitud de McGee a raíz de aquellas explicaciones: Frank McGee era un muñeco más en el anaquel de los juguetes de Helen, un bufón miserable más, como Ray Kendall, como el “gorila enamorado” de Holden Becker, ¿cómo cuántos

otros? ¡Todos sus esfuerzos se habían encaminado hasta entonces a evitar, no que el escándalo de los cojinetes se hiciera público, sino que llegara a los amados oídos de la mujer!

De otra parte, pensaba en las últimas palabras pronunciadas por el director. ¿De qué era capaz Helen Bax? “De todo”, había, dicho Kendall. ¿De citar a un hombre en un callejón solitario e intentar arrollarlo con su automóvil? ¿Por qué no?

Cuando, a mediodía, regresó Johnny al hotel para llevarse a Diana a almorzar, un sobre le aguardaba en el casillero del conserje. Era un sobre muy elegante. Contenía un rectángulo de cartulina, en el cual, con letra muy femenina, clara y regular, había escritas unas palabras:

“Helen Bax, sinceramente dolida de su fracaso en Hill Street, presenta a Johnny Braun sus excusas y celebraría verle en su recepción de esta noche...”

Una invitación, ¡y en qué términos! ¡Sinceramente dolida de su fracaso en Hill Street!

Johnny apenas pudo terminar de leer.

—Diablo, ¡qué mujer! ¡Qué cinismo!

En el fondo, muy en el fondo, se sentía orgulloso de medir sus armas con un enemigo de semejante altura. No había ya en la lucha ambigüedades ni misterios. Aquel mensaje había deslindado perfectamente los campos.

Solo la causa última de la conducta de Helen Bax permanecía inexplicable.

CAPÍTULO IX

El almuerzo había sido agradable, pero lo que a continuación estaba en programa iba, en cierto sentido, a serlo más aún. De golpe, todas las barreras espirituales alzadas entre Johnny y Diana en el instante de su reencuentro semejaban haberse derrumbado. La muchacha lo notó con satisfacción. Sabía que solo indirectamente era aquello obra suya. El trabajo, la tensión nerviosa y el sentido de la responsabilidad habían hecho nuevamente de Braun el hombre que fuera hasta seis meses antes, y ella le había proporcionado los tres factores yendo al sucio hotel de Oakland en su busca. Si Johnny coronaba con éxito su misión, estaba salvado. Si no, ya nadie le salvaría nunca.

Y aunque no aludió al tema ni una sola vez, aunque no percibió al respecto el menor signo que la orientase, Diana estaba segura de que salvando al antiguo Johnny Braun salvaría su antiguo amor. Esto era en realidad lo único que le importaba.

Lo que seguía en programa al almuerzo era una visita a un hombre llamado Ernie Hammerstein.

—¿Quién es? —preguntó la joven.

Johnny respondió con indiferencia:

—Uno de los culpables directos de la muerte de vuestros pilotos.

Ella soltó una exclamación de asombro.

—¡Johnny, lo has conseguido!

—¿Qué he conseguido?

—¡Descubrir a los saboteadores!

—Eso hay que verlo todavía. En primer lugar, falta saber si ese hombre es realmente uno de los culpables; en segundo, si de verdad se produjo un sabotaje o tenemos entre manos un simple caso de incompetencia profesional.

Abandonaban el restaurante cuando Diana dijo:

—He prometido esta mañana no inmiscuirme en tu trabajo, Johnny. ¿Lo tomarás a mal sí, por curiosidad, te pregunto qué es lo que pasa?

El hizo seña a un taxi libre.

—¿Lo tomarás a mal si no te contesto?

—Como gustes.

Johnny abrió la portezuela del vehículo.

—Sube. Me acompañarás a ver a Hammerstein.

Ella no subió.

—¿Quieres burlarte de mí?

—No.

—¿Puedo acompañarte?

—Te he invitado, ¿no es cierto?

Diana se acomodó en el interior del taxi.

—Bien, ¿por qué me has invitado? ¿Ha sido una debilidad?

El dio las señas al conductor, se acomodó en el asiento y encendió calmamente un cigarrillo.

—Llámallo una debilidad —respondió, expeliendo dos chorros de humo por la nariz—. Había ya olvidado lo que se siente cuando uno lleva a su lado una mujer bonita. Es... una sensación que vuelve a gustarme.

“Eterno Johnny Braun, estás salvado”, pensó Diana. “Tú no puedes cambiar... Una sensación agradable, como ponerse una corbata nueva. Palabras duras, ¡pero qué tierno corazón tienes debajo!”

Disimuló una sonrisa y dejó que el hombre fumara en silencio.

En el distrito donde el taxi se detuvo no había grandes edificios. Las casitas adocenadas, todas semejantes, todas con su fragmento de jardín, no añadían nada a la gloria de los arquitectos que las construyeron, pero brindaban sol, aire, descanso y cierta independencia a los ciudadanos que las habitaban. Era un barrio residencial popular, modesto y tranquilo.

—Espere aquí —le dijo Johnny al taxista.

Tendió la mano a la muchacha para ayudarla a descender, y luego mientras llamaba a la puerta y esperaba a que esta se abriese, no soltó su brazo. Diana cerró los ojos. Aquel contacto familiar, ¡lo había echado tanto de menos!

Abrió la puerta de la casa una mujer gruesa, de rasgos hebreos, que vestía una bata de colorines. Sin embargo, no se movió del umbral, no mostró la menor intención de abrir la puerta del pequeño jardín.

—¿Ernie Hammerstein? —preguntó Johnny.

La mujer respondió con voz áspera:

—No está en casa. ¿Para qué le quiere?

—Necesito verle urgentemente. Algo importante. Si me dice dónde puedo encontrarle me hará usted un gran favor.

La mujer entornó sus pesados párpados.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? Mi marido no está nunca, en casa.

—Esa es una buena base para solicitar el divorcio, señora.

—¡Váyase al diablo!

—Enseguida—, asintió Johnny—. Pero, cuando vea a Ernie, no olvide decirle que dos personas han venido a visitarle de parte de la señora Bax y el señor McGee. El disgusto de no haber estado en casa tardará tiempo en pasársele. La suerte, como usted sabe, nunca llama dos veces a la misma puerta.

La mujer titubeó. Por fin se decidió a avanzar hasta la cancela y recorrer el cerrojo.

—Entren.

Johnny y Diana se encontraron en un caluroso cuarto de estar, vulgarmente amueblado. Sobre una mesa había restos de comida y tres botellas vacías de cerveza.

—Siéntense. Avisaré a mi marido.

Diana miraba fijamente a Johnny.

—Quién es Hammerstein? —preguntó en voz baja, apenas estuvieron solos—. ¿Qué es?

—Un mecánico especialista, ex operario de la “Bax”.

—¿Ex operario?

—Despedido ayer.

—¿Quién te ha dado sus señas?

—El director de la fábrica... Cállate.

Ernie Hammerstein aparecía en aquel momento. Era ancho y ventrudo, de rostro leonino y abundante cabello gris. Llevaba una blusa estampada tan pulcra y bien planchada que, evidentemente, se la había puesto para atender a sus visitantes.

Johnny escrutó con atención su rostro. Vio ojos furtivos, unos ojos de cobarde, que reflejaban cierta vaga angustia.

—¿Dicen ustedes que vienen de parte del patrón?

La voz de Hammerstein era tan áspera como la de su esposa.

Johnny sacó un paquete de tabaco.

—¿Fuma?

—Solamente en pipa —el mecánico extrajo la pipa del bolsillo y la exhibió en su carnososa mano—. Le he hecho una pregunta, me parece. ¿Qué buscan ustedes aquí? Le advierto que no tengo tiempo para malgastar en cumplidos.

Johnny demostró que él sí tenía tiempo. Ofreció un cigarrillo a Diana, tomó otro para sí, encendió ambos. No se dio en ello la menor prisa.

—Está mañana he visto al señor McGee y hemos hablado largamente acerca de usted.

—¿Y bien?

No había ningún cenicero por las cercanías. Johnny dejó caer

deliberadamente la ceniza al suelo.

—Pues resulta que el señor McGee me ha contado cómo usted había practicado un sabotaje criminal y cómo él se había visto obligado a ponerle en la calle.

Hammerstein palideció, e inmediatamente, sin transición, se puso rojo como la grana. Articuló:

—¿Qué es lo que dice que he practicado?

—Sabotaje criminal.

El mecánico tragó saliva dificultosamente.

—No sé de qué me habla. Debe de haber un error. Y además... esto... Oiga, ¿quién es usted? ¿Un policía?

—Ni soy un policía ni, por el momento, tiene usted nada que temer de mí. Los policías —Johnny esbozó una sonrisa y señaló a Diana con el pulgar— no suelen hacerse acompañar por esta clase de auxiliares. Cuando vengan, que vendrán, traerán una orden de arresto y un par de esposas.

Hammerstein arrugó el entrecejo, pero era evidente que se había tranquilizado.

—Si no es un policía, ¿qué diantre quiere?

Johnny hizo disimuladamente una mueca a la muchacha. Significaba: “Esto va por buen camino. Observa. La manzana Hammerstein empieza a madurar”.

Se aclaró la garganta:

—Amigo, el señor McGee ha descubierto que usted sabotaba la...

—Ya lo dijo eso antes —le interrumpió el mecánico con hostilidad—. Repito que no sé de lo que está hablando.

—Ha descubierto que usted sabotaba la producción de determinados rodamientos a bolas —prosiguió Johnny, imperturbable—. Su única precaución ha sido despedirle, sin más. Asombrosa benevolencia en un hombre tan enérgico como él. Pero ocurre que, a mí, esa precaución me deja insatisfecho. Yo necesito saber muchas otras cosas, no únicamente que es usted culpable de ese sabotaje. Necesito que usted me diga el motivo de semejante maniobra. Necesito averiguar quién le pagó por realizar el trabajo. Necesito obtener esos informes, mi querido señor Hammerstein, y es usted quien me los va a dar inmediatamente y con los mejores modales del mundo—. Johnny envió en dirección al mecánico una bocanada de humo—. Corríjame si me equivoco, por favor.

El rojo de la cara de Hammerstein se había convertido en escarlata.

—Lo que yo voy a hacer inmediatamente, ¡es echarlos de aquí a

puntapiés! ¡A los dos! ¡Saldrán de esta casa galopando o no les quedará un hueso entero en el cuerpo!

—¿Está seguro?

—¡Cómo lo oye!

Johnny rio desdeñosamente.

—¡Mi estimado amigo, no lo eche todo a perder por un golpe de genio! Antes que a usted —mintió, mirando al mecánico a los ojos— he visitado a su cómplice y he quedado admirado de su sentido común. No ha habido dificultades. Le habían pagado por su sabotaje. Perfectamente, yo le he pagado también para que me diesen el nombre de su llamémoslo socio comanditario. A usted no le pido sino que confirme lo que él ha declarado ya.

Hammerstein abría y cerraba sus grandes puños.

—No soy un talento —masculló—, pero no se me engaña con ardides infantiles. ¡Lárguese de aquí!

Johnny no se movió.

—¿Cuál es su precio?

—¡Lárguese!

—¡Reflexione, Hammerstein!

—¡Lárguese de una vez, o le juro que saldrá más blando que una patata asada!

Fue ahora Diana quien hizo una mueca. Significaba: “La manzana no está madura, ¡lo que está es podrida!” Johnny captó la mueca, la entendió también así y se encogió de hombros.

—Es una pena terrible —dijo—. Yo me preocupo sinceramente por su bien, Hammerstein, y creo que ha desperdiciado una excelente ocasión de quitarse de encima un montón de inmundicias. Vámonos, Diana.

La muchacha abrió camino hacia la puerta. Johnny la siguió. El mecánico, sin pronunciar palabra, fue tras ellos hasta el umbral de la puerta y desde allí presenció cómo se metían en el taxi y este se alejaba calle abajo.

Luego cerró dando un portazo atronador. Toda la casa se estremeció. La mujer acudió corriendo.

—Ernie, ¿qué sucede?

—¡Ocupate de tus asuntos! —rugió él.

Ella optó prudentemente por retirarse.

El hombre, con el rostro descompuesto por la cólera, se plantó en medio del cuarto de estar y permaneció algún tiempo mirando hacia el jardín y la calle a través de la ventana. Podía oír cómo su mujer hacía funcionar en la cocina la lavadora eléctrica. Luego, en el momento en que iba a retirarse, un hermoso coche de colores

blanco y caramelo se detuvo a la puerta de la casa.

La actitud de Hammerstein cambió. Estaba desconcertado. Su mirada se hizo temerosa cuando vio a los dos hombres vestidos con trajes claros que, tras apearse de la trasera del automóvil, empujaban la cancela y entraban en el jardín. A aquellos hombres los conocía perfectamente. Esto era lo malo: conocerlos perfectamente.

Se adelantó y les abrió la puerta antes de que llamaran.

—Hola, Mike —dijo con suavidad—. Hola, Oscar.

Mike era un poco calvo. Oscar usaba corbata de lazo y sonreía enseñando un diente de oro. Los dos entraron despacio y sin responder al saludo ni con un ademán.

Hammerstein estaba poniéndose nervioso.

—No os esperaba.

—Por supuesto que no —replicó Mike al cabo de un instante. Miraba en torno con interés, que se acentuó al descubrir las botellas encima de la mesa—. Hombre, cerveza. No me vendría mal un trago. ¿Qué te parece, Ernie?

El mecánico había perdido el color.

—He olvidado... poner en la nevera las botellas que me quedan.

—Las beberemos calientes. Sácalas.

Mientras Hammerstein abría un aparador se hizo claramente audible el suave zumbido de la lavadora. Oscar rompió su mutismo para preguntar:

—¿Qué es eso?

—La lavadora—. Hammerstein, con manos inseguras, colocó en la mesa cuatro nuevas botellas—. La lavadora... funcionando...

—¿Estás solo?

—Mi mujer anda por ahí.

Mike intervino:

—¿Tiemblas, Ernie?

El mecánico se mordió los labios.

—No me siento bien. Quizá fiebre... Un escalofrío.

—Ya.

Hubo un incómodo silencio.

—Bueno—. Mike arrancó el tapón a la primera botella—. A tu salud, Ernie. Para que mejores.

Cuando el hombre hubo bebido, Hammerstein preguntó sin poder contenerse:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Quiere algo la señora Bax?

—Deja aparte a la señora Bax —replicó Oscar.

—Conozco su coche —el mecánico señaló hacia la ventana con

el mentón—. ¿Quiere algo? ¿Por qué estáis aquí?

Oscar exhibió su diente de oro.

—Un pequeño asunto. No pierdas la cara. Sueles perderla demasiado deprisa, y eso es feo, Ernie. Tengamos la fiesta en paz.

Hammerstein le miró con horror.

—¿Habéis venido... a causa de la visita de esa pareja? ¿Es eso? ¡Escúchame, Oscar! ¡Te juro que no les he dicho una palabra! ¡Te juro...!

Oscar le interrumpió, indiferente, para pedir a su compañero:

—Abre una botella para mí.

—¡Escúchame!

—Y otra para Ernie—. Oscar rio—. Quizá la cerveza le dé un poco de valor. Esto va a ser, si no, muy desagradable.

El mecánico comprendió de pronto, sin asomo de duda, de una manera clara y total, que estaba a punto de morir. Sus ojos se desorbitaron.

—¡Oscar!

Mike abrió otra botella. Oscar la tomó con la mano izquierda y dijo:

—No chilles, Ernie, te lo suplico. Eres un hombre, no un cerdo.

—Pero... pero os aseguro que no han conseguido nada... Me han amenazado, me han ofrecido dinero... ¡Nada! ¡Atiéndeme, Oscar! — Hammerstein cayó súbitamente de rodillas, con el rostro convertido en una máscara de abyecto terror—. ¿No me oyes? ¡No he dicho nada!

Oscar murmuró un juramento.

—¡Condenado pelmazo!

—¡Tienes que escucharme! ¡Mi mujer.. mi mujer...!

Fuera, en aquel momento, el motor del coche blanco y caramelo emitió un ronquido. Sonó un imperativo golpe de claxon. Enseguida, otro.

—Deprisa —gruñó Oscar. Hizo una seña a Mike, quien echó a andar hacia el interior de la casa—. Esto ha durado bastante...

Con la mano izquierda sostenía la botella de cerveza, pero con la derecha sacó una pistola provista de silenciador.

Hammerstein soltó un alarido.

Hubo dos *plops* sordos, casi simultáneos, uno en el cuarto de estar y otro en la cocina.

Oscar se llevó la botella a la boca. “Asunto liquidado”, pensó.

CAPÍTULO X

A cada momento se limpiaba las gafas, empañadas a veces por su propia transpiración, pero otras no empañadas en absoluto. Era un gesto maquinal, que utilizaba a manera de válvula de escape para sus nervios. Estaba bastante borracho. Más que en el hablar, se le notaba en el brillo de los ojos y en la tonta sonrisa estereotipada en su boca.

Diana le estudiaba con interés. Llevaba largo rato sentada a su lado, en un diván tan estratégicamente situado que los camareros negros se detenían invariablemente ante él. La borrachera de Kendall había subido rápidamente de punto por causa de estas continuas detenciones.

—Una especie de perra de raza —dijo el hombre, moviendo melancólicamente la cabeza. El alcohol, durante los últimos diez minutos, había provocado sus más desgarradoras confidencias—. Bellísima, ejemplar único, lustrosa, una maravilla capaz de obtener premio en cualquier certamen. Pero con el feo defecto de no conocer a su amo y morder siempre, ¡siempre! la mano que se tiende a acariciarla.

Diana comenzó:

—Es un retrato expresivo.

—Un retrato fiel.

—Usted siente por la señora Bax un odio asombroso.

—Un odio que me quemará vivo —asintió Kendall amargamente—. Sin embargo, en estos momentos, el odio a Helen constituye la suprema razón de mi vida. Creo que moriría fulminantemente si dejara de odiarla.

La muchacha rio.

—Bromea, por supuesto.

—Todo lo contrario.

—Entonces, ¿por qué está aquí? ¿Por qué ha venido a su fiesta?

—Porque ella me ha invitado. Nunca se olvida de invitarme.

—¡Bonita razón!

Un nuevo camarero pasó con una bandeja de copas de champaña. Kendall trocó su copa vacía por otra llena.

—¡Llevamos hablando yo qué sé el tiempo y no me ha comprendido aún! —se lamentó—. Soy una babosa sin dignidad, ¿no se lo he dicho antes? Necesito revolverme en mi propia

abyección. Necesito hacerme pisotear, borracho, miserable, y ver a Helen esplendorosa, sonriéndome desdeñosamente por encima del hombro, del brazo de su galán de turno. Soberbio espectáculo el que doy, ¿no le parece? —Kendall lanzó una ronca carcajada—. Ella es una viuda joven, rica y bellísima. Si los zánganos que la hemos asediado y la asedian nos colocáramos en fila cogidos de la mano, llegaríamos de aquí a Nueva York. La cadena de imbéciles más larga del mundo.

—No diga tonterías.

—¿Quién me impide decir tonterías? ¿Usted? —Kendall limpió sus gafas, se las caló de nuevo y examinó a la joven—. ¡Oh, es usted un encanto! No debiera estar aquí. Helen corrompe cuanto tiene en torno. Y no me diga que siente simpatía por ella, porque no lo creeré.

—Si no pensara usted exclusivamente en sí mismo, recordaría que le he dicho que no conozco a Helen Bax.

—¡Ah, no la conoce! ¿Una invitada ocasional?

—Completamente ocasional. Es probable que ella ignore incluso que me ha invitado. Trabajo para una empresa de San Francisco cliente de la “Bax Steel Company”, y estoy en Los Ángeles por cuestión de negocios. He recibido una invitación en el hotel, supongo que pura cortesía de trámite.

Kendall semejó por un momento menos borracho.

—¿Qué empresa de San Francisco?

—La “Southwestern Air Company”.

—Hum. ¿Qué empleo tiene allí?

—Dirijo el departamento de Relaciones Públicas.

—Ya.

Diana escrutó los encendidos ojos del hombre.

—¿Por qué esas preguntas?

Él se encogió de hombros.

—Trato de no pensar exclusivamente en mí mismo —miró en torno estirando el cuello, y a continuación se puso en pie y ofreció el brazo a la muchacha—. Hace un calor infernal... Fíjese, allí se vislumbra un camarero. ¿Qué opina de ir a pedirle que nos llene las copas?

—Sospecho que no es un camarero.

—¿Qué es, entonces?

—Sabe de sobra que es un oficial de Marina. No está usted tan borracho como aparenta.

—Nunca, ni después de beberme un tonel de champaña, estoy tan borracho como aparento —sentenció Kendall—. Vamos, no

resisto este calor.

La fiesta se hallaba en su apogeo. Había allí la mescolanza de trajes, gentes, modales e idiomas puesta de moda por Hollywood. Un caballero anciano vestido de etiqueta, junto a un muchacho en mangas de camisa, conversaba con una cuarentona flaca ataviada con *shorts* en presencia de una jovencita cuyas galas nocturnas fueron compradas en París: esta escena daba la tónica general.

La residencia de la señora Bax perteneció anteriormente a un magnate del cine. Estaba en Jasmin Avenue, la zona más elegante de Beverly Hills. No era muy grande, como tampoco el parque que la rodeaba, pero se habían derrochado en ella el lujo y el buen gusto. El bar se hallaba instalado en la pérgola contigua a la piscina. Entre esta y la casa, en una plataforma acotada, actuaba la orquesta de Harry Walker. La gente bebía, comía, bailaba y hacía estupideces por doquier.

Diana avanzó del brazo de Kendall en dirección al bar.

—Es extraordinario —dijo el hombre— que todas las víctimas de Helen tengamos en común un aire como de borricos cansados. Fíjese en el pajarraco apolíneo que ahora mira hacia arriba... No, el de la chaqueta azul. Fíjese. Apuesto a que le ha visto más de una vez en la pantalla.

—Creo que sí.

—Juró que se mataría si ella le abandonaba. Sangre italiana, ¿comprende? En lugar de matarse, se compró un coche nuevo. Le había durado escasamente una semana y media.

—¿El coche?

—Me refiero a Helen: el capricho. El que tuvo por mí le duró cuatro días. Lo crea usted o no, cuatro días bastan para destrozar la vida de un hombre...

—¿No puede usted hablar de otra cosa? ¿Helen y Helen nada más?

—El tema es inagotable. ¡Oh, mire, a la derecha! ¡Tommy Moss! ¡Una docena de pozos de petróleo en Texas! Moss se volvió loco... Su mujer tuvo que venir de Houston en su busca y llevárselo de una oreja antes de que disolviera en *whisky* su fortuna, ¡pero aquí está otra vez!

Diana se paró en seco.

—Bueno, basta ya. Haga rodar el disco usted solo.

Yo he venido aquí a divertirme —miró a Kendall y descubrió que, repentinamente, había perdido de nuevo su tonta sonrisa y su aire ausente—. ¿Qué le pasa?

Una voz grave dijo a su espalda:

—¿Ha visto a Wilder?

La joven giró en redondo y se encontró ante un hombre alto y corpulento, de rostro enérgico y cejas velludas, que vestía *smoking*.

—Hace un rato, en la casa —respondió Kendall—. ¿Quiere que vaya en su busca?

—Necesito hablarle de esa nueva emisión de la “New Stafford Oil”, pero no es preciso que usted se moleste, Kendall — el hombre dedicó una cortés inclinación de cabeza a Diana—. Está bien acompañado. Yo mismo le encontraré.

Kendall hizo las presentaciones:

—La señorita Harris, directora del departamento de Relaciones Públicas de la S. A. C. de San Francisco. El señor Becker, del Banco Becker, presidente de la “Bax Steel Company”. Mi patrón.

Becker había entornado los párpados al ser mencionado la S. A. C. Pareció a punto de decir algo. Luego, lo único que dijo fue:

—Encantado, señorita.

Inclinó nuevamente la cabeza y se marchó en dirección a la casa. Diana sintió como si una suerte de vacío se produjera en torno suyo. Al mirar a Kendall vio cómo la sonrisa tonta reaparecía lentamente en sus labios.

—De modo que usted trabaja en la “Bax”.

—No trabajo en la “Bax”. Soy el secretario particular de un banquero que preside diversas compañías, la “Bax” entre ellas. El secretario particular de uno de los borricos que con más fuerza rebuznan de amor por Helen, si quiere que se lo diga todo.

—¿También él?

—¿Por qué no? Los rebuznos del viejo representan millones, y Helen los escucha con el mayor agrado. A ella la arrullan los rebuznos. Gracias a su reata de borricos avanza por un camino sembrado de trampas sin caer en ninguna. Gracias a sus borricos puede dar estas fiestas gargantuescas —moviendo la mano con que sostenía su vacía copa, Kendall señaló hacia el extremo del bar—. Ahí tiene a otro. El del cabello como un cepillo y la cara de palo. Su glorioso nombre es Frank McGee.

Diana sabía quién era Frank McGee: el director de la “Bax”. Lo examinó con interés. Vestía un *smoking* blanco y se hacía notar por su rígida elegancia. Estaba en un rincón, solo, sombrío, con la vista fija en el fondo de su vaso.

Kendall rio ásperamente.

—Vamos a preguntarle dónde se oculta Helen. Dónde y con quién. Usted observe qué muecas, ¡como si le dieran una patada en el estómago!

Pero la joven no tuvo ocasión de observar nada. Súbitamente perdió su interés por Kendall, por McGee y por todos los hombres del mundo, con excepción del que avanzaba hacia ella procedente de la piscina.

Era Johnny Braun.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó él. Reparó en Kendall como de pasada—. Hola.

—¿Se conocen?

—Sí —dijo Kendall, sin alegría—, tuvimos el mutuo placer de conocernos.

—¿Qué haces tú aquí? —repitió Johnny.

—Recibí una invitación, y vine. Asistir a fiestas es una de las obligaciones del departamento de Relaciones Públicas.

Johnny interpeló al secretario:

—¿Dónde está la señora Bax? Llevo buscándola desde que he llegado. ¿Es o no esta su casa? ¿O tiene por costumbre ausentarse de las fiestas que da?

Fue entonces Kendall quien semejó recibir una patada en el estómago.

—Bien, sus fiestas suelen componerse de una parte privada y otra pública. Ahora está ella celebrando la parte privada. Se llama Mendoza. Es un tenista colombiano.

—¿Quién?

—La parís privada. Le dije a usted que aquí presenciaría la exhibición del galán de turno. Eso vendrá luego.

Diana preguntó suavemente:

—¿Mendoza es moreno y viste una chaqueta listada?

—Sí.

—La exhibición, entonces, acaba de empezar.

Los dos hombres se volvieron, y Kendall murmuró una maldición. Dos personas bordeaban la piscina cogidas de la mano: Mendoza y Helen Bax. A él hubiera podido tomársele por un galán de technicolores musicales, vestido como iba, con una chaqueta color vino listada de blanco, pañuelo de seda al cuello, camisa, pantalones y zapatos blancos. Era un tipo latino alto y esbelto, pero fuerte; moreno, con el trazo negro del bigote sobre una sonrisa de anuncio de dentífrico. Su cara expresaba dos cosas: vanidad y estupidez.

Helen era pequeña, graciosa como un gatito, rubia y delicada. Se movía lenta y suavemente. Saludaba y sonreía a derecha e izquierda, pronunciaba algunas palabras de compromiso, estrechaba alguna que otra mano. Su acompañante se limitaba,

ciertamente, a exhibirse, contoneándose e hinchando el pecho, orgulloso, como si la fiesta, y quizá hasta cierto punto era así, se celebrase en su honor.

Cuando la pareja estuvo más cerca, Johnny oyó la voz de la mujer: dulce; con entonaciones de niña tierna, ligeramente desdichada, pero a la cual acaba de dársele el primer placer de su vida.

—Habéis sido tan amables viniendo... buenas noches... hola, querida... estoy tan contenta de que Luis pueda conoceros a todos...

Sonó, por lo bajo, la amarga risa de Kendall.

—Sería encantador si no se repitiese cada semana. La pasada no fue Luis, sino Danny, un fabricante de conservas. La próxima semana, ¿quién será?

Johnny Braun estaba petrificado. No podía apartar los ojos de aquella pequeña y fascinante criatura... ¿Un asesino? ¿Con aquel rostro espiritual, con aquella boca tan cariñosa, tan infantil? ¿Con aquellas pupilas clarísimas y aquellas manos tan finas y frágiles?

La pareja estaba llegando a su lado.

—Lindo vestido —murmuró Diana.

Johnny sonrió. El vestido era exquisito, de un blanco-verdoso mate que recordaba la piel de algunas frutas, convenientemente escotado; pero destacarlo era una manera de minimizar a quién lo llevaba, reacción propia de una mujer bella ante otra mujer bella.

Helen Bax ofrecía su puro perfil. Johnny espío sus menores gestos, sus menores actitudes, sus más leves sonrisas, pretendiendo interpretar como amenazas sus inocentes cumplimientos mundanos. Absurdo, Un momento después, la mujer y el sudamericano se detenían ante él.

—Ray, querido —dijo ella a Kendall—, tengo el gusto de presentarle a mi amigo Luis Mendoza, notable deportista... Pero, Ray, ¡qué cara pones! ¡Pareces cansado! ¿No te hará trabajar demasiado Becker? ¡Tendrá que oírme cuando le vea!

—Al viejo le agrada oírte —replicó Kendall, con intención.

Helen miró a Diana y a Johnny, marcando inquisitivamente las cejas.

—¿Amigos tuyos?

—Tuyos, diría yo. La señorita Harris y el señor Braun, de San Francisco.

La señora Bax ignoró totalmente a la joven. Sus grises ojos se posaron en Johnny y durante una fracción de segundo, un violento destello los iluminó.

—¿Es usted realmente Johnny Braun?

—Sí.

—No sabe hasta qué extremo me alegra verle aquí, señor Braun. Tiene un aire tan... tan simpático... Temía que no viniera usted, ¿comprende? después de la mala pasada que le jugué la otra noche...

Johnny sintió que se le erizaban los cabellos. Tenía la impresión de volverse loco. Con un esfuerzo, respondió:

—Su temor era infundado.

—Celebro que no sea rencoroso. ¿Le han atendido bien? ¿Le han servido champaña? ¿No se aburre?

—Nunca me aburro.

Ella escrutaba su rostro con expresión pensativa, como si estuviera reflexionando. El destello brilló de nuevo en sus ojos.

—Bien... yo diría... —Helen titubeó y, de pronto, pareció decidirse—: Señor Braun, ¿o puedo llamarle simplemente Johnny? desearía hablar con usted.

—Cuando guste.

—Ahora mismo —la mujer dio un ligero tirón al brazo de Mendoza, quien inmediatamente inclinó hacia ella su fatua sonrisa—. Luis, encanto, hazme un favor. Ve al bar y encarga que lleven una botella de champaña y dos copas al salón azul. Luego saca a bailar una chica bonita, ¿quizá la señorita Harris? y dile esas cosas maravillosas que tú sabes decir... Deprisa, querido, ¡pronto!

El sudamericano balbució:

—Pero... Helen...

—¡No te demores, querido! —Helen dedicó un gracioso saludo a Diana y a Kendall—. Mil perdones por privarles de la compañía del señor Braun. Vámonos, Johnny.

Johnny notó en el antebrazo el contacto de su pequeña mano y se dejó conducir, bordeando la piscina, hacia el interior de la casa. Momentos después se cerraba a su espalda la puerta de un pequeño gabinete. Las paredes eran azules. Los muebles, amarillos y rojos. El aire estaba refrigerado y no llegaba hasta allí el más leve ruido procedente del exterior.

Pero apenas tuvo tiempo de advertir todo esto. En cuanto hubo cerrado la puerta, Helen Bax se alzó de puntillas, le echó los brazos al cuello y aplicó sus labios a los suyos.

Fue como el beso de una pantera. Johnny se quedó sin aliento, atónito, vacío, con la mente en blanco. Estaba seguro de no haber experimentado en la vida una sensación semejante.

La mujer susurró junto a su oído:

—Hablar era un pretexto, Johnny. He aquí lo que yo deseaba...

CAPÍTULO XI

Johnny pensó: “¿Por qué necesita matar? Una exquisita criatura que lo tiene todo, belleza, éxito, amigos, admirados, amantes, dinero, influencia, ¿por qué necesita matar? ¿Acaso para no perder lo que tiene?”

Los rubios cabellos de Helen le rozaron el rostro cuando ella se incorporó en el diván para llenar nuevamente de champaña las dos copas. Contempló su deliciosa nuca. Se estremeció. Debía ser cierto que se había vuelto loco. Todo había ocurrido con alucinante rapidez. Estaba perdido, no comprendía nada, no podía reflexionar... No quería reflexionar. Acababa de entrar de la mano de aquella mujer en un mundo nuevo donde los moldes del viejo eran inútiles.

Helen había intentado matarle en Hill Street, y ni siquiera velaba sus alusiones al hecho. Sin embargo, un beso le había precipitado en sus brazos, ciegamente, ¡desesperadamente! ¿Por qué? ¿Qué extraña magia emanaba de ella? ¿Por qué se estremecía al simple roce de su mano? ¿Por qué estaban prendidos sus ojos de las tiernas y dulces líneas de su rostro? ¿Por qué?

La mujer, después de llenar las copas, tomó de un estuche de laca dos cigarrillos, los encendió y le ofreció uno.

—¿Por qué me miras así? ¿Te ocurre algo, Johnny?

El replicó lentamente:

—Yo diría... que algo nos ocurre a los dos. Es imposible que esto haya sido como es.

—A mí no me parece imposible. Tomo la vida tal como viene. Nunca hay sorpresas, o son sorpresas todo: depende de cómo se quiera interpretar.

—Pero...

Ella apoyó un dedo en sus labios.

—Cállate. Me gustas, Johnny. Siento esto, no me preocupo de la causa. ¿A qué conduce preocuparse? Me gustan tus ojos, tu cara, tu boca, tus manos. Me gustas... ¡Johnny! ¿Qué te pasa?

Johnny sacudió la cabeza.

—No puede ser. Estoy soñando.

La mujer tomó su mano entre las suyas y, al echarse atrás, se recostó suavemente en su hombro.

—¿Algo no marcha bien? ¿He dicho una palabra que te

desagrada? ¿He hecho un gesto que no debía hacer?

—No me refiero... —Johnny titubeó—. Helen, es preciso que me expliques por qué...

—Cállate —repitió ella a media voz—. Vas a hacerme reproches, lo adivino. Por lo que sea. Y no quiero reproches tuyos. Tuyo nunca, Johnny.

El cerró los ojos.

—Necesito preguntarte una cosa.

—Ninguna. La vida es esto, ¡pues adelante!

“La vida no es esto”. Johnny apretó los dientes. “La vida está ahí fuera, en el mundo donde hay muchachos como Nathaniel Birdie, como Charlie Mason, como Milton, cuyos cuerpos quedaron destrozados porque habían fundido los cojinetes de sus reactores...”

Helen extendió el brazo y conectó un pequeño aparato de radio inmediato al diván. Fumaba en silencio.

—Adoro la música —dijo, cuando la radio comenzó a sonar en tono muy débil—. Podríamos bailar... ¡Oh, no! —rectificó—. No me atrevo a ponerlo más fuerte. Despertaríamos al niño.

—¿Qué niño?

—Mi hijo Tommy. Pobrecito, duerme en el cuarto de al lado... Estas habitaciones están a prueba de ruido con relación al resto de la casa, son mi torre de marfil, pero se oye bien de unas a otras. Tommy tiene anginas. Luego le verás.

Johnny se inclinó hacia adelante para tomar su copa de champaña.

—¿Cuándo?

—Cuando sea hora de darle la medicina.

—¿Te parece que entonces estaré todavía aquí?

Ella volvió un poco el rostro y le sonrió dulcemente.

—Puedes quedarte tanto tiempo como gustes.

—No digo que no pueda. La cuestión es que quiera quedarme.

—¿Cómo, Johnny?

El apuró la copa de un trago. Se secó en el dorso de la mano la boca. La mujer seguía todos sus movimientos.

—Estás loca—. Johnny habló con calma, en tono distante—. O estás loca, o te pasas de lista. Sea como sea, te has equivocado conmigo. Yo no soy un Luis Mendoza, ni tampoco un Ray Kendall. No se me vendan los ojos con un supuesto arrebató de amor.

Helen susurró:

—No pretendo vendarte los ojos.

—Muy bien, no lo pretendes. ¿Te ha bastado verme para enamorarte de mí?

—Me gustas.

Johnny cerró los puños.

—Te gusto como te gustaría un caballo, o un coche, o un libro. Te gusto y me compras. No importa el hecho de que tú me gustes también o no me gustes. Tienes demasiados adoradores en torno para admitir que yo sea una excepción, para suponer que voy a rechazar lo que Mendoza, Kendall, Becker y tantos otros, no solo no han rechazado, sino que se mueren por conseguir. Pues bien, muñeca, tus cálculos han fallado. No eres la clase de manzana que yo elijo para postre. Lo siento mucho, pero no entro en el juego.

La mujer se había echado atrás y le miraba impasible.

—Johnny, tú nunca me comprenderás.

—De lo cual me alegro.

—Yo soy la que soy. Te he dicho antes que tomo la vida como viene. No hago planes. No asiento un pie para adelantar con seguridad el otro. Si no puedes aceptar que esto ha ocurrido porque tenía que ocurrir, márchate. Lo que menos pretendo es retenerte por la fuerza a mi lado. Pero, la verdad, te había creído un hombre de otra clase.

—¿Un tonto?

—Un hombre capaz de gozar de la vida. Alguien que no vacila en agarrar de los pelos a la felicidad que pasa por su lado.

—Soy ese hombre —asintió Johnny. Se puso lentamente en pie—. Me has juzgado bien, muñeca. Pero la felicidad no ha pasado por mi lado esta noche, aunque tú pienses otra cosa. ¿Contestarás ahora a mi pregunta?

—No —repuso la mujer, quedamente.

Él la contempló con los brazos cruzados. Estaba apelonada en el diván, como una niña, con una vaga sonrisa en los labios, chispeantes los ojos. ¿Qué representaba exactamente su actitud? ¿Melancolía disimulada? ¿Cinismo? ¿Burla? ¿Desafío?

Le hubiera gustado saberlo, pero el secreto íntimo de aquella criatura desconcertante escapaba fatalmente a su penetración.

Y en esto, en el instante de silencio que se había hecho, notó que la radio había cesado de emitir su programa de músicaailable. Muy apagada, aunque clara, sonaba la voz de un locutor que leía un boletín de noticias de última hora.

Las palabras se infiltraron en la conciencia de Johnny:

—Ernie Hammerstein... su esposa... primera hora de la tarde... dos balazos... testimonio de los vecinos... “Cadillac” blanco y caramelo...

Helen extendió el brazo y con naturalidad, sin prisa, dio vuelta

al interruptor y desconectó el aparato. Se levantó y, de espaldas a Johnny, aplastó su cigarrillo en un cenicero. Cuando se volvió, no había cambiado la expresión de su cara.

—Daré la medicina a Tommy —dijo— y quedaré en completa libertad de dedicarme a ti. Pediré otra botella. Algo de comer. Algo frío. ¿Qué te apetece, Johnny?

Johnny, en aquel momento, sentía horror.

—¡Marcharme!

¡Hammerstein y su mujer! ¡Asesinados!

Helen inclinó la cabeza. Detrás de las chispas de sus ojos se adivinaba una extraña sombra, y su sonrisa no era sino la expresión de una tristeza profunda, desgarrada.

—Me duele en el alma que esto termine así —murmuró—. Ya comprendo, sin embargo, que algo en mí te repele. Lo leo en tu cara. No te recrimino. Me gustaría conocer la causa, pero esas cosas no pueden evitarse... Vete en paz, Johnny. Espero que mañana me veas bajo una nueva luz.

Él se oprimió las sienes con las manos. ¿Presenciaba una farsa sangrienta? ¿Se hallaba ante una mujer inocente? ¿Ante una perturbada?

Fue a hablar claro, a decirle lo que pensaba de ella: que olía a muerte, que su proximidad le daba náuseas... Encontró sus claras e interrogativas pupilas y, súbitamente, desistió. No era cierto. No sentía náuseas. Ella no olía a muerte. Hubiera vuelto a besarla y a estrecharla en sus brazos gustoso.

“Estoy hechizado”, se dijo. “Es una bruja...” La idea cruzó por su mente como un relámpago. Le hizo sonreír a despecho suyo: había visto años atrás a Verónica Lake interpretando el papel de bruja en una película. Era ahora como si la tuviese delante, pero convertida en realidad, y mil veces más exquisita, más actual, más turbadora.

Helen articuló:

—Mañana por la mañana iré en tu busca para dar un paseo. Despídeme a puntapiés si no quieres verme. Iré, Johnny. No puedo remediarlo.

Él no contestó. Giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta, antes de ceder a la tentación de besarla. Sabía que si cedía ya no saldría de allí.

Por contraste con el aire refrigerado y el silencio del gabinete azul, una atmósfera de calor asfixiante y un estrépito ensordecedor le envolvieron apenas se encontró al otro lado de la puerta. Había olvidado por completo la fiesta, que estaba en pleno frenesí. A pocos metros de él, un grupo de parejas enloquecidas bailaban un “rock-

and-roll". Sonaban gritos, carcajadas, chillidos de mujeres. Un hombre obeso, que perseguía a una muchacha, derribó una mesa cubierta de botellas y vasos. Un borracho, con los pantalones arremangados y la corbata torcida, pronunciaba subido en una silla un discurso que no escuchaba nadie.

Johnny salió al parque por el lado de la piscina, con ánimo de llegar al bar y aplacarse los nervios mediante una dosis de ginebra pura. A medio camino vio a Diana, que avanzaba hacia él. La joven estaba pálida, y su cabello y sus ropas mostraban un ligero desorden.

La presencia de ella le serenó. Diana era directa, franca, ligera y sencilla. Poseía una belleza fresca y natural, como la de un bosque en primavera. Mirarla reposaba.

Johnny aludió a su aspecto:

—¿Qué te ha pasado?

—He caído en las garras de un campeón de baile. Garras por garras, hubiera preferido seguir en las de Kendall... Por favor, Johnny, llévame al hotel. Es decir, si tú aventura pasional ha terminado.

Él se encogió de hombros.

—No ha habido aventura pasional. Una conversación con Helen Bax formaba parte de mi programa de trabajo.

—Debiste prevenir a Kendall—. Diana enarcó dubitativamente las cejas—. Y al pobre Mendoza. Y a uno llamado McGee, en particular. Se descompuso de manera asombrosa al ver que esa mujer te secuestraba. Sus torturados corazones...

—McGee no se descompuso por causa de su torturado corazón —replicó Johnny—. Conoce perfectamente mi programa de trabajo. ¿Dónde está?

—Se ha marchado.

El miró en torno. No descubrió a Kendall ni a Becker. Luis Mendoza ponía cara de funeral en el bar, insensible a los encantos de una rubia que, a su lado, lo abrumaba a sonrisas.

Johnny renunció a la ginebra pura. No le era ya necesaria.

—Vámonos —asíó a la muchacha del brazo—. Esto me produce dolor de cabeza. Soy demasiado viejo para bacanales.

CAPÍTULO XII

El coche estaba parado a la puerta del hotel, y ella estaba dentro del coche. Los colores lucían al sol matinal: blanco y caramelo. Un “Cadillac”. Johnny retrocedió un paso para examinar los números de la matrícula, pero a sabiendas de que el examen era innecesario. Llevaba aquellos números grabados a fuego en la memoria desde la noche en que los vio al resplandor de una desnuda bombilla en Hill Street. Coincidían uno por uno.

Helen Bax le saludó con la mano por la ventanilla. Era grotesco, insensato, una locura. Todos los diarios de la mañana hablaban del “Cadillac” blanco y crema que estuvo parado ante la casa de Ernie Hammerstein mientras el mecánico y su mujer morían. Ernie había trabajado para la “Bax Steel Company”. Ella era la dueña de la fábrica y la dueña del coche. ¿Por qué seguía en libertad?

Alguien tenía que haberse dado cuenta de aquello. Por ejemplo, Frank McGee. ¿Cómo podía pretender McGee ocultarle a la mujer que su empresa había vendido a la S. A. C. cojinetes tarados? ¿Cómo podía pretender semejante absurdo? ¿O acaso sus pretensiones eran otras?

Helen hizo sonar imperativamente el claxon.

Johnny se aproximó al “Cadillac”.

—Buenos días.

Ella parecía una chiquilla. Llevaba un vestido ligero de color crema, los brazos desnudos, un escote asimétrico. Sus rodillas asomaban por el borde de la falda. Estaba envuelta en un fresco perfume.

—Johnny, tenemos que hablar. Cumpló lo prometido. Sube.

El abrió la portezuela y se sentó a su lado, sintiendo el enervante cosquilleo del peligro a lo largo de la espina dorsal.

—Mi idea es que anoche nos dijimos cuanto había que decir.

—Anoche yo había bebido demasiado.

—Las mujeres como tú nunca beben demasiado.

Helen puso en marcha el coche y lo alejó del hotel. Conducía de una manera lenta, serena y majestuosa. Parecía imposible que sus manecitas dominaran con tanto aplomo el enorme vehículo.

Condujo en silencio hacia el norte de la ciudad. Luego, de repente, dijo:

—¿Por qué tienes perpetuamente ese aire estupefacto e

indignado, Johnny? Cada vez que hago alguna cosa recibo la impresión de que te empujo al colmo del asombro. No sé... parece como si hubieras supuesto que yo no podía guiar un coche. ¿O no te gusta mi vestido? ¿O te causo impresión? ¿O qué es lo que pasa?

—Sonríe —ordenó secamente él.

Ella obedeció de una manera forzada.

—¿Y bien?

—Nada. Quería examinar tus dientes.

—No te entiendo.

—Pues eso es lo que pasa: no me entiendes, ni yo a ti. Lo dijiste anoche. Tus actos no son nunca los que yo espero. Los míos, por lo que veo, no son tampoco nunca los que esperas tú. Tu aire estupefacto debe de corresponder aproximadamente al mío. ¿Está claro?

Helen le miró de reojo, mientras dirigía el coche, como quien gobierna un portaaviones, hacia la puerta principal de Alamito Park, que acababa de surgir a su derecha.

—Te burlas, por supuesto.

—¿Quién se burla de quién?

Ella no contestó. Recorrió la mitad del parque, tomó un camino lateral y desembocó en una plazoleta. Había, aparentemente, elegido aquel lugar a propósito. A un lado de la plazoleta se alzaba un pequeño parador rústico, abrigado por un macizo de enormes secuoyas cuyas hojas tamizaban los rayos del sol y entre cuyas ramas piaban miles de pájaros.

Todavía sin decir palabra, Helen se apeó e indicó a Johnny con un gesto que la siguiera. Él lo hizo. La mujer le condujo a la parte trasera del parador, donde había una veranda con mesas. Ninguna de estas estaba ocupada. A dos pasos del centro de la ciudad, el lugar semejaba hallarse a mil kilómetros del mundo civilizado.

—Aquí hablaremos con tranquilidad —dijo ella entonces. Alzó la vista al camarero que había acudido para atenderles—. Un té frío. ¿Tú, Johnny?

—Cerveza.

Helen se dejó caer en una silla y empezó a quitarse los guantes.

—¿No es un sitio maravilloso?

El permaneció mudo hasta que el camarero, tras servir lo pedido, se hubo retirado.

—Helen —articuló luego.

—¿Qué?

—Prescinde de la máscara si hemos de seguir adelante. Ayer dijiste que podía despedirte de un puntapié en caso de que no

quisiera verte. Quiero verte. Pero no para jugar a enamorados, ni para jugar a maldita la cosa. Yo estoy trabajando cuando estoy contigo.

—Un trabajo sumamente agradable —sonrió ella.

—Uno de los más agradables del mundo —replicó Johnny ásperamente—. Soy, como sabes muy bien, un investigador privado a sueldo de la S. A. C., y si paso las horas junto a la mujer que...

—Olvida esas tonterías —la mirada de Helen estaba llena de algo que semejava auténtica ternura—. No importan ahora. Prueba a besarme. Prueba, Johnny. Sería todo perfecto... si consiguieras...

—¡Basta!

La violencia de la interrupción sobresaltó a la mujer.

—¡Terminemos con esa condenada historia de la madre abnegada y el amor a primera vista! —Johnny no gritaba, pero su voz cortaba y punzaba como un arma de combate—. ¡Basta, mi querida Ingrid Bergman casera! No me gustan el cine ni el teatro, ¿entiendes? y mucho menos cuando es un melodrama barato lo que tengo que presenciar. Estamos solos, tú misma me has traído aquí. Momento y lugar apropiado para que vuelques tus confidencias, ¡pero tus verdaderas confidencias!

Ella se echó atrás, con los ojos ensombrecidos por repentino temor. El hombre extendió el brazo a través de la mesa y cerró el puño en torno a su delicada muñeca.

Helen exclamó sordamente:

—¡Suéltame!

—No.

—¡Johnny, no desvirtuemos nuestras relaciones!

—Por primera vez dejamos en este momento de desvirtuarlas. Por primera vez vamos a sernos completamente francos.

La mujer respiraba agitadamente.

—No alcanzo... a explicarme tu actitud...

—¡Palabras! —respondió él, con mordacidad—. Tranquilízate, preciosa. Cálmate. Has embarrancado y no te queda otro remedio que admitirlo. No llevas armas: has dejado tu bolso en el coche, y un revólver no te cabe debajo de esas ropas. Aquí no puedes apisonarme con tu elegante “Cadillac”. Entiendes, ¿no? el sentido de lo que te digo... No estamos en Hill Street ni es de noche, y yo me presto a servir de blanco como el estúpido de Ernie Hammerstein y su esposa. Te molestó ayer, ¡cuánto te molestó, y qué mal lo disimulaste! que la radio diera la noticia de su muerte en un instante tan poco propicio. ¡Oh, mi admirada, vampiresca y apasionada señora Bax! —Johnny tomó aliento—. Tenía un miedo

loco de que el pobre Hammerstein no supiera jugar sus cartas como es debido; y a fin de cuentas, un cadáver más, ¿qué importa? Pero no debiste ir hasta la casita en tu coche. No debiste dejarlo tanto rato a la puerta. Demasiado bello, demasiado rico y llamativo. El barrio no está acostumbrado a los vehículos de los poderosos. A los vecinos les llamó la atención. A la policía no tardará en llamársela también. ¿Qué harás entonces? ¿Procurar a los guardias que te besen? ¿O utilizar otros métodos cuando es necesario?

Helen estaba lívida. Sus labios temblaban.

—No he sido yo... Suéltame... ¡No he sido yo!

—¡No empecemos!

—¡Suéltame! —insistió ella, sacudiendo el brazo que Johnny le asía. Sus ojos ardían como brazas. Su voz crispada era casi un chillido—. ¡Me insultas! ¡Estás humillándome! ¡Suéltame!

Él se encogió desdenosamente de hombros.

—No te soltaré sin que me hayas contado a qué obedecen tus maniobras, por qué razón has hecho lo que has hecho, qué perseguías saboteando la producción de tú propia fábrica y causando la muerte...

La mujer no le dejó terminar. Con la mano que tenía libre cogió el vaso de té frío que le habían servido y se lo arrojó a la cara. Johnny hizo un ademán instintivo para protegerse los ojos. Sin habérselo propuesto, la soltó; en cambio, no evitó el golpe del vaso ni el baño de té. Pronunció un juramento. Se limpió el rostro en la manga de la chaqueta. Pero, cuando miró, Helen Bax había desaparecido.

Correr en pos de ella hubiera sido ridículo e inútil. Johnny se levantó y se sacudió resignadamente el té de encima. Mientras lo hacía oyó la honda vibración, inconfundible, que producía el “Cadillac” al ponerse en marcha. La ocasión se había frustrado; estaba sentenciada a frustrarse; solo con una gran dosis de ingenuidad hubieran podido esperarse de ella resultados prácticos.

Tras depositar un billete encima de la mesa, Johnny echó a andar hacia la parte delantera del parador. Se detuvo en el ángulo de la fachada. Mirando en su dirección, pálida, entreabierta la boca, en actitud alerta, Diana estaba allí.

El preguntó con el entrecejo fruncido:

—¿Me has seguido?

—Sí.

La joven no disimulaba su emoción.

—¿Supervisión de mi trabajo?

—No.

—¿Celos, entonces?

—¡No! ¡Johnny, esa mujer! ¡La señora Bax!

—¿Qué?

—¡He visto su coche frente al hotel! ¡Os he visto partir juntos!
¡He censado... que... que ibas a morir...!

El hombre la miraba fijamente.

—¿Por qué demonios has pensado eso?

—Porque dice el periódico que alguien ha matado al mecánico a
quién visitamos ayer tarde. Alguien que posee un “Cadillac” blanco
y caramelo: ¡apenas lo he visto he comprendido la verdad! ¡Fue ella,
Johnny!

—Temo que la verdad resulte bastante más complicada—.
Johnny tomó afectuosamente del brazo a la joven—. ¿Cerne has
venido hasta aquí?

—En ese taxi.

El taxi aguardaba en la plazoleta.

—Vamos.

Dentro del vehículo, Johnny se dirigió al taxista por la ventanilla
dg comunicación:

—¿Ha reparado en el palacio con ruedas que acaba de arrancar?

—Apueste cien a uno a que sí: un “Caddy” blanco y caramelo.

—Los apuesto a que consigue darle alcance y seguirlo. Prima
especial.

—Okey —dijo el chofer.

Y apretó a fondo el pedal del gas.

CAPÍTULO XIII

Diana atenazó entre sus dedos el musculoso brazo de Johnny.

—¿Qué te propones?

El miraba hacia adelante, en busca del “Cadillac”, invisible aún.

—Siento curiosidad. Helen Bax está fuera de sí. No me atrevo a decir que esté asustada, sino solamente fuera de sí, pero me interesa saber de qué modo reacciona.

—Así qué... es realmente ella...

—Eso espero.

La joven guardó un instante de silencio.

—Creo que lo supe desde el principio —dijo a continuación—. Vosotros, los hombres, sois incapaces de juzgar con imparcialidad a las mujeres. Yo vi inmediatamente en ella algo oculto, oscuro, secreto, vergonzoso. No me refiero a su vida amorosa. Su vida amorosa, Johnny, se la envidio. Es joven, bella, rica y completamente libre. Si un enjambre de zánganos se complace en postrarse a sus pies, tiene perfecto derecho a pisotearlos. La gente aplaude sus caprichos; sería, pues, estúpido que los disimulase. Lo mismo haría cualquier mujer.

—¿Tú?

—¿Por qué no, si las circunstancias fueran otras?

El taxista habló por la ventanilla interior:

—Su apuesta peligra, amigo. Ese cacharro es bonito, pero también potente. Puede estar ya al otro extremo de la ciudad.

Habían salido del parque por la puerta central y descendían a lo largo de Alamito Alley. Johnny recordó la manera lenta y majestuosa de conducir propia de Helen. Si no la había cambiado a impulsos de su estado de ánimo, todavía cabían esperanzas. Los minutos Sigüientes decidirían. El “Cadillac”, o aparecía entonces, o no aparecería ya.

—¡Continúe!

Los minutos siguientes decidieron, en efecto. El motor del taxi lanzó un rugido, forzado a aumentar sus revoluciones. El conductor pasó a un camión con hábil maniobra...

—¡Allí! ¡Ante la luz roja!

La aerodinámica forma blanca y caramelo estaba, a doscientos metros, inmovilizada en un cruce.

—¡Es nuestro! —exclamó el taxista, con entusiasmo infantil.

Pero añadió una interjección que no tenía de infantil absolutamente nada. La luz había cambiado a verde, y el “Cadillac” partía en medio de un grupo de vehículos. Un autobús surgió por la derecha. El taxi frenó y viró, en un esfuerzo angustioso por evitar la colisión. Logró evitarla. Johnny oyó a Diana tragar saliva.

—De buena... escapamos...

El coche de Helen había vuelto a desaparecer.

—No se preocupen —dijo el taxista.

Parecía estimulado por el incidente, hasta el punto de que, inclinado sobre el volante y pisando con furia el acelerador, se puso a conducir como hubiera podido hacerlo un piloto de carreras. Había perdido el saludable temor a las multas por exceso de velocidad, propio de todo taxista prudente. Su “no se preocupen” se tradujo por una marcha infernal en la avenida atestada de tránsito.

El “Cadillac” no era visible aún. Johnny se recostó en el asiento, desalentado, pensando que aquella persecución carecía ya de objeto, puesto que la continuaban a ciegas. Había solo una pequeña probabilidad de que Helen Bax estuviera avanzando en su misma dirección. Lo más seguro era que hubiese doblado por una de las vías laterales.

Sin embargo, no fue así.

—¡Eh! —gritó el taxista.

Un destello blanco y caramelo acababa de cruzar, al fondo de la calle, la franja despejada de Chairman Square.

—¡Cuidado! —advirtió Diana.

¡Otra luz roja!

Casi demasiado tarde, el taxi se detuvo violentamente con un agudo chirrido de frenes y neumáticos. La riada de automóviles desfiló a unos palmos de su parachoques delantero.

—¡Uuuuff! —resolló el conductor.

—La suerte está de su parte —dijo Johnny, sin interés—. Déjelo. Hemos fracasado.

El taxista replicó:

—¡Narices!

Y apenas tuvo luz verde, se precipitó furiosamente hacia adelante.

Lo que siguió fue una especie de juego del escondite. Tres veces el “Cadillac” apareció y desapareció a lo lejos. Como si estuviera dotado de un sexto sentido, el taxista consiguió mantenerse sobre su pista sin más datos que las tres fugaces visiones; pero, momentos después, el taxi alcanzó las últimas casas de la ciudad en el punto donde comenzaba la carretera 204, y la pista se desvaneció en el

aire.

—Se marchó por aquí —afirmó el conductor—. Estoy seguro. Lo huelo. ¿Seguimos o no?

—¿Hasta dónde nos llevará?

—Eso han de saberlo ustedes. Ahí delante empieza Dantown. Si no ha pasado del arrabal...

—¿Dantown?

—Sí.

Johnny había recobrado súbitamente su interés. Sus ojos mostraban una expresión rara.

—¡Siga, pronto! ¡No pierda un minuto! ¡Siga!

El taxi reemprendió su carrera.

—¿Qué ocurre? —inquirió Diana.

—Sé adónde va Helen Bax.

—¿Y bien?

—A la entrada de Dantown vive un hombre llamado Hoover. Es el segundo de los operarios despedidos de la “Bax Steel Company” como culpable de la fabricación de cojinetes defectuosos. El primero era Ernie Hammerstein.

La joven se llevó instintivamente las manos a la garganta.

—¡Johnny!

—Exacto —asintió él, con voz helada—. Douglas Hoover morirá si no nos damos prisa. Por mi culpa. Debí ir a su encuentro en cuanto me enteré de la muerte de Hammerstein. Ahora veo claro que era esto lo que Helen Bax quería impedir acudiendo a recogerme a la puerta del hotel. ¡Qué imbécil! Ella necesitaba sin duda ganar tiempo... echarme a un lado... distraer mi atención... Bien, no puedo negar que lo ha conseguido.

—Quizá no sea aún demasiado tarde.

Johnny no contestó.

Luego, las primeras casas del arrabal comenzaron a desfilas a ambos lados del taxi. ¿Cuánto faltaba? ¿Dos minutos? ¿Uno?

—¡Fíjense! —gritó el taxista.

¡El “Cadillac” blanco y caramelo!

Había estado detenido al borde de la acera, ¡pero en aquel momento se ponía en marcha!

—¡Es preciso alcanzarlo!

El poderoso automóvil partió como una flecha. Su ventaja inicial, de ciento y pico de metros, aumentó rápidamente a doscientos, a trescientos, a cuatrocientos... Había atravesado Dantown como un bólido.

—Lo siento —dijo el conductor del taxi—. No se puede perseguir

un expreso con una bicicleta. Aquí, en carretera, no hay nada que hacer. Mi vieja cafetera no da para más.

Diana respiraba agitadamente.

—Vuelva —dijo Johnny. Le era preciso resignarse a la derrota—. Pare en el lugar donde estaba el “Cadillac”.

El taxista obedeció.

—Querido—. Diana estrechó la mano del hombre—. Deseo que... deseo...

El abrió la portezuela para apearse.

—Muy bien. No te muevas.

Saltó del taxi y corrió a la casa: una vieja y fea casa de dos plantas, angosta, oprimida entre sus vecinas. Empujó la puerta, que estaba abierta. Entró.

El cadáver se hallaba todavía caliente. A tres metros del umbral, boca arriba, con los brazos abiertos y una pierna doblada en posición absurda. Vestía un pijama listado. La chaqueta de este aparecía manchada de sangre muy fresca que fluía también, mansamente, por las comisuras de sus labios.

Era Douglas Hoover, el segundo saboteador. Un hombrecillo de edad indefinida, pelirrojo, enjuto, desagradable. Un peligro viviente para Helen Bax; viviente hasta que ella lo suprimió de un balazo en el pecho. Su alma estaría ahora haciendo compañía a la de Ernie Hammerstein en el lugar adónde van las almas de los tontos.

Cuando Johnny regresó al taxi, la muchacha no necesitó hacerle ninguna pregunta. Él no aludió a lo que había visto, pero sus ojos hablaban.

El taxista dijo:

—¿Cuál es la próxima pieza del programa?

Johnny se abandonó en el asiento y encendió un cigarrillo.

—Vamos al centro. A un “snack-bar” cualquiera.

—¿La fiesta ha terminado?

—Sí.

Diana murmuró:

—¿Un “snack-bar”, Johnny? ¿No te parece más urgente...?

—Nada me parece más urgente que comer y beber. Tú irás después al hotel y te quedarás allí. Yo tengo que hacer una visita.

—¿A la policía?

—La policía se entera por sí sola de las cosas. No, a Frank McGee. Si él no puede impedir que Helen Bax llene ella sola un cementerio, dudo que lo impida nadie.

CAPÍTULO XIV

No estaba, como de costumbre. Johnny se maldijo de corazón. Se quedó unos momentos mirando a la secretaria de cara de lechuga, e insistió:

—¿Le esperan? ¿Vendrá esta tarde?

—¿Está usted citado?

—No.

—¿No?

—¡Mil diablos! ¡Póngase en comunicación con él como sea, y dígame que necesito hablarle! ¡Es de la mayor importancia!

La secretaria lanzó una ojeada al reloj eléctrico fijo en la pared de la oficina.

—¿Su nombre?

—Braun.

—Tenga la bondad de sentarse y aguardar. No creo que el señor McGee tarde. Probablemente accederá a recibirle... a no ser...

Johnny masculló un juramento y se sentó en un banco de madera. Tiempo perdido. ¿Qué estaría haciendo mientras tanto Helen Bax?

Diez minutos después se había levantado del banco y caminaba impaciente de un extremo a otro del espacio libre; quince, y había sembrado de colillas el suelo. A los diecisiete llegó Frank McGee. Antes de que la secretaria le dijese una palabra, vio a Johnny y se dirigió en línea recta a él.

—¡Pero señor Braun! ¡Qué placer encontrarle aquí! ¡Qué amable haciéndome esta visita! ¿Quiere pasar a mi despacho? ¿En qué puedo...?

La puerta del despacho se había cerrado detrás de los dos hombres. Estaban solos. El director interrumpió inmediatamente su frase y fue a sentarse en un sillón sin tomarse la molestia de ofrecerle otro a Johnny. Cuando siguió hablando, la forzada amabilidad había desaparecido de su voz por completo:

—Me parecía haberle indicado, Braun, que no deseaba verle en este lugar. ¿Tan obtuso es usted? Los rumores sobre sabotaje han ejercido ya una influencia suficientemente perniciosa en el personal para que, encima, yo mismo los subraye con la presencia aquí de un investigador.

Johnny le contemplaba en pie, con las manos en los bolsillos.

—Se me da una higa de sus rumores —replicó—. Se me da una higa de muchas cosas suyas, en realidad.

McGee le miró entornando los párpados.

—¿Ha venido a decirme eso?

Estaba cansado, pensó Johnny. Agotado hubiera sido la palabra exacta. Se había literalmente desmoronado en el sillón, y solo sus ojos y su voz trasuntaban su interna energía, de *junker*. McGee conocía indudablemente la noticia del asesinato de los Hammerstein y comenzaba a lamentar no haberse ocupado con más seriedad del asunto. Descubrir sábete adores en la propia fábrica, presentarlos como simples operarios ineptos y limitarse a despedirlos para evitar el escándalo... ¡Ciertamente, no!

—He venido a decirle, ante todo, que no puedo perder más tiempo. Seré breve. Usted sabe que la pasada noche...

El director palideció.

—Permítame aconsejarle que no evoque la pasada noche, Braun. Es en bien de usted.

—¿Se ha vuelto loco?

—Me entiende perfectamente. Por violento que me resulte hablar de ello, opino que pudo haber evitado ponerse hasta tal punto en evidencia con... con la señora Bax. Es sumamente lamentable que procedieran ustedes como procedieron, que nos ofrecieran aquel ridículo espectáculo, ¡en el momento justo en que estamos atravesando dificultades insuperables, tanto desde el punto de vista...!

—¡Idiota! —exclamó Johnny—. ¿Cuál fue el ridículo espectáculo? ¿Celebrar con Helen Bax la conversación que anteriormente anuncié a usted que celebraría? ¿O se figura que he entrado en el clan de sus adoradores solo porque le caí simpático y me llevó del brazo a su gabinete azul? Bien, y si así fuera, ¿a usted qué le importa?

—¡Señor Braun!

—¡Cierre el condenado pico de una vez! Me ha interrumpido cuando iba a decirle que, como usted sabe, la pasada noche fueron hallados muertos Ernie Hammerstein y su esposa. Dieron la noticia por radio. Hoy la publican todos los periódicos.

McGee se hundió un poco más en el sillón.

—Lo sé.

—Hammerstein y su mujer murieron asesinados. ¿Qué piensa de ello? ¿Quién, a su juicio, cometió el crimen y por qué razón? ¿Lo sabe también? ¿Sospecha de alguien?

El director sacó un pañuelo y restañó las gruesas gotas de sudor

que, de pronto, habían comenzado a rodar por su frente.

—No... no lo sé, Braun, ¿cómo puedo saberlo? —su altiva cólera se había volatilizado—. Puse a esos obreros en la calle y nada más, porque me pareció la medida prudente. Tenía usted razón ayer al decirme que hubiera debido tomar medidas más enérgicas... reconozco que tenía toda la razón... Pero ya es demasiado tarde —McGee sacudió la cabeza—. No, no sé quién ha matado a Hammerstein. No lo concibo.

Johnny encendió un cigarrillo.

—¿Está seguro?

—Yo... no veo...

—Vamos, McGee, haga funcionar la mollera. ¿Quién, aparte de usted y de mí, conocía la existencia de esos saboteadores y estaba, sobre todo, al comente de su despido? ¿A quién podía interesarle que yo no hablara con ellos?

McGee abrió las manos y respondió, como si la pregunta le hubiera sorprendido por su sencillez:

—Pues... las personas que los habían contratado para practicar el sabotaje, naturalmente. Y le digo y repito que no sé quiénes son.

—¿Pero admite ya que se trataba de un sabotaje?

—No. Intento adaptarme a su orden de ideas.

Johnny sonrió desdeñosamente.

—Gracias por el esfuerzo. Usted está chiflado perdido por Helen Bax, el amor le ciega ante la realidad, y temo que ese esfuerzo sea inútil. ¿Por qué no partimos de la base de que la señora Bax es un asesino?

El director casi dio un salto.

—¿Cómo? ¿Cómo, Braun?

—Fue ella quien mató a Hammerstein y quien, esta mañana, ha matado a Douglas Hoover. Los muertos no hablan.

—No... no es cierto... —las manos de McGee temblaban—. No es posible... ¡Helen no puede haber hecho eso! ¡Se lo aseguro! ¡O usted se equivoca, o miente deliberadamente!

—Lo siento, es duro para usted —pese a sus palabras, el tono de Johnny no expresaba ni un átomo de piedad—. Yo he visto el cadáver todavía caliente de Hoover. Conozco la hora exacta en que murió. Me arriesgo a jurar que fue Helen la autora del crimen.

Los ojos del director eran dos pozos de sombra.

—Habré de creerle... ¿Estaba usted solo? ¿Lo sabe alguien más?

—Para el caso, yo solo.

Hubo un silencio. Un largo silencio.

—Entonces —articuló finalmente McGee, pensativo—, acaso

consigamos arreglarlo. Iré al encuentro de Helen... me entenderé con ella... Le explicaré con claridad que está perdida y que debe desaparecer —su voz trasuntaba un exasperado dolor—. Internarla en una casa de salud será lo más adecuado. Comprendo que ha sonado para mí la hora de afrontar los hechos con franqueza, que es inútil que siga engañándose... Helen ha de ser recluida, y sin escándalo; de lo contrario, este negocio se hundiría, y no le pertenece a ella, en estricta justicia, ni mucho menos a mí, sino a Tommy Bax, el pequeño. No puede consentirse que el proceder de una perturbada arruine el porvenir del niño y la obra de tres generaciones. ¿Está usted de acuerdo conmigo, señor Braun?

—No —dijo Johnny.

McGee le dirigió una suplicante mirada.

—Por favor... Prométame que no hará nada, que dejará en mis manos la iniciativa. Sea razonable. Usted representa únicamente intereses particulares, no es un policía, no es un agente de la Ley. Por favor.

Johnny repitió:

—No.

El director se estremeció.

—¿Qué es, pues, lo que se propone?

—Denunciar el caso a las autoridades del Estado.

—Señor Braun —McGee hizo un último y patético intento—, apelo a sus sentimientos de hombre. Denunciar el caso sería, en efecto, lo procedente. Yo me he comportado hasta ahora como el más desdichado de los idiotas y está usted en su derecho al no concederme su confianza, pero le pido una sola cosa: reflexione. La denuncia es el paso extremo. Reflexione antes de darlo.

—¿Sobre qué habría de reflexionar?

McGee se alzó del sillón y recorrió el despacho con pasos nerviosos.

—Helen Bax —dijo— ha sido siempre una anormal, una verdadera enferma, y estaría en un manicomio haría años si no tuviese tanto dinero. Yo nunca había reconocido esto, pero ahora no queda otra solución. Me desgarrar el alma, Braun, ¡se lo juro! porque yo amo, a pesar de todo, a esa pobre mujer. Puedo ejercer gran influencia sobre ella, mayor que nadie; confiese que sería una pena no aprovecharlo. La confiaré a los cuidados médicos de un especialista. El conflicto quedará resuelto discretamente. Usted recibirá una recompensa, y la S.A.C. y los demás perjudicados la oportuna indemnización. Piénselo, se lo ruego.

Johnny cerró los ojos. Frank McGee no carecía de razón. No se

había emprendido oficialmente acción legal ninguna contra Helen Bax. El asunto no había salido aún del círculo de intereses de dos empresas particulares; Birdie, Mason, Milton, Hammerstein, su mujer y Hoover estaban muertos, pero el asunto no había salido de aquel cauce. No existía en los sabotajes una intención que pusiera en peligro la seguridad del país: no iban más allá del mero perjuicio privado, fuera cual fuese el motivo que indujo a Helen a practicarlos en su propia industria. Incluso la S.A.C. se alegraría de que las cosas se arreglaran silenciosa y pacíficamente.

¿Por qué no ceder?

—No le pido que me conteste ahora —añadió el director, en vista de su mutismo—. Deme tiempo hasta esta noche para persuadir a Helen de cuál es su deber y cuál su conveniencia. Mientras tanto, regrese usted a su hotel y reflexione. Le llamaré por teléfono a la hora de cenar.

Johnny se encogió de hombros.

—Conforme, esperaré a la noche. Pero es lo único que le prometo, McGee; y si se produce otro asesinato, si ocurre cualquier desgracia, le haré responsable a usted. Estoy hablando, ¿me entiende? de responsabilidad criminal.

—Le entiendo —asintió el director, con un suspiro de alivio—. Le entiendo, y se lo agradezco de veras... ¡muy de veras! ¿De acuerdo en que le llame esta noche al hotel?

Johnny echó a andar hacia la puerta.

—Hágalo. Si no estoy, allí le indicarán dónde puede encontrarme.

Fuera, en la calle, miró distraídamente a un extremo y a otro de la acera. Hacía calor. Pensó que hubiera debido sentirse satisfecho, que todo parecía en vías de solución y, además, de una solución cómoda y accesible. Podía a la mañana siguiente regresar a San Francisco y rendir su informe a la S.A.C. Veinticinco mil dólares y la vuelta a la vida.

Sin embargo, no se sentía satisfecho. No sabía por qué. Lo que se sentía era incomodo. Y, cosa rara, solo.

Tras haber caminado cuatro manzanas desde las oficinas de la "Bax", se metió en un bar para refrescarse con una ginebra. Fue la vista de la cabina telefónica contigua al mostrador lo que le sugirió la idea de llamar a Diana.

Ella estaba en el hotel.

—Te dije, si mal no recuerdo, que la sensación de llevar al lado una chica bonita vuelve a gustarme. ¿Tienes algo que hacer?

—Lo que tú has ordenado: quedarme aquí.

Johnny sonrió.

—Bueno, no era una orden literal. Solo quería evitar que desarrollaras iniciativas propias. El trato con asesinos no entra en las atribuciones del departamento de Relaciones Públicas.

—¿Estás seguro?

—Pasaré a buscarte dentro de media hora —replicó él—. Estoy libre hasta el momento de la cena, y quizá también después. Halagaré tu vanidad saber que echo de menos tu compañía.

Notó, a través del teléfono, que la joven titubeaba. Al fin, ella dijo:

—No estás libre, Johnny.

—¿Cómo? ¿Ha ocurrido algo?

—Helen Bax ha venido al hotel—. Diana hablaba evidentemente contra su propia voluntad—. En tu busca. Al no encontrarte, ha intentado averiguar de mí tu paradero. Una... una escena... Sumamente desagradable. Estaba descompuesta. Histerismo. Se ha marchado hace cinco minutos.

—¿Helen Bax? —repitió él, atónito—. ¿En el hotel?

—Johnny, creo que se ha vuelto loca. Se ha echado por el suelo, ha sollozado, ha dicho que eras un hombre maravilloso... Se necesita estar loca para decir eso, querido —el sarcasmo de Diana no tuvo alegría—. Ha dicho también que se arrepentía de no haberte hablado con franqueza cuando tú se lo has exigido esta mañana, que quiere hacerlo ahora, que es urgente, que te espera en su casa... No sé, miles de cosas, muchas de ellas sin sentido. No recuerdo.

—¿Me espera en su casa?

—Sí.

—Muy bien.

—¡Johnny, aguarda!

—¿Qué?

—Podría no haberte dado ese recado, pero lo he hecho; puedo ahora pedirte que no acudas a la cita, pero no lo haré. Quizá te envío a la muerte. Sin embargo, entiendo que es tu deber y has de cumplirlo. Ve a ver a la señora Bax, Johnny. Piensa en mí cuando vayas, nada más.

La sonrisa de Johnny reapareció. Era amarga.

—El papel está hecho a tu medida.

—¿Qué papel?

—El de redentora de descarriados. Mano izquierda psicológica: que el paciente se cure a sí mismo recobrando la confianza en su propio yo. Pero tú no has venido a Los Ángeles por asuntos de tu

departamento, ni a causa de ellos te has convertido en mi sombra; es para estar presente en caso de que mi confianza falle. A mi redención lo sacrificas todo, incluso el temor de exponerme al peligro, así sea el peligro de morir cómo el de caer en brazos de una mujer hermosa. Admiro tu abnegación, Diana.

Ella respondió a media voz:

—Eres demasiado inteligente. ¿Irás a ver a la señora Bax?

—Sí —dijo Johnny.

CAPÍTULO XV

Fue una camarera negra quien abrió. Pero no del todo. Retuvo la puerta, bloqueando el paso. Su rostro expresaba confusión.

—La señora Bax me espera. Soy Johnny Braun.

La negra habló a empuellones:

—La señora... la señora está ocupada... En este momento no puede recibir a nadie... No, no, ¡a nadie! ¡Vuelva otro rato!

Johnny hizo caso omiso de la respuesta. Apoyó la mano en el batiente y empujó. La camarera se vio obligada a ceder, lanzando una exclamación ahogada. Cuando el hombre estuvo dentro, ella se quedó allí, junto a la puerta, petrificada, muy abiertos los ojos.

El preguntó áspicamente:

—¿Dónde la encontraré?

—Señor... crea que no es momento...

—¿Dónde?

—En el cuarto del niño.

Johnny hizo una mueca. Le aguardaba sin duda una bonita exhibición de amor maternal. La pobre madre de familia, criminal, bien cierto, pero a la cual no hay que causar daño, a la que es preciso compadecer y perdonar, a la que no se puede separar cruelmente de su hijito enfermo... Adivinaba el cuadro. Sería divertido. Melodrama de primera clase.

Pensó: “¡Con tal que el mocoso no se eche a llorar y se me cuelgue del cuello!”

Se dirigió a paso vivo hacia el gabinete azul y abrió la puerta. No había nadie. Atravesó la pieza y abrió una de las puertas interiores. Correspondía al dormitorio de Helen, exquisitamente decorado, con un gran lecho estilo Hollywood, con el aire levemente impregnado de su perfume... Pero no era allí. El dormitorio estaba vacío.

Con la mano en el tirador de una segunda puerta, Johnny se detuvo. Vaciló. Podía ser una trampa. Podía ser un ardid para sorprenderle descuidado y pegarle impunemente un tiro. Helen era capaz de aquello.

Pero no. La hipótesis resultaba pueril. La mujer estaba loca, conforme, aunque no tan loca como para pretender matar a un hombre en su propia casa, existiendo testigos —Diana, y acaso alguno de los empleados del hotel— de que le había citado en aquel lugar.

¿La hipótesis resultaba realmente pueril? ¿No se había Helen exhibido a pleno día en su llamativo coche cuando mató a Hammerstein y a Hoover?

Johnny movió el tirador con precaución y empujó suavemente la puerta. Nada ocurrió. Ni un ruido. Nada. Abrió del todo.

La señora Bax estaba sentada en un sillón amarillo. Su aire de abatimiento era asombroso. Parecía una mujer sin sangre, sin alma. ¿Había acaso comprendido que todo terminaba para ella? ¿Se veía ya recluida y separada de su hijo? ¿La atormentaba el remordimiento de haber causado tantas muertes? Ni siquiera levantó la cabeza cuando la puerta se abrió. No denotó haber visto ni oído a Johnny.

El cerró la puerta, se hizo a un lado y apoyó la espalda en la pared. Encendió un cigarrillo.

Helen continuaba en la misma actitud.

—¿Querías hablarme?

Johnny fumó calmamente.

—¿Tienes algo que decirme? —añadió un momento después—. Muy bien, te escucho... ¡Despierta ya!

Ella se sobresaltó.

—¿Quién... quién es usted?

Sus ojos alucinados se alzaron al rostro del hombre. Johnny estuvo a punto de perder la paciencia. Se había equivocado por completo al imaginar la escena que Helen habría montado en obsequio suyo: esperaba el número de la viuda y el huerfanito, y ella representaba el de la loca irresponsable. ¿O era, como afirmaba McGee, auténtica su locura?

Conteniendo el enojo, Johnny recorrió con su mirada la habitación. La detuvo en la cama infantil inmediata al sillón que ocupaba la mujer. Sus cejas se enarcaron. La cama estaba vacía. El niño no se encontraba allí. Ella le había dicho que padecía anginas. ¿Se había repuesto ya? ¿O se había agravado hasta el punto de haber sido trasladado al hospital?

Johnny consideró por un momento la posibilidad de que el abatimiento de Helen se debiera a que el pequeño hubiese sufrido algún percance.

—¿Tommy ha empeorado? —preguntó.

Helen salió bruscamente de su estupor. Levantó la cabeza. A sus pupilas asomó una extraña luz.

—No... no... Tommy no está enfermo... —se pasó una mano por la frente, como si intentara aclarar sus pensamientos—. Johnny, ¿qué haces tú aquí? ¿Quién te ha permitido entrar? ¿A qué has

venido? ¿Qué quieres?

El sostenía, el pitillo entre los labios y entornaba los párpados para que el humo no fuera a sus ojos.

—Agradecería que no te burlaras de mí por más tiempo, muñeca. He venido porque tú fuiste antes a desahogar tus nervios en mi hotel. Has dicho allí que deseabas verme inmediatamente para descargar tu conciencia de inmundicias. Acudo a la llamada — Johnny arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó violentamente con el pie—, ¡pero permíteme advertirte que el juego de la debilidad mental casa ten poco conmigo como tus otros juegos anteriores! Resérvalo para la policía, para el jurado, para McGee, para quien prefieras. No para mí, Helen, ¿has comprendido?

Ella se levantó del sillón y se le acercó unos pasos.

—No seas cruel —dijo humildemente. Una niña lo hubiera dicho en el mismo tono—. No lo merezco, te lo aseguro. Todas las apariencias están contra mí, pero, por favor, Johnny, no me hables con esas palabras... —se pasó de nuevo la mano por la frente—. Creo recordar ahora que he ido en tu busca al hotel... que le he dicho a esa muchacha... ¿Cuál es su nombre?

—El nombre no importa.

Helen titubeó.

—Me proponía contártelo todo, franquearme contigo, tal como has exigido esta mañana. Sin embargo, al regresar aquí, lo he pensado mejor. No puedo hacerlo. Es imposible.

—De manera que les imposible.

—Sí, Johnny, imposible. De nada sirve que hayas venido. No hablaré. Vete.

Johnny la contempló un momento sin despegar los labios. A despecho suyo, sentía una especie de piedad. Era evidente que Helen estaba sufriendo, que una oculta tortura, la devoraba.

—Me iré —asintió—, pero en mi lugar vendrá la policía.

Ella retrocedió.

—¡No! ¡La policía no!

—Eso no tiene remedio, querida. Creo que no lo tendría ni aunque hablaras conmigo por espacio de una hora. Puedes probar, sin embargo...

—¡No puedo, Johnny! ¡No puedo!

El golpe sonó seco y súbito, como un chasquido. Johnny, sin abandonar el apoyo de la pared, había impreso un movimiento de vaivén a su mano. Cada dedo dejó una mancha roja en la mejilla de Helen.

—¿Continúas sin poder?

El rostro de ella, bajo las huellas rojas, semejaba más pálido todavía que antes. Silenciosas lágrimas fluían de sus ojos.

—¡Pégame! —dijo con voz velada—. Te perdono. Comprendo tus motivos. No lo merezco, repito que no lo merezco, ¡pero pégame! ¡Mátame si quieres! ¡No diré nada!

Johnny se apartó de la pared y avanzó. Helen ya no retrocedía ahora. No evitó que él la agarrase por los hombros y la sacudiera con callada brutalidad. No ofreció resistencia ninguna. Su cabeza se bamboleaba de un lado a otro, como la de un pelele desarticulado.

—No diré nada... nada... déjame... nada...

Exasperado, acicateado por aquella pasividad, Johnny pensó en los pilotos destrozados en el campo de pruebas de la S.A.C., en los azules ojos de Milton, en la sangre fresca que manchaba el pijama listado de Douglas Hoover. Tuvo la sensación de que sus manos zarandeaban una serpiente venenosa. Casi no se dio cuenta de que golpeaba otra vez, y otra aún. Violentemente enderezada, la cabeza de Helen chocó contra la pared. Un gemido se escapó de sus labios.

—¡Piedad, Johnny! —jadeó—. ¡Basta! ¡No puedo! ¡No me lo devolverán nunca! ¡Le matarán!

Había caído al suelo mientras murmuraba entrecortadamente aquellas palabras. Nervios. La crisis histérica comenzaba. Johnny se inclinó sobre aquel cuerpo sacudido por las convulsiones y trató de interpretar sus frases incoherentes.

—¿Quién matará a quién?

Las manos de Helen se crisparon en torno a su cuello. Su cara era irreconocible, desorbitados los ojos, deformada la boca.

—No... no... no.

Johnny se desasíó.

—Muy bien, esto ya no es asunto mío. ¿Dónde está el teléfono? Llamaré a la policía.

Dio un paso y le faltó poco para caer de bruces. Helen se había abrazado a sus piernas y le hincaba las uñas en la carne.

—¡No lo hagas, Johnny! ¡No quiero que lo sepan! ¡No quiero que lo sepa nadie! ¡Nadie! ¡Le matarán!

—Pero, ¿a quién?

La mujer lloraba desconsoladamente.

—¡Es tan pequeño! ¡Tan tierno! ¡Johnny, no lo consientas!

Johnny movió un pie para conservar el equilibrio y, sin proponérselo, le pisó a ella una mano. Helen lanzó un grito.

Y luego:

—¡Tommy! ¡Matarán a Tommy!

La mirada del hombre saltó por un segundo a la pequeña cama

vacía.

—¿Dónde está el niño?

Helen trató de levantarse, pero solo enderezó medio cuerpo. Miró en torno con horror. Tragó saliva. Murmuró:

—Lo han... secuestrado...

Cayó nuevamente hacia atrás. Sus ojos giraron y quedó inmóvil.

—¡Helen!

Se había desvanecido.

Johnny se agachó y la alzó en sus brazos. Era como transportar a una niña. La llevó al dormitorio a través del gabinete azul, la depositó encima de la cama y trató de reanimarla. A los pocos momentos ella abrió los ojos y los fijó en su rostro con angustia.

—Tommy... Tommy... —articuló dificultosamente.

Johnny guardó silencio. La cubrió con una colcha. Pulsó un timbre que había sobre la mesilla de noche.

—Traiga *whisky* o cualquier licor que tenga a mano —ordenó al acudir la doncella—. Dese prisa.

La negra obedeció sin rechistar, pero lanzando una rápida y temerosa ojeada a su ama, quien, tendida en el lecho, pálida y con los cabellos en desorden, había cerrado de nuevo los ojos. Regresó enseguida, con una bandeja en la que había un servicio completo: *whisky*, agua, soda, hielo y vasos.

—Retírese, gracias.

El *whisky* apenas le devolvió a Helen el color. Johnny preparó un vaso para sí mismo, encendió un cigarrillo y se sentó al borde de la cama.

—Espero que te darás cuenta —dijo— de que continuar callada es peligroso, y no precisamente para ti. Bien, Helen, ¿quién ha secuestrado a tu hijo y con qué propósito?

Ella no contestó.

“Ha mentido, forzosamente ha mentido”, pensó él. Había mentido cuando protestó de que no merecía sus duras palabras. ¡Seis personas muertas! ¿Cómo podía ser ajena a ello? ¡Monstruoso! Cuando no estaba espiritualmente quebrantada, como ahora, cuando se sentía superior en su audaz cinismo, lo había explícitamente confesado. Había exhibido su coche sin el menor recato. Merecía aquellas palabras, ¡y otras más duras aún!

Las manos de Helen se engarfiaban en el borde de la colcha.

Johnny dijo lentamente:

—Puedo explicar el motivo del secuestro. Es fácil. Alguien que sabe lo que has hecho, pero que siente miedo de ti, pretende extorsionarte y se ha llevado al niño como garantía. Lo que no

puedo es identificar a esa persona. Tú me confesarás su nombre. Ahora, Helen. Antes de que sea demasiado tarde.

La voz de la mujer fue un susurro:

—Yo no te confesaré nada. Pierdes el tiempo aquí, Johnny. No lograrás que cambie de opinión. No quiero que maten a Tommy.

El sopló la ceniza de su cigarrillo.

—¿Realmente ha habido tal secuestro?

—¿Cómo?

Johnny rio desdeñosamente.

—Muñeca, tengo de tu ingenio un concepto muy elevado. Empiezo a sospechar que has montado esta farsa con objeto de enternecerme... digamos de tenderme un cebo sentimental... Si tus manos no han servido para vendarme los ojos, quizá sirvan indirectamente las manitas de Tommy. Pero también ese estupendo recurso falla. Sigo viéndote tal como eres: una hermosa víbora, causante de la muerte de tres jóvenes pilotos; culpable de haber intentado matarme también a mí, después de haber fracasado en el intento de sobornarme para que abandonara la ciudad; asesina, por añadidura, de sus dos cómplices...

A Helen le temblaban los labios.

—¡No!

Parecía horrorizada. Sus ojos albergaban una tempestad.

—¿Por qué no?

—¿Es eso lo que piensas de mí, Johnny?

—Es lo que eres —él se encogió de hombros—. No hay venda en el mundo que pueda ocultarlo.

Después de un largo silencio, ella murmuró:

—Cállate, por caridad. No confieso ni niego nada, pero... cállate...

Súbitamente llamaron a la puerta: tres golpes dados con discreción. Johnny miró a Helen. Ordenó:

—¡Adelante!

Era la camarera negra. Se quedó en el umbral del dormitorio, titubeando.

—¿Y bien?

—Señor... lo siento mucho... Se trata de algo personal.

—¡Dígalo!

La negra aguardó implorante un signo de su ama, pero Helen no habló ni se movió.

—¡Dígalo! ¿Es usted sorda?

—Una joven desea ver a la señora.

—¿Quién es?

—Trae... asegura... que trae un mensaje...

Helen intentó saltar de la cama. Johnny la contuvo con una mano.

—Hágala pasar, ¡inmediatamente!

No era necesario hacerla pasar.

—¿No me engañan los ojos? —inquirió una voz clara—. ¿Es usted realmente el tan cotizado señor Braun, John C. Braun, de San Francisco?

La joven había entrado en pos de la camarera hasta el gabinete azul. Por encima del hombro de la negra, a través de la puerta del dormitorio, contemplaba burlescamente a Johnny.

Era Nancy Sutter, propietaria de las “Mensajerías Sutter”.



Quedó sorprendido ante aquella mujer...

CAPÍTULO XVI

Johnny preguntó con recelo:

—¿Es usted quien desea ver a la señora Bax?

La muchacha examinaba la habitación sin perder su tranquila sonrisa. Sus ojos se posaron en Helen y siguieron los dificultosos movimientos de esta cuando rechazó la colcha, se levantó, intentó caminar y, al cabo, tuvo que apoyarse en la pared.

—Sí, yo deseo verla. ¿Está enferma? Su cara...

Helen la interrumpió roncamente:

—¿A qué ha venido? —avanzó como un autómatas, pero apartando el brazo con que Johnny pretendía sostenerla—. ¿Me trae noticias? ¿Noticias de Tommy?

Sin una palabra, Nancy Sutter abrió su bolso y sacó un sobre. Helen, al principio, ni siquiera pareció verlo. Insistió:

—¡Conteste! ¿Se trata de Tommy? ¿Cómo está? ¿Qué sabe...?

Luego, repentinamente, descubrió el sobre que la muchacha le tendía y se lo arrancó de la mano. Comenzó a rasgarlo.

—Van a devolvérmelo... —balbució—. Estoy segura de que dicen que van a devolvérmelo... segura...

Sus gestos eran torpes, precipitados, nerviosos. El sobre se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo. Lo recogió temblando. De nuevo las lágrimas inundaban sus mejillas.

Por fin extrajo una hoja mecanografiada. La leyó rápidamente.

Johnny se aproximó a ella.

—¿Qué sucede?

Después de leerla, Helen dejó otra vez caer la carta. Sus ojos, secos de repente, sin expresión, se hincaron en Nancy.

—Entonces tú, perra, tú formas parte de esa banda de asesinos —hablaba en tono uniforme, tranquilo, casi frío, avanzando al propio tiempo hacia la muchacha—, ¡y te has atrevido a venir aquí!

Nancy retrocedió un paso. Su confiada sonrisa desapareció.

—¡Oiga! ¿Qué le da a usted?

—¿No has tenido miedo? —Helen continuaba hablando y avanzando—. ¿No has tenido ni siquiera vergüenza? ¡Pero ahora sí tienes miedo! Retrocede... retrocede... ¡Hay una pared a tu espalda! ¡No siempre retrocederás!

—Usted... usted... —susurró Nancy.

Las manos de Helen colgaban a lo largo de su cuerpo. Las

levantó lentamente.

—Imaginabais que podríais secuestrar a mi niño, ¡robármelo! y que luego os bastaría con venir a proponerme un cambio: mi hijo contra la confesión escrita de crímenes que no he cometido... ¡Cobardes! ¡Canallas!

Johnny presenciaba la escena con todos los sentidos despiertos, pero guardándose bien de intervenir y presto a impedir que interviniese la camarera negra, quien, a su lado, emitía gemiditos de horror. ¿Iba a salir a luz la verdad? ¿No estaba a punto de manifestarse la causa de la “locura” de Helen?

La risa de la mujer hizo que sus dientes rechinasen. Había sido una risa inesperada, siniestra, atroz, helada, ¡demoníaca!

—Vosotros sabíais que yo conocía la verdad —prosiguió ella, mirando fijamente a Nancy—. Me temíais. Pero habéis pensado que para salvar la vida de mi hijo yo no vacilaría en confesar ¡vuestros delitos! ¡Qué inteligente recurso!

Nancy, como el pájaro hipnotizado por un reptil, inmóvil a sabiendas de que le espera la muerte, ni siquiera pestañeaba. Su garganta estaba contraída por el miedo. Sentía en sus cabellos el contacto de las manos de Helen, lo sentía descender a lo largo de su cuello... Quería pedir socorro, pero no acertaba a articular el menor sonido.

—¡Naturalmente que confesaré vuestros crímenes! —exclamó la mujer, con un poco más de pasión en la voz—. ¡Naturalmente que firmaré una confesión! Iré a presidio, pero mi hijo vivirá, y es lo que importa. Lo único que a mí me importa, ¿entiendes, perra? ¡Vivirá! ¡Tommy vivirá! —las uñas de Helen se hundieron de pronto en el cuello de la muchacha—. ¡Iré a presidio, aunque no por vuestros crímenes, sino por los míos propios! Con esto no contabais, ¿verdad? —repitió su escalofriante risa—. ¡Pagaré por haber sacrificado dos vidas! ¡Una será la tuya! ¡Otra será la de tu patrón!

Nancy se libró de su estupor con un chillido:

—¡Socorro! ¡Señor Braun!

Johnny comprendió que aquello había ido ya suficientemente lejos. Se precipitó hacia Helen. Consiguió dominarla, mientras ella se debatía furiosamente y aullaba:

—¡Mataré a esos asesinos! ¡A todos! ¡A todos!

La muchacha se dejó caer de rodillas y se apoyó en el lecho.

—¿Qué... significa esto? —sollozó—. ¿De qué hijo habla? ¿Está loca? ¡Señor Braun! ¡Diga algo, señor Braun!

Johnny no dijo nada hasta haber calmado a Helen. Luego, cuando el furor de esta se resolvió en llanto quejumbroso, la sentó

en el sillón y, sin quitarle los ojos de encima, replicó:

—Han secuestrado a su niño. ¿Usted ignoraba cuál era el texto de esa carta?

—¡No tenía la menor idea! De haber sabido que se trataba de un secuestro, nunca me hubiera prestado... ¡Oh, señor Braun! —los sollozos cortaron la voz de Nancy—. ¿En qué lío me he metido? Yo... yo me limito a cumplir los encargos de mis clientes... Confieso que a veces no son asuntos muy claros... ¡pero el secuestro de un niño! ¡Dios me perdone!

Mientras ella hablaba, Johnny cesó de vigilar a Helen y recogió la carta. Tal como se desprendía de las palabras que la mujer había pronunciado, el texto, breve y conciso, le ofrecía la devolución del pequeño a cambio de una confesión escrita declarándose culpable “de los hechos que usted ya sabe”. El mensaje no llevaba firma.

Johnny fijó los ojos en Nancy.

—¿Usted conoce a la persona que la ha encargado de traer esta carta? ¿O es un cliente tan misterioso como el que me ofreció a mí cincuenta mil dólares?

La joven humilló la cabeza.

—Le mentí entonces, señor Braun. La persona que gestionó su salida de Los Ángeles y la que me ha enviado aquí son una misma. Un antiguo... un buen cliente... Nunca le hubiera creído capaz...

—Bien, ¿quién es?

—Se llama Frank McGee.

Un pesado silencio descendió sobre la habitación. Johnny no oyó nada, excepto la respiración entrecortada de Helen.

—Frank McGee —repitió.

Tenía que haberlo comprendido mucho antes. Vio mentalmente al director, con su cara de “junker”, su cabello corto, su sobria elegancia, su facilidad para descender de la altivez desdeñosa a la súplica implorante... ¿McGee culpable? Por supuesto que sí. Recordaba ahora algo que acerca de él le había dicho el banquero Becker: el objetivo inicial del contacto de Frank McGee con la “Bax Steel Company” fue comprar la fábrica, cosa que no consiguió. Ante la negativa, había asumido la dirección de la empresa; y luego, desde su cargo, se había aplicado a lograr sus antiguos propósitos conduciendo la “Bax” a la ruina. ¡Nadie se niega a vender una fábrica arruinada!

Nancy se había sentado al borde de la cama y, con sus manos inseguras, registraba su bolso en busca de un cigarrillo.

Johnny dijo de nuevo:

—Frank McGee.

La voz de Helen le sorprendió:

—¡No pronuncies ese nombre, Johnny! ¡No hables de él! ¡Nadie debe saberlo! ¡Mataría a Tommy!

Él la miró un momento, vio que temblaba, que no se había repuesto aún de su emoción, y se encogió de hombros.

—De modo que fue McGee quien sobornó a Hammerstein y Hoover para que sabotearan los rodamientos a bolas —dijo. No se dirigía a nadie en particular; simplemente reflexionaba en voz alta—. Era un procedimiento peligroso, aunque eficaz y de fácil realización, y el peligro valía la pena sí, a fin de cuentas, la “Bax” pasaba a sus manos... ¡El indispensable director McGee! Estaba en camino de reducir a Helen a su merced, de obligarle a que se lo debiera todo, de colocarla en tal situación que ella hubiese de venderle la fábrica, casarse con él, confiarle el porvenir de su hijo... Entonces llegué yo, ¡caído del cielo! McGee no vio otra solución que eliminarme. De una parte, me ofreció dinero por abandonar la partida; de otra, me citó de noche y en un lugar solitario. Su decisión de matarme era condicional: si yo pedía una suma razonable y accedía a marcharme, la dejaba en suspenso. Pero ocurrió que yo pedí demasiado dinero y, encima, no me marché... — Johnny, se interrumpió bruscamente y se inclinó hacia el sillón donde Helen estaba sentada—. ¡Qué claro aparecería todo si las cosas hubieran sucedido realmente así! Pero no fue McGee quien intentó matarme en la esquina de Hill Street y Chicota Court: ¡fuiste tú, Helen! ¡Eres tú quien posee un “Cadillac” blanco y caramelo! ¡Era la placa de tu coche la que vi en Hill Street! ¡Tú misma aludiste al suceso al invitarme a tu fiesta, y luego, cuando nos vimos, repetiste la alusión de palabra! ¡Tú has matado a Hammerstein, a su mujer y a Hoover! ¿Cómo puede explicarse esto?

Helen hizo un esfuerzo para articular:

—No, Johnny... no fui yo... ¡te lo juro! Todas las apariencias me acusan y quizá haya tenido la cobardía de permitir que me acusen, pero no fui yo.

La mirada de él estaba llena de sombras.

—¿Niegas haberme enviado una nota citándome en Hill Street?

—No —la mujer echó la cabeza atrás y cerró los ojos—, lo confieso, yo te envié esa nota. Sabía para qué venías a Los Ángeles, conocía el objetivo de tu misión, y quería hablarte y darte algunos informes. Tenía que hacerlo en secreto... por temor a McGee... Fui al lugar de la cita y te esperé quince minutos. No podía quedarme más tiempo. Supuse que no acudirías, porque la cita no era como para acudir con retraso, y me marché.

—¿Cómo fuiste hasta allí?

—En coche.

—¿En el “Cadillac”?

—No tengo otro —Helen atenazó con las manos los brazos del sillón—. Tú no me crees, Johnny, sé bien que no me crees. No me importa. Haz de mí lo que gustes, ¡pero ocúpate de Tommy!

Johnny continuó preguntando, imperturbable:

—¿Dejaste el coche a tu regreso de la cita?

—No, lo conservé el resto de la noche.

—Esta mañana, desde Alamito Park, ¿a dónde has ido?

—He venido a casa.

—¿Directamente?

—Sí.

—¿Descendiendo por Alamito Alley y pasando por Chairman Square?

—Directamente, Johnny. He doblado a la izquierda al salir del parque. No he descendido por Alamito Alley.

Johnny la agarró de pronto por los cabellos y mantuvo su cabeza levantada para verle de lleno los ojos.

—¡Júrame eso!

—Lo juro —dijo suavemente la mujer.

Él la soltó, se enderezó y se puso distraídamente un cigarrillo en la boca. Estaba perplejo.

—Es imposible... a no ser... —encendió el cigarrillo—. ¿Acaso tiene McGee un coche idéntico al tuyo?

Helen se oprimía las sienes con las manos.

—Tiene un “Chevrolet” negro.

Lo tenía, era verdad. Johnny lo recordaba. Había celebrado su primera entrevista con McGee dentro de aquel coche, que aguardaba frente al hotel cuando el director fue en su busca.

—¿Y además del “Chevrolet”?

—Ningún otro, que yo sepa.

Johnny murmuró:

—Ha de tenerlo.

Era la única explicación. Ni siquiera el asesino más incauto del mundo se arriesgaría a que su frustrada víctima continuara viviendo después de haber visto la placa de su automóvil, como él la había visto en Hill Street; ni siquiera un loco estacionaría su coche en un lugar donde iba a llamar irremisiblemente la atención de un centenar de personas a la hora en que se cometía un crimen, como ocurrió frente a la casa de Hammerstein, o no seguiría utilizando aquel coche para perpetrar nuevos asesinatos. ¡Esto había sido

hecho deliberadamente! ¡Había sido hecho para que las sospechas recayeran precisamente en el coche, o sea en la propietaria del coche!

Johnny apretó los puños. No fue suerte, ni tampoco habilidad, que el taxista lograra aquella mañana mantenerse sobre la pista del “Cadillac” a tanta distancia y a través del tráfico. Era el mismo conductor del “Cadillac” quien le había facilitado la tarea, dirigiéndose a Dantown por la ruta más sencilla, permitiendo que le vieran de vez en cuando, lo justo para no perderle, pero desapareciendo a todo gas cuando era de suponer que ellos habían ya adivinado su destino... ¡Qué diabólica astucia! ¡Qué enorme precisión de cálculo, para mostrarse en el momento oportuno, recién salidos ellos en persecución de Helen y lo bastante lejos para que no advirtiesen quién estaba al volante!

“El cerebro de un ingeniero”, pensó Johnny, con amargura. Si Frank McGee había hecho aquello, tuvo que espiar sus movimientos hasta el último minuto y anticiparse de manera matemática a sus reacciones; necesitó prever que seguirían a Helen y que utilizarían el taxi de Diana; hubo de reparar en este taxi lo suficiente para reconocerlo entre los innumerables taxis de Alamito Alley, y a gran distancia, pero, aun así, debió de valerse de uno o dos cómplices, y quién sabe si de un radio portátil que coordinó sus operaciones. De este modo los había llevado de la mano a la evidencia incuestionable de que Helen mató a Douglas Hoover.

¡Dos “Cadillacs” iguales, de idénticos colores, exactos hasta en el número de la placa! ¡Esta era el arma de que McGee se había valido para descargar sobre Helen Bax todas las sospechas!

CAPÍTULO XVII

Helen dijo:

—Hace tiempo que desconfío de él, que trato de obtener pruebas en contra suya... Nadie me ha tomado en serio, ¿comprendes, Johnny? ¡Holden Becker menos que nadie, pese a que Holden es mi único apoyo! Pero yo soy solo una pobre mujer, vana, coqueta, frívola, en tanto que McGee trabaja rudamente, saca a flote mi industria, hace progresar el negocio para que yo pueda pagar mis tontas deudas... ¿Cómo creer que, en realidad, lo que McGee se proponía no era sino arruinar nuestra empresa? ¿Cómo admitir que ha estado saboteando nuestra fabricación? ¡Esto era lo que quería decirte en Hill Street!

—¿Por qué no me lo dijiste más tarde?

—Más tarde ya no me atreví. Ahora veo que McGee me vigiló como yo le vigilaba y que estuvo en todo momento al corriente de mis actos... Aquella noche recibí un anónimo. Se limitaba a recordarme que tengo un hijo, pero para mí fue suficiente.

—Estaba al corriente de tus actos —dijo Johnny, entre dientes—. Ello le permitió apostarse en Chicota Court y aprovechar la ocasión de mi retraso... Muy bien, esto es el fin de la historia. ¿Dónde vive McGee?

—Departamentos Thomey, calle Cuatro de Julio.

Johnny se volvió a Nancy.

—¿Es allí donde espera el resultado de su gestión?

—Debo comunicárselo por teléfono —respondió la muchacha.

Abrió su bolso, consultó un cuaderno de notas y leyó el número en voz alta. Johnny miró interrogativamente a Helen. Esta denegó con la cabeza.

—No es el número de McGee. No lo había oído nunca.

Sobre la mesilla de noche había un aparato telefónico blanco. Johnny se dirigió a él sin titubear, lo levantó y llamó a la División Central de Policía. Pidió por el detective Peter Michaelis.

—He leído que las ventas de automóviles han bajado este trimestre un dos con ocho en relación con el anterior —dijo Michaelis—. Lo lamento por ti, Johnny.

Había sarcasmo en su voz.

—Me defiendo bien a pesar del dos con ocho —replicó Johnny—. Es decir, sobre todo si en el momento preciso recibo ayuda... Un

cliente distraído, Peter. Me dio su número de teléfono, pero no su nombre, ni tampoco sus señas. He llamado y no contesta nadie. Es urgente. Tú puedes averiguármelo en cinco minutos.

—Dicta.

Johnny dictó el número.

—No te retires. De los cinco minutos sobran cuatro.

Fueron un minuto y veinte segundos.

—Es un número reciente —anunció el policía—. Figura a nombre de Francis J. Smith, doscientos seis, calle Spruce.

—¿Dónde está esa calle?

—Hacia la mitad de Cuatro de Julio. Una pequeña travesía, si mal no recuerdo.

Johnny suspiró profundamente.

—Gracias, Peter. Algún día te enviaré un coche de regalo. Propaganda.

—Sería toda una sorpresa —respondió Michaelis.

Cortada la comunicación, Johnny se enderezó lentamente. Llevó la mano derecha a su sobaco izquierdo, por dentro de la chaqueta. Cuando la retiró tenía en ella una pistola.

Era una gran “Luger” calibre .30. La sostuvo en la palma unos segundos, mirándola de manera especial. Pensó: “Has descansado mucho tiempo, pero esto es el sonido del despertador”. Luego, sonriendo vagamente, sacó el cargador, inspeccionó la recámara, volvió a colocarlo, montó el arma y puso el seguro.

Alzó la vista a Helen y halló sus ojos asustados fijos en la pistola. Rápidamente devolvió esta al lugar de donde la había sacado.

—No te he tratado muy bien, Helen —dijo—, y te pido por ello disculpas. Era necesario. Quizá te sirva de compensación la promesa que te hago de no comparecer nunca más ante ti si no es con Tommy.

Ella fue por un instante la Helen Bax que el conociera la noche anterior. Un destello iluminó sus pupilas.

—Me gustaste desde el primer instante... Ahora sé por qué. Buena suerte.

—Préstame las llaves de tu coche.

—Están puestas. Buena suerte, Johnny, ¡la mejor del mundo!

Johnny recordó: “¡La mejor del mundo!” Así se la habían deseado a Milton cuando probó su segundo aparato en el campo de la S. A. C. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Hizo a Nancy un gesto de despedida, apartó a la todavía estupefacta camarera de la puerta, atravesó el gabinete azul y salió de la casa.

El “Cadillac” blanco y caramelo se hallaba en el garaje. Lo sacó. Momentos después volaba hacia el centro de la ciudad, y no mucho más tarde descendía por la calle Cuatro de Julio, atento al rótulo indicador de la calle Spruce.

Los Departamentos Thomey estaban casi en la esquina. Johnny hizo al soberbio coche doblar esta y examinó la numeración. Del lado de la calle Spruce, también el 206 estaba próximo a la esquina. Formaba parte de la misma manzana. Cualquier cosa que McGee tuviera allí, se había preocupado de tenerla cerca de su domicilio.

El 206 era un almacén cuyas grandes puertas de madera aparecían cerradas. Había otra puerta lateral y un piso encima. La segunda puerta y las persianas de las dos ventanas de arriba aparecían cerradas igualmente. Sin embargo, McGee había de encontrarse allí esperando la llamada de Nancy.

Johnny condujo lentamente el “Cadillac” a lo largo de la calle, que era una vía poco activa en la que se alineaban almacenes, oficinas y viejos establecimientos comerciales de aire no del todo próspero. Frenó ante el número 212, se apeó y regresó andando.

¿Qué había en el doscientos seis? Presumiblemente, McGee aguardaba dentro, teniendo al niño consigo, la respuesta de Helen a su mensaje. Habría tomado como única precaución la de no utilizar como base de operaciones su propio departamento, pero no sentiría ningún temor. A él, en la conversación celebrada en su oficina, le había convencido para que se mantuviera al margen del asunto hasta la noche, y esto le daba un amplio respiro para terminar la realización de sus planes. Tales planes eran guardar a Tommy y entregarlo a cambio de la confesión de Helen, quien, dado su estado de ánimo, era de suponer que no demoraría la redacción y la firma. Cuestión de una hora, quizá dos. Aquella noche, conforme con lo prometido, McGee tendría el problema resuelto.

Johnny, pensativo, examinó la casa. Naturalmente, por un plazo tan breve, McGee no habría llevado al niño lejos. Lo tenía consigo. Allí. Pero, ¿cómo llegar hasta él?

No parecía existir otro recurso que dar la cara. Sin embargo... Johnny consagró su atención al número 208. Era un edificio gemelo del 206, con la salvedad de que las persianas del piso estaban alzadas; se oía por la ventana el tecleo de una máquina de escribir, ¡y había una abertura de un palmo entre las hojas de la puerta del almacén!

Johnny avanzó resueltamente hacia aquella puerta y empujó las hojas, que cedieron. El almacén se ofreció a sus ojos completamente vacío, con grandes manchas de aceite en el suelo de

cemento. Al fondo se distinguían una ventana enrejada y otra puerta. Esta tenía corrido un cerrojo por la parte interior, pero, una vez descorrido, se abrió fácilmente. Comunicaba con un pequeño patio repleto de toda clase de desperdicios. Las ventanas traseras de toda la manzana brindaban una monótona perspectiva, que acaso no fuera tan monótona si las vecinas poseían algún encanto. El tecleo de la máquina del piso llegaba hasta allí. Lo único que interesaba ya a Johnny, empero, era que solo una tapia de dos metros de altura le separaba del patio del 206.

Se izó a pulso y salvó sin reparo la tapia. El nuevo patio era idéntico al anterior, aunque libre de desperdicios. Miró cautelosamente por la ventana correspondiente al almacén y distinguió la forma enorme de un automóvil. El segundo “Cadillac” blanco y caramelo: ¡su hipótesis se confirmaba! Habla noventa y nueve probabilidades sobre cien de que McGee hubiera arrendado aquel local —recientemente, dijo Michaelis— con el único objeto de guardar el coche. Le era necesario ocultar, lo más cerca posible de su departamento, pero sin relación con este, un vehículo que era copia exacta del de Helen y que circulaba con matrícula falsa. El almacén de la calle Spruce, que cumplía su cometido a las mil maravillas, había sido ahora utilizado eventualmente para el secuestro.

Johnny prestó oído. En el almacén no había nadie. No obstante, arriba parecía como si sonara una radio. Música. Maracas.

Una escalera de ladrillo y cemento llevaba desde el patio al piso. Johnny la ascendió con la mano apoyada en la culata de la “Luger”. En lo alto, la puerta estaba abierta de par en par.

Entró. De la oficina que sin duda albergó anteriormente la gran habitación en que se encontraba, sobrevivía un vetusto escritorio con una pata rota. La radio, ciertamente, sonaba, pero más allá.

Un pasillo.

Johnny dejó que el sonido de las maracas le guiase. Le guio hasta una puerta entornada. Ante ella contuvo la respiración.

Las maracas, en la radio, callaron.

Johnny sacó la pistola, le quitó el seguro y abrió la puerta.

Frank McGee estaba sentado en un sillón giratorio, inclinado sobre una mesa, resolviendo el crucigrama de un periódico. En la mesa funcionaba un aparato de radio portátil. Había un teléfono, una bombilla desnuda pendiente del techo y nada más. Ni rastro del niño.

—¿Difícil? —preguntó suavemente Johnny.

El ingeniero empezó a contestar sin levantar la cabeza:

—Creo haber dicho...

—¡McGee!

Su nombre sí se la hizo levantar. Casi dio un salto. Odio, miedo y arrogancia le salieron a la cara entremezclados. Se quedó quieto y mudo.

Johnny, apoyado en la jamba de la puerta, con la pistola encañonándole, se colocó negligentemente entre los labios un cigarrillo. Transcurridos unos segundos, McGee semejó reaccionar. Enrojeció. Movi6 los labios. Intentó también mover una mano, pensando sin duda que la mesa se la ocultaría a Johnny. Este se limitó a golpear con la “Luger” la madera del marco. El ruido paralizó al ingeniero.

—He venido a llevarme a Tommy Bax.

McGee no dijo nada.

—¿Está sordo? Quiero solamente el niño de Helen: de usted se encargará la policía. Cuanto antes terminemos, mejor.

Johnny avanzó hasta la mesa, palpó las ropas del director y extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un revólver de cañón corto. A McGee se le separó el labio inferior de los dientes. Se estremeció.

—¡Johnny Braun! —exclamó, recobrando finalmente la voz—. ¿Qué hace usted aquí?

—Se lo he dicho muy claro.

—No... no comprendo una palabra.

Johnny apartó de un manotazo el periódico y se sentó en la mesa. El ingeniero hizo ademán de levantarse. Con el cañón de la “Luger”, Johnny le dio en la mejilla un golpe tan fuerte que él mismo se preguntó si se la habría partido. McGee se desplomó gimiendo en el sillón.

—En sus matemáticos planes, imbécil, olvidó usted una cosa — la voz de Johnny era tranquila, como para un coloquio amistoso—. Olvidó lo que se llama el factor hombre. A mí no me pisa los callos un cualquiera como usted. Estaba harto de oler pólvora cuando usted ni siquiera soñaba en convertirse en asesino. A muchos, a muchísimos hombres más machos que usted les he metido una bala en las tripas solo para ver la cara que ponían.

McGee trató desesperadamente de dominar su miedo.

—¿Por qué no prueba ahora? —replicó desafiante—. Irá a la cámara de gas por...

No terminó la frase. Sonó un estampido. La “Luger” vibró. La bala le dio en la pierna y le cortó el habla en seco.

—¿Dónde está el niño, McGee?

El ingeniero emitió unos sonidos incoherentes y, con la cara lívida, se apoyó en el respaldo del sillón. Johnny rio desdeñosamente y tiró sobre la mesa el revólver que le había arrebatado.

—Muy bien, levántese. Aunque haya quedado cojo. Buscaremos juntos a Tommy, si le parece.

Transcurrieron unos segundos.

Luego dijo una voz:

—No se mueva, hermano, ¡no se mueva!

Johnny puso en tensión todos los músculos. Pensó en las muchas cosas que hubiera podido hacer, y no había hecho, para evitar que aquello ocurriese. Inmediatamente, un hombre vestido con un traje claro, que usaba corbata de lazo y entre cuyos labios asomaba un diente de oro, giró en torno a la mesa para examinar de cerca a McGee. Otro hombre, calvo, aplicó el cañón de un revólver a las costillas de Johnny y le arrancó de los dedos la “Luger”.

—¡Está herido! —exclamó el primero, viendo sangre en la pierna del director—. ¡Vas a pagarlas ahora mismo, condenado!

Golpeó a Johnny en la boca y le hizo trastabillar.

—¿Qué cuerno buscas aquí? ¡Contesta!

Golpeó otra vez, y Johnny cayó al suelo. El calvo aprovechó la ocasión para descargarle con su revólver un salvaje culatazo.

McGee se levantó trabajosamente.

—Ocupaos de él —dijo. Estaba todavía tembloroso—. Yo tengo algo importante que hacer. Mucho ojo. Sin escándalo.

Era su obsesión, no pudo menos que pensar Johnny: “Sin escándalo”. Tendido junto a la mesa, doblado sobre sí mismo, aturdido, pero fingiéndose más dañado de lo que en realidad se hallaba, vio al ingeniero atravesar la habitación arrastrando una pierna. Le oyó caminar por el pasillo... abrir otra puerta más allá... ¡Naturalmente, iba en busca de Tommy! ¡Iba a llevárselo! ¡Iba a ponerlo fuera de su alcance!

El hombre del diente de oro aproximó la mano al bolsillo trasero de sus pantalones, como para sacar un arma. El calvo sonrió y avanzó un paso.

El paso le situó demasiado cerca de Johnny. Este saltó como un muelle súbitamente distendido. Golpeó la mano armada del hombre y le aplicó un terrible puntapié al vientre. El calvo soltó el revólver y cayó al suelo de bruces, boqueando, sin aliento ni para lanzar un gemido.

El otro masculó una maldición y consiguió sacar el arma, como se proponía. Pero tarde ya. Johnny agarró el revólver del calvo y le

metió una bala al esternón.

Recuperó enseguida su “Luger”. Cuando salió de allí, el hombre del diente de oro agonizaba convulsionándose de una manera rara, y su compañero, a gatas, estaba vomitando, completamente ausente de cuanto ocurría en su derredor.

El dificultoso caminar de McGee sonaba por el extremo anterior del pasillo. Johnny se precipitó en aquella dirección y encontró una escalera que conducía al almacén del piso bajo. El ingeniero estaba al pie ya. No había mucha luz, pues fuera estaba anocheciendo, pero el bulto que McGee llevaba bajo el brazo resultaba perfectamente visible. Era un niño. Un niño de unos cinco años, que pateaba débilmente. Debía de tener la boca cubierta por una mordaza, o de lo contrario se hubieran oído sus gritos.

McGee disparó hacia arriba, y su tiro arrancó una esquirla de yeso de la pared a cuatro centímetros del rostro de Johnny. Este se maldijo por su bravuconada de dejar sobre la mesa el revólver del ingeniero, que McGee se había apresurado a recordar al recibir auxilio. Ahora sería todo más difícil.

—¡Estoy armado, Braun! ¡Voy a marcharme y usted se quedará ahí! ¡Mataré a Tommy si hace el menor movimiento sospechoso!

Johnny se mordió los labios.

—No sea loco —replicó serenamente—. Es todo inútil. Entréguese y acabemos de una vez.

—¡Ya veremos si es todo inútil!

Tieso como un palo, guarecido en la penumbra, Johnny vio al ingeniero echar a andar hacia la gran puerta sosteniendo al niño como escudo. La idea de McGee era abrir aquella puerta y largarse en el “Cadillac”. Tenía bastantes probabilidades de realizarla con éxito.

Pero, en esto, su pierna herida falló. Perdió el equilibrio, pronunció una sonora maldición y se vino a tierra. En su inútil intento de evitar la caída soltó al chiquillo, y este, al encontrarse en el suelo, comenzó a gatear para alejarse de su lado.

Johnny comprendió que disponía para actuar de apenas una fracción de segundo, porque McGee volvería inmediatamente a adueñarse de la situación. Sin vacilar, saltó la baranda de la escalera. El ingeniero le encontró abajo mucho antes de lo que esperaba y hubo de ocuparse de él sin haber podido capturar de nuevo a Tommy.

¡Ocuparse de Johnny Braun!

Frank McGee no estaba a la altura de esta tarea. No llegó a apretar el gatillo de su revólver de cañón corto. La “Luger” comenzó

a rugir y a temblar en la diestra de Johnny, mientras este, con los párpados entornados, dejaba que desfilasen por su memoria Birdie y Mason, Milton, Hammerstein y su mujer y Douglas Hoover... Consumió hasta la última bala. Las necesitaba todas. No para matar a aquel canalla, sino para matar la rabia, la vergüenza y la miseria espiritual que llevaba dentro de sí.

Estaba librando al aterrorizado Tommy de su mordaza cuando, en el silencio que se había hecho en el almacén, las grandes hojas de la puerta crujieron estrepitosamente y fueron abiertas por un vigoroso impulso.

—¡Quieto! ¡Arriba las manos!

¡Un ejército de policías!

—Está bien. Déjenle. Es Braun.

Johnny miró al hombre que había hablado. Vestía de paisano, con un jipi echado atrás de la cabeza. Sonrió al reconocer su burlona y rubicunda cara: era el detective Peter Michaelis, de la División Central.

—¿Casualidad?

Michaelis tocó con el pie el cadáver ensangrentado de McGee y lanzó una breve carcajada.

—Sentido común, Johnny. Me puse a reflexionar después de tu primera llamada, cuando murió un tal Hammerstein y fue visto a la puerta de su casa un “Cadillac” último modelo... Un “Cadillac” último modelo como el de Helen Bax, cuyo número de matrícula me habías consultado, Johnny. ¿Coincidencia? ¡Oh, no, yo te conozco! Estabas metido en algo serio... Hoy me has pedido unas señas. He supuesto que recogería alguna cosecha si al cabo de un rato asomaba la nariz por aquí.

Johnny le miraba fijamente.

—¿Y me has dejado adrede las manos libres?

—¿Por qué no?

—Gracias—. Johnny bajó los ojos. Sentía dentro del pecho un cosquilleo irresistible, que era el bullir de la vida nueva. El “¿Por qué no?” de Peter Michaelis valía más que un millón de palabras—. Cuida un momento del niño, ¿quieres? Esto... no es espectáculo para él. Yo he de llamar por teléfono. Vuelvo enseguida.

—¿Cuento con tu explicación sobre el fandango?

—¡Naturalmente!

Johnny echó a correr escaleras arriba. Se cruzó en el pasillo con un grupo de agentes uniformados que conducían a empellones al hombre calvo y, a rastras, el cadáver del hombre del diente de oro. Se introdujo en el despacho donde sorprendiera a McGee y descolgó

el teléfono.

Llamó al Hotel Mundial. Pidió por Diana Harris.

—Emperifóllate, nena —dijo—. Liquidó unos trámites pendientes y paso a recogerte. Esta noche cenaremos juntos. ¡Cena de gala!

La oyó reír y murmurar:

—¡Pero si es la voz de Johnny Braun! ¡La vieja voz de Johnny Braun! ¡Cielos, seis meses sin haberla escuchado!

“Seis meses”, pensó Johnny. ¿Qué eran seis meses si la vida volvía a fluir? ¿Qué eran?

¡Vaya si habría aquella noche cena de gala!

F I N

—Allí me hallaba yo también, confundido entre la multitud vociferante que aclamaba a Tonio Jordán. La única diferencia estribaba en que yo creía culpable a Tonio de asesinato..



Muchas eran las pistas que se ofrecían a Wolf Fenton, el detective que acaba de hablarles, protagonista de

EL NOVATO AGRESIVO

el más reciente relato del famosísimo autor de la emoción

PETER D. BRY

¡Un antiguo jugador de rugby decidió abandonar su profesión por la de detective privado, pero los primeros casos que se le presentaron no eran para animar a nadie!

EL NOVATO AGRESIVO

¡Un título apasionante como pocos!

COLECCION SERVICIO SECRETO

lo publicará en su próximo número

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

499 — Ernie Parker
**LA MUERTE LLEGA A
DODGE CITY**

COL "SERVICIO SECRETO"

363 — Mark Halloran
REACTORES MALDITOS

COLECCION "BUFALO"

196 — Raf Segrram
**EL CAZADOR DE ALMA-
NAS**

COLEC. "Salvaje TEXAS"

64 — M. L. Estefanía
MAS RAPIDO ES EL "COLT"

COLECCION "CALIFORNIA"

43 — M. L. Estefanía
**DISPAROS POR LA
ESPALDA**

COLECCION "PIMPINELA"

558 — Corín Tellado
**HISTORIA DE DOS
MUJERES**

COLEC. "MADREPERLA"

454 — Josefina María Rivas
EL GRAN AMBICIOSO

COLECCION "ROSAURA"

353 — María Esperanza Neyra
REINA

COLECCION "AMAPOLA"

385 — Corín Tellado
CASEMONOS

COLECCION "ALONDRA"

237 — Carlos de Santander
NOBLEZA OBLIGA

COLECCION "CAMELIA"

179 — María Mergan
**LA CENICIENTA
DESPIERTA**

COLECCION "ORQUIDEA"

148 — Trini de Figueroa
CADENAS DEL CORAZON

COLECCION "CORAL"

27 — Corín Tellado
RENUNCIO A TU PERDON

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

¡Ya está a la venta el «bestseller» del año!

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

por

SLOAN WILSON

Durante 48 semanas consecutivas, esta novela excepcional atrajo la atención de los lectores norteamericanos que la elevaron así a la categoría de gran obra de la literatura contemporánea

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

ha sido llevada también a la pantalla, encabezando el reparto de la película figuras tan destacadas como Jennifer Jones, Marisa Pavan, Gregory Peck y Frederic March

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

¡Un título que honrará su biblioteca!

Es una selección que le brinda Colección

JOYAS LITERARIAS

¡Pídalo a su proveedor habitual!

Precio del ejemplar: 70 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

De una de las novelas más leídas
del siglo pasado

GUERRA Y PAZ

del inmortal escritor ruso

LEON TOLSTOI

surge la más asombrosa y espectacular película de nuestros días

GUERRA Y PAZ

¡El ambiente de la sociedad zarista!
¡Las luchas napoleónicas por el dominio europeo!

GUERRA Y PAZ

¡Un título que dará prestigio a su biblioteca!

Adquiéralo, recordando que forma parte de la selecta Colección

JOYAS LITERARIAS

Precio: 125 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

HISPANO AMERICA

ha calificado de apasionantes cuantos
títulos componen las colecciones

Bisonte Extra y Búfalo Extra

Usted, amable lector, puede juzgarlo
también, adquiriendo semanalmente
los volúmenes de estas colecciones, de-
dicadas a ensalzar la epopeya de los
hombres que hicieron famoso al Oeste
norteamericano

BISONTE EXTRA Y BUFALO EXTRA

¡Dos colecciones que deben ocupar un
lugar de honor en la biblioteca de
nuestros lectores!

Cada volumen sólo cuesta 6 ptas

En ellos hallará, además de una nove-
la completa, tres novelitas gráficas cor-
tas de palpitante emoción y tre-
pidancia

¡Adquiera estos volúmenes!

¡No se arrepentirá!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Semanalmente siguen
apareciendo los trepi-
dantes episodios del fa-
mosísimo héroe



EL CAPITAN TRUENO

Con sus amigos Crispín y Goliath, Trueno lucha
por la Justicia y la razón, sin importarle los cons-
tantes peligros a que se expone

GONTRADA, LA HECHICERA

es el título del cuaderno número 43 de esta serie,
que esta semana estará a la venta en quioscos y
puestos de periódicos

¡No lo olvide!

Y recuerde también que cada cuaderno ilustrado
de esta serie, cuesta sólo 1'25 ptas.

EL CAPITAN TRUENO

¡La colección preferida por mayores y pequeños!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



William Holden

N.º 507 Es el marido de la actriz Brenda Marshall y nació en abril de 1918. Posee el *Oscar* por "Stalag 17", siendo "El crepúsculo de los dioses" y "Picnic" dos de sus más destacadas películas.

Foto COLUMBIA FILMS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4